JEAN-CLAUDE CARRIÈRE

VIVA MARIA

Novela

JEAN- CLAUDE CARRIÈRE

¡VIVA MARÍA!

(1966)

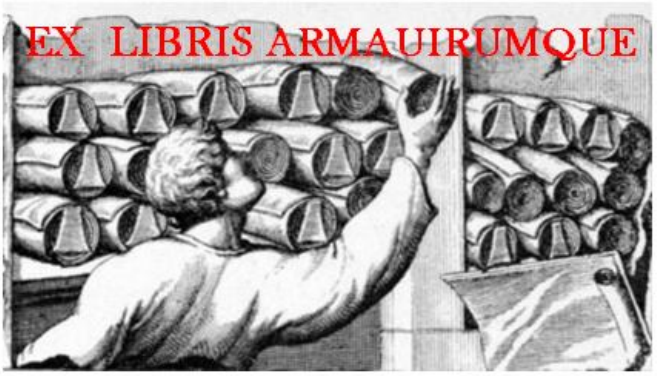
Traducción: J. Ferrer Aleu

En 1910, dos mujeres (ambas llamadas María) descubren accidentalmente el "striptease" y obtienen un éxito tan rotundo que su público, plenamente entregado, también se desnuda durante el espectáculo. Una de ellas, se enamora de un guapo revolucionario y, sin proponérselo se ve implicada en una revuelta campesina. Jean-Claude Carrière presenta en *Viva María* una novela en la que se dan cita el mundo del circo y las variedades, y dos personajes de este mundo cambiarán drásticamente sus convicciones.

Jean-Claude Carrière nació en 1931, en el pueblecito de Colombières-sur-Orbe (sur de Francia). Comenzó a trabajar en el cine en 1957, con Jacques Tati. En los diecinueve años en que colaboró con Luis Buñuel, escribió los guiones de películas como *Belle de jour*, *El discreto encanto de la burguesía* y *Ese oscuro objeto del deseo*. Es también el guionista de clásicos: *¡Viva María!, Sauve qui peut (la vie), El tambor de hojalata, Danton, Cyrano de Bergerac*. Con Milos Forman ha colaborado ya en varias

ocasiones, entre ellas en *Valmont*. Como narrador, es conocido por títulos como *La controversia de Valladolid* o *El círculo de los mentirosos*, y es autor de una amplia obra ensayística centrada en el cine.

Luis Malle y Jean-Claude Carrière idearon y escribieron juntos el guión del film del mismo título. Y mientras Louis Malle lo dirigía en Méjico, con Brigitte Bardot y Jean Moreau en los papeles estelares, Jean-Claude Carrière lo convertía en una novela, a veces bufa, a veces trágica, en la que los aires de polca alternan con los cañonazos



1

Janine murió en Belice, Honduras Británica. Tontamente, como lo hacía todo. Habíamos llegado allí cuatro o cinco días antes, no lo recuerdo con exactitud, y Janine se había enamorado de un tipo inglés que ni siquiera era guapo y al que yo veía a menudo rondar por la noche alrededor de las carretas, montado en un viejo caballo. Janine se marchaba al terminar el espectáculo, diciéndome que se iba a dormir a la ciudad. Y no volvía hasta el día siguiente, pasado el mediodía.

Janine estaba enferma de pasión crónica. Al propio tiempo, buscaba un hombre para toda la vida, lo cual le planteaba no pocos problemas. Cada semana encontraba al hombre que la acompañaría para siempre, aquí y allá, al azar de los caminos. Supongo que al inglés, como a todos los demás, le hablaría de matrimonio. Era una de sus manías. El inglés, que sin duda tenía familia en su barraca, se alarmó. Y se hizo el desentendido. Janine insistió. Y él la dejó plantada.

Jamás hemos sabido exactamente cómo ocurrió la cosa; tenía poca importancia. A la policía local no le interesaban esos chismes. No se dignó molestarse por el suicidio de una cupletista.

Sonó un disparo por la parte de las carretas, en el momento de empezar la representación, cuando los Turcos

iniciaban sus ejercicios de trampolín. Yo les miraba sin verles, entre bastidores, mientras esperaba a Janine, pues las dos actuábamos en segundo lugar, después de los Turcos. Cinco minutos antes, había visto al inglés, vestido de blanco. Y temía que Janine se retrasara, cosa que le ocurría a menudo.

Al oír el disparo, salí corriendo, seguida de Rodolfo, que no había soltado sus fusiles. Los Diógenes vinieron en seguida a reunirse con nosotros, y también los Turcos; de manera que hubo que suspender el espectáculo y por primera vez desde que empezamos la gira, tuvimos que devolver el dinero de las entradas. Por lo demás, había sólo veintiséis espectadores.

Janine acababa de matarse en nuestra carreta. Una bala en el corazón, en su gran corazón. Busqué con la mirada al inglés, pero éste había desaparecido prudentemente y no volvimos a saber de él. Janine tenía todavía su revólver en la mano, un revólver que apenas sabía manejar y que conservaba como recuerdo desde hacía muchos años. ¿En recuerdo de qué, de quién? Jamás lo he sabido.

Turco, el viejo, la tomó en brazos y la depositó suavemente sobre su litera. Apenas había sangre en su vestido rojo. La señora Diógenes permanecía plantada en el umbral, curiosa, con los ojos desmesuradamente abiertos, impidiendo que su hijo contemplara a la muerta.

—Tenía que ocurrir —dijo alguien.

Al cerrar los ojos de Janine, le quité las pestañas postizas. Después me quedé allí, con los brazos colgando,

de pie en medio de los demás. Los espectadores empezaban a silbar.

A pesar de todos sus defectos, yo quería mucho a Janine. Me había acostumbrado a sus ligerezas y a sus quiméricos e irrealizables sueños de matrimonio. En realidad, creo que no había nacido para nuestro oficio.

Viajábamos juntas desde hacía tres años, en la compañía de Rodolfo: Argentina, Brasil, Perú y un montón de países que no recuerdo, de pueblo en pueblo, lentamente, sin darnos prisa. Nuestro número no tenía nada de extraordinario —nadie nos lo exigía—, pero tenía algunas cosas buenas. Janine cantaba y bailaba bastante bien, e incluso hacía algunos juegos malabares, con unas torres Eiffel doradas y pequeñitas. Yo no hacía juegos pero cantaba mejor que ella.

Francia obliga, naturalmente. Éramos *Marie et Janine, las señoritas de París. En* aquella época, París hacía soñar al mundo. Era el santo y seña, un talismán. Era suficiente decir «somos de París» para que inmediatamente se encendieran todas las miradas. ¿Auténticas mujeres de París? No salían de su asombro. Y nos aplaudían, convencidos.

Nuestras canciones habían sido puestas a prueba en tres o cuatro continentes. Ciertamente, no brillaban por la novedad de sus frases. Mostrando el tobillo o un poco de antebrazo, cantábamos siempre las mismas tonadillas picarescas, salpicadas de expresiones de doble sentido y de juegos de palabras que escapaban muchas veces a

nuestro exótico auditorio. Todo ello acompañado de abanicos y plumas de avestruz, de sonrisas siempre idénticas y de guiños provocativos. Medias negras, enaguas turbadoras; mujercitas frívolas que se movían al compás de un vals.

Y París, siempre París, la gran ciudad lejana cuyo embrujo cantábamos nosotras.

Janine, pues, me había abandonado.

¡Oh! Esto no dificultaba mi trabajo, pues no necesitaba ninguna compañera. En realidad, podía cantar y bailar sola.

Antaño lo había hecho durante mucho tiempo. Pero había de revisar el número, cambiar los juegos de escenario, los pasos, los detalles, las luces: ¡menuda labor!

Como Rodolfo, nuestro patrono, y como todos los demás miembros de la compañía, tenía la esperanza de llegar un día a Broadway, después de remontar todas las Américas. Era el circuito tradicional, de sur a norte, pero sólo las buenas compañías lograban contratos en Nueva York. Las otras seguían hacia Montreal y Vancouver.

Y, si teníamos suerte, ¿por qué no habíamos de soñar en volver a París, después de este destierro de cuatro años? ¿A la Scala, al Olympia, al Folies-Méricourt, donde yo había debutado, siendo niña, en 1879? Aunque nos gusten los largos viajes y a mí me gustaban, se añora siempre a París un poco. El gallinero del Folies-Méricourt: ningún público del mundo puede reemplazarlo.

¿Sería capaz de defenderme, sin Janine? Algunas veces,

los empresarios americanos, sólo contrataban a uno o dos elementos de la compañía, o sea a los mejores. Los otros volvían a la aventura, para muchos años.

Enterramos a Janine el día siguiente por la mañana, en un cementerio que parecía abandonado, sin cerca, sin límites de clase alguna, un cementerio abierto a todos los que llegaban y en el cual los muertos no tenían que pagar derechos de entrada. Los plátanos crecían entre las tumbas azules y rosadas. Algunas tenían la forma de pequeñas iglesias con campanillas de yeso. Cubierto de hierbas silvestres, despreciando la alineación, los muertos reposaban en desorden. Escogimos para Janine un rincón un poco apartado, a la sombra de un árbol.

Janine tenía un hermano dedicado también al teatro; amaestraba perros y se hallaba de gira, por alguna parte. Yo no sabía a qué dirección escribirle. Rodolfo se encargó de enviar un parte a París, a nuestro empresario, para que se limitaran a darle la noticia.

Rodolfo, nuestro querido director, no solía conmoverse por estos accidentes. Era inglés, y lo sabía. Jugaba a serlo. Más flemático que un palo, había pasado ya de los cuarenta, alto y delgado, llevaba un bigote en forma de cepillo, todavía negro, y tenía las sienes grisáceas, muchas arrugas y ojos azules. Sólo vestía trajes de color leonino, calzaba botas altas y llevaba una pieza de cuero en los codos de la vieja chaqueta. En la cabeza, una enorme gorra a cuadros constituía una especie de pabellón nacional. Si alguien no lo había adivinado todavía, aquella gorra

pregonaba sin lugar a dudas, la nacionalidad de nuestro patrono.

Era un hijo de la farándula, de la auténtica, nacido en uno de los primeros circos de Londres, de padre payaso y madre funámbula, según correspondía a la mejor tradición. Contaba que su madre, la víspera de darle a luz, había pasado la maroma, con bata larga. En cuanto a él, había practicado desde niño los ejercicios de puntería, sobre todo el tiro, y también el lanzamiento de puñales y el lazo. Poseía una vista magnífica y sólidos nervios. Su número era notable.

El entierro de Janine transcurrió sin incidentes. La señora Diógenes, a pesar de que siempre había estado criticando la conducta de mi compañera vertió unas lagrimitas, y yo deposité junto al ataúd una de las pequeñas torres Eiffel con que hacía Janine sus juegos malabares.

Rodolfo recitó una breve oración en latín, haciendo girar su gorra en las puntas de los dedos y pensando en otra cosa. No pusimos ninguna inscripción sobre la tumba; ni nombre, ni fecha. Un poco de tierra removida, en un lugar de Honduras Británica. Janine, al menos, descansaría en paz.

Al volver del cementerio, Rodolfo me preguntó si no tendría miedo de quedarme sola en la carreta en que Janine se había matado. Le dije:

—Tendré que acostumbrarme.

—Si quieres, puedes venir a la mía.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Seguro.

Nos preparamos para la partida. Uno de los jóvenes Turcos, que me servía de cochero, arreglaba ya el pescante y enganchaba las riendas. Subí a la carreta, pasando entre las dos inútiles sirenas de madera pintada que guardaban la entrada. Cerré la portezuela.

Rodolfo, a caballo, echaba como de costumbre un último vistazo a los vehículos. No me había preguntado siquiera si pensaba apañármelas sola en el programa.

Sabía muy bien que sí.

Nuestra caravana se componía, en total, de cinco vehículos; un carro entoldado, que transportaba el grueso del equipaje y los elementos de decoración, y cuatro carretas para los artistas.

La primera, que iba siempre en cabeza, era blanca y roja. Llevaba una inscripción, en grandes caracteres: *The Great Rodolfo,* y varias pinturas, en los flancos, pregonaban las habilidades de su propietario. Era la carreta principal. Por lo demás, Rodolfo sólo se metía en ella para dormir. Durante el día, le gustaba caracolear junto a la caravana, con su cuaderno y su lápiz en ristre.

Rodolfo perseguía un sueño, un viejo sueño, el sueño de todos los tiradores escogidos, la maravilla de las maravillas, lo último, el fusil de cañón curvo. Esta arma le permitía convertir su número en algo excepcional. Hacía años que buscaba su secreto con extraordinaria

perseverancia, garrapateando incesantes croquis y notas en unas páginas que rasgaba tranquilamente a continuación. Deteniéndose en todas las fraguas, ensayando pólvoras nuevas y trazando dibujos en las paredes, en el suelo y en los troncos de los árboles. Era la única cosa en el mundo que parecía interesarle un poco; pero como todos conocíamos las dificultades de esta empresa (algunos la tenían incluso por quimérica), procurábamos no hablarle de ella.

Yo había entrado raras veces en la carreta de Rodolfo. Por lo demás, no solíamos visitar las carretas ajenas, pues todos nos empeñábamos en conservar cierta intimidad en nuestros vehículos, en nuestra casa. En la de Rodolfo, había visto en varias ocasiones, a través de la puerta abierta, astilleros con armas de todas clases y, sobre la cabecera de la cama, la fotografía enmarcada de un joven.

El señor y la señora Diógenes, magos internacionales, ocupaban otra carreta en compañía de su hijo Juanito y una multitud de palomas y de conejos blancos. La señora Diógenes cultivaba cuidadosamente dos macetas de geranios, colocadas en la ventana, que le recordaban Belleville.

Seguía nuestra carreta, blanca y azul, muy linda, con un rótulo en bellos caracteres en relieve: *Las señoritas de París.* Allí vivíamos cómodamente, Janine y yo, cada cual en su rincón y con una mesa y un tocador para las dos.

Los Turcos cerraban la marcha. *Los Turcos*, acróbatas que no tenían nada de turcos, eran cuatro hermanos, todos

prusianos, y su padre, el viejo Turco, que lucía una hermosa medalla de oro ganada en Barcelona en 1884. El viejo Turco hablaba solamente una o dos veces por semana. Era el hombre más fuerte que haya visto jamás.

Como los acróbatas, por ser cinco, se hallaban un poco apretados en una sola carreta, se repartían durante los viajes en los otros vehículos, haciendo las funciones de cocheros. Eran los prusianos más amables del mundo, silenciosos como su padre y muy concienzudos en el trabajo. Se entrenaban varias horas al día al menos cuando no viajábamos. Eran hombres muy serviciales y muy corteses. En los tres años que llevábamos juntos, ni una sola vez les había visto de mal humor.

Aquella mañana, después del entierro de Janine, salimos de Belice en dirección noroeste. Debíamos cruzar primero la Honduras Británica, que en aquel punto tenía una anchura de cuarenta kilómetros escasos, la república de San Miguel y todo México, antes de llegar a los Estados Unidos de América. En total, el viaje duraría siete meses.

Un viaje largo, como muchos otros, con el calor, los ciclones, la humedad constante y el muro verde de los bosques a ambos lados de la carretera; un viaje a través de pantanos y de carreteras de mala muerte, entre monos, mosquitos, escorpiones blancos y escorpiones negros.

Y no debo olvidar esas arañas que llevan una calavera roja sobre el vientre, los cocodrilos, las iguanas, las mil variedades de insectos que pican y las setenta y cuatro

especies de serpientes más o menos venenosas. Yo llevaba una guía Baedeker en todos mis viajes, y la leía atentamente antes de salir de Francia. Es una cosa muy útil. Permite hacerse una idea de los países que cruzamos, sin necesidad de salir cuando hace mal tiempo.

Entré en mi carreta y puse a calentar un poco de leche sobre un hornillo de alcohol cuyas tres patas estaban clavadas a un soporte de madera, a causa de las sacudidas. Acababa de darse la voz de partida y se oía, en el exterior, la voz fuerte de Rodolfo. Una ventana había quedado abierta para que penetrase un poco de aire.

Mientras la leche se calentaba poco a poco, me puse a recoger las cosas de Janine, desperdigadas por todas partes; sus vestidos, sus borceguíes, sus cepillos, sus frascos y todas las chucherías que había ido coleccionando, como yo, aquí y allá; esas chucherías que hacían decir a Rodolfo que nuestra carreta llevaba demasiado peso.

Lo metí todo en una maleta, sin saber muy bien que haría con ella, y me acerqué a la litera de Janine cuando oí un ligero ruido a mi espalda. Me volví, muy asustada.

Había una muchacha en la carreta.

A pesar de sus vestidos de hombre, un poco grandes, muy sucios y desgarrados, y a pesar de la enorme gorra que le ocultaba los cabellos, una verdadera gorra de apache, nadie podía equivocarse sobre su sexo.

Ni por un momento la tomé por un hombre. Tenía el rostro arañado. Parecía agotada, sin resuello, hambrienta,

acosada, tal vez herida. Sin embargo, me miró fieramente a los ojos durante unos segundos, con una mirada ligeramente azorada, provocadora, pero que, sobre todo, tenía el brillo de cierta energía y de una gran inocencia. No me dio miedo. Sin ninguna emoción, vi brotar de su mano derecha la hoja blanca de una gran navaja de muelle, que apuntó en mi dirección, vacilando a cada bache del camino.

Sin quitarme los ojos de encima, dio algunos pasos para acercarse a mí, deslizándose entre la mesa y la litera, y me registró rápidamente con su mano libre. Naturalmente, yo no llevaba dinero. Después retrocedió por el otro lado de la mesa, corrió las cortinas de una ventana, llegó al fondo y echó el cerrojo de la puerta. Por último, sin dejar de mirarme y sin decir nada, corrió las cortinas de la otra ventana, se aproximó al hornillo, asió el pote de la leche y se puso a beber como si no hubiera bebido ni comido en muchos días, cosa que, como no había de tardar yo en saber, era la pura verdad.

Unas gotas de leche resbalaron por su barbilla. Le sonreí. Ella dejó el pote y me dijo en francés:

—No se mueva. No se acerque a la puerta. No grite.

—De acuerdo.

—¿Tiene algo más para comer?

—Puedo freírle unos huevos.

—Buena idea.

Diez minutos más tarde, firme en su mano la enorme navaja, devoraba cuatro huevos fritos y un pedazo de

jamón reseco que encontré en el fondo de un armario. Sólo habíamos cambiado algunas frases. Me había preguntado, señalando con la punta de la navaja una fotografía de Janine clavada en la pared y la maleta abierta en el suelo de la carreta, como si estuviera enterada de la muerte de aquélla:

—¿Era su hermana?

—No; nada de eso. Era mi compañera.

Cuando hubo despachado los huevos, rebañó el fondo del plato y me lo alargó, diciendo:

—Más.

No me quedaban más huevos. Tomé un bote de confitura de albaricoques, único recuerdo que conservaba de Francia con una botella y media de coñac, y se lo ofrecí. Hizo saltar la tapa y me miró con curiosidad, menos agresiva, un poco más tranquila. Me preguntó:

—¿Hace usted teatro?

—Sí. Bueno, variedades. Canto.

A mi vez, me decidí a hacerle una pregunta:

—¿Es usted francesa?

Silencio. Insistí:

—¿Inglesa?

Dio un respingo como si acabara de recibir un insulto. Su mano se crispó sobre el mango del cuchillo. Por un instante, pensé que iba a enfadarse, pero sumergió su arma en la confitura de albaricoque y murmuró:

—Soy irlandesa. Nací en Dublin...

Y, levantando de nuevo los ojos hacia mí, que me

hallaba de pie junto a la mesa, añadió:

—...en la Prisión central.

Tal vez esperaba que, al oír la palabra prisión, perdiera yo todo mi aplomo y me pusiera a dar voces de auxilio. Sin duda se creía terrible en aquel momento y se imaginaba que estaba muriéndome de miedo. Arqueó las cejas cuando extendí la mano hacia la navaja, hacia su navaja. Se la tomé de los dedos y la utilicé para cortar una rebanada de pan; le di la rebanada y dejé el arma junto al bote de confitura.

Sólo entonces aflojó su tensión. Se echó ligeramente atrás y se quitó la gorra llena de barro. Unos cabellos largos y rubios cayeron sobre sus hombros.

Olvidando por un instante la confitura, se puso a hablar y habló por los codos. Así me enteré de que había presenciado casualmente la muerte de Janine, su última disputa con el inglés y su suicidio.

—Yo acababa de saltar de un tren. No tenía ni idea de dónde me encontraba. Y, de pronto, vi a una mujer vestida de rojo que corría detrás de un jinete, gritándole: «¡James! ¡James! ¡Vuelve! ¡Vuelve!». Yo no comprendía nada de aquello. Era la primera vez en mi vida que veía una cosa semejante. El jinete se alejó y la mujer rodó por el suelo. Después se levantó y volvió a la carreta, murmurando, como una loca: «Todo se ha acabado, ¡Dios mío!, todo se ha acabado...». Subió, y... ¡pam! Un tiro de revólver. Yola veía a través de la ventana. Recuerdo que me tapé los oídos. Dígame: ¿por qué lo hizo?

—Por un desengaño amoroso.

—¡Vaya! ¿Está segura?

—Naturalmente.

—No sabía que eso existiera. No hasta este punto.

Más tarde, muerta ya Janine y durante la noche, la joven irlandesa, que buscaba un escondrijo para librarse de la policía, no encontró nada más cómodo que encaramarse sobre el techo de la carreta, donde nadie la vio. Allí se durmió, para no despertarse hasta nuestra salida del cementerio.

—Fue a causa del traqueteo. Entonces eché una mirada al interior, vi que estaba usted sola y entré. Por la ventana.

Le pregunté qué había hecho para que la policía la persiguiera.

—Sólo la policía inglesa —me respondió, como si este detalle tuviera importancia—. Hace cuatro días volé el puente de Barbaren, con mi padre.

—¿Se dedica a volar puentes?

—De vez en cuando. Puentes y también otras cosas.

Me guardé muy bien de interrumpirla. Reanudó su relato, pausadamente.

—¡Ay! Esta vez no tuvimos suerte. Sin duda los soldados estaban advertidos. Algún confidente, supongo. En todo caso, cuando llegaron no habíamos terminado aún, ¿comprende? Nos quedaba tarea para cuatro o cinco minutos. Mi padre se había quedado arriba, sobre el puente. Estaba colocando las últimas cargas. Los soldados corrieron hacia él, empezaron a dispararle, le hirieron.

Entonces me gritó que lo volara todo, sin pérdida de tiempo.

—¿También a él?

—Naturalmente, también a él. ¿No estaba encima del puente? Yo estaba abajo, a la orilla. Pero él me gritó, me lo ordenó. Los soldados no dejaban de disparar sobre él. Estaba casi muerto. Yo tenía que obedecer... Todo ha saltado por los aires; el puente, los soldados, mi padre...

Yo escuchaba la historia con asombro fácil de comprender. La joven irlandesa me contaba la muerte de su padre sin una lágrima, como un accidente. Apenas si podía distinguir un matiz de tristeza, lejano e infantil, en su voz. Había dejado de mirarme. Abandonando la confitura, se había sentado en una de las literas, muy fatigada, con la cabeza gacha. Le preparé café.

—Debía acabar así —añadió, un momento después—. Es una costumbre de familia.

—¿Una costumbre?

Me alargó su navaja. En el mango, había tres palabras grabadas: *Deus et Patria·*, todavía lo recuerdo.

—¿Comprende ahora? Dios e Irlanda... Los míos se están batiendo contra Inglaterra desde hace... mucho tiempo, desde hace siglos. Siempre será igual. Mi bisabuelo murió en Waterloo, en la caballería francesa. Era jefe de batallón. Sus tres hijos fueron fusilados por los ingleses ante la catedral de Cork, quince años más tarde. Y así sucesivamente.

Me dijo también que su madre era francesa, y que había

muerto dos años después de nacer ella, apenas salida de la cárcel, en Glasgow.

—¿Se acuerda de cuando hundieron el crucero *Livingstone*? Mi tío Mike viajaba en él.

Soñadora, un poco nostálgica, sin dejar de agitar el café con la cucharilla, añadió con un largo suspiro:

—Al cabo de diez minutos, saltaba también el príncipe de Gales...

Yo no sabía qué decirle. Esperaba verla estallar en sollozos o desmayarse de fatiga de un momento a otro. No comprendía qué clase de fuerza seguía sosteniéndola. Aprovechando su alusión al príncipe de Gales, traté de imprimir un nuevo rumbo a sus ideas.

—¡Ah! ¡El príncipe de Gales! —le dije—. Su barba olía a agua de Colonia...

Esta frase produjo un efecto inesperado. La joven alzó súbitamente los ojos, como si acabase de inferirle una grave ofensa, y me preguntó secamente:

—¿Es amigo suyo?

—¡Oh, no! ¿Cómo quiere...?

—¿Pero le conoce?

—Muy poco... Una noche, en París, me besó entre los bastidores del Folies.

—¿Por qué?

—Yo tenía quince años. Era la primera bailarina.

Le mostré las viejas fotografías que cubrían las paredes de la carreta, programas llenos de firmas, dibujos de algunos amigos, de mis padres, de artistas célebres, y, en

medio de todo, dos o tres carteles en colores.

Allí estaba, en cierto modo, el relato de mi vida. Se me veía a todas las edades y con toda clase de atavíos, comprendido el de primera bailarina. Nacida de padres saltimbanquis, que sabían hacer demasiadas cosas, me había iniciado en la danza y la acrobacia. Siendo todavía muy pequeña, hacía la vertical y la caída con las piernas abiertas cuando se presentaba la ocasión, así como cabriolas y saltos mortales, en circos, en ferias e incluso algunas veces en París, según el lugar en que se hallaban mis padres. Durante doce o trece años, creo que no pasé más de tres meses en el mismo sitio. Una infancia errante y laboriosa.

Mi madre soñaba hacer de mí una actriz de teatro. Entre los quince y los dieciocho años, instalada en París, aparecí en numerosas revistas y espectáculos. En una de las fotografías se me podía ver con unos largos cuernos adornados con telarañas, unas uñas de veinte centímetros y los ojos como ascuas, interpretando el papel de la segunda bruja de *Misas Negras,* la célebre comedia de magia que llenó el Scala durante diecinueve semanas. En otra, aparecía como una ninfa cubierta con una malla rosa, perseguida por un sátiro de cabellos planchados, en uno de los cuadros de *La Mujer a través de las Edades,* el mayor éxito del Ambassadeurs.

Más tarde, cumplidos ya los diecinueve años, traté de hacer un trabajo más serio y de complacer a mi madre, y me dediqué a la comedia, principalmente a los clásicos:

Molière, Hervieu, Sardou. Pero la comedia me atraía poco. Necesitaba cantar, bailar. Tenía azogue en el cuerpo y afán de ver mundo. A despecho de mi madre, volví al *café-concerty* al *music-hall.* Primero en París, donde conocía a todo el mundo; después en provincias y, por último, en el extranjero. Cada vez más lejos.

No hay nada como el *music-hall.* Digan lo que digan, es la mejor escuela.

La joven me escuchaba, con gran interés y también con gran asombro, como si todo lo que veía en las fotografías y los dibujos: las plumas, las lentejuelas, las mallas bordadas y todas aquellas mujeres de piernas desnudas, se le apareciesen por primera vez en la vida.

—¿De veras hay gente que se viste así?

—Sí; en el teatro.

—Yo nunca he puesto los pies en un teatro. Mi padre era categórico en eso. Me decía: ¡es la casa del diablo!

—¿Era católico?

—¡Naturalmente!

Hojeaba un número del *Theâtre Illustré,* que yo había conservado por que en él estaba fotografiada en un papel de *La Cenicienta,* en la Porte Saint—Martin. Representaba a una de las hermanas.

—Todavía me parece estar oyendo a mi padre: Recuerda, hija mía, que el que mata a un inglés tiene seguro un lugar a la diestra del Señor. Mi padre me enseñó a leer, a escribir, a rezar... y a fabricar bombas...

Se levantó y se dirigió a mi pequeño tocador de caoba,

donde guardo todos mis objetos de aseo y las alhajas que llevo en escena.

—Jamás me separé de él. Cuando era muy pequeña, me utilizaba ya para colocar las bombas. Un día de Navidad, entré en un cuartelillo de la policía de Londres; con un gran pastel que hacía tic—tac. Era un regalo para aquellos caballeros. Después me reuní con mi padre, que me esperaba en una calleja próxima, y el puesto voló como estaba previsto. Fue nuestro mejor golpe. Pero nos conocían y tuvimos que salir de Inglaterra. También tratamos de volar Gibraltar, pero era imposible.

Yo la observaba mientras paseaba arriba y abajo de la carreta sacudida por los baches. Desde su llegada, una pregunta me quemaba los labios. Tal vez la Providencia me enviaba esta desconocida caída del cielo, precisamente después de la muerte de Janine. Una terrorista perseguida por los ingleses, una joven sola y desamparada, huérfana, que trataba de ocultarse, de huir, de cruzar un par de fronteras. Y, a pesar de sus viejas ropas de hombre, constataba exactamente que era bonita.

Había abierto uno de los cajones del tocador y murmuró, acariciando mis perlas falsas:

—Es bonito el teatro...

Le pregunté:

—¿Sabe bailar?

—No.

—¿Sabe... sabe cantar?

—Un poco. Himnos...

—¿Y qué va a hacer ahora?

—No lo sé.

—¿Quiere quedarse conmigo?

—¿Y qué iba a hacer?

—Lo mismo que yo... Teatro.

Creí que iba a saltarme al cuello. ¡Claro que aceptaba! También había pensado en ello, pero no se atrevía a pedírmelo; pensaba que no era posible, que antes había que trabajar mucho tiempo, estudiar canto, danza, declamación. Y, en cierto modo, tenía razón. Pero algo me decía que tenía dotes naturales.

Después de hacer que se aseara un poco, le presté el vestido rojo de Janine, el que solíamos llevar en nuestro número. Se puso el traje, que la apretaba un poco, y se sentó ante el tocador. Durante más de una hora, la maquillé con gran cuidado. Como tenía un cutis muy fino, y por desgracia, un poco bronceado, tuve que aplicarle una pomada muy clara. De pronto, todo parecía producirle un gozo infantil: los pinceles para los ojos, el rímel, el carmín para los labios, las joyas falsas. Me contó, riendo, que sólo se había pintado una vez, y que su madre le había dado un bofetón tan violento que le había quitado todos los polvos. Jamás había vuelto a reincidir.

Mientras la maquillaba y la peinaba, le hablé de mi oficio, de los triunfos, de los fracasos, de los silbidos, de las luces, de los viajes que hacíamos y que son maravillosos para los que gustan de ello. Le hablé también del público, a menudo sorprendente, sobre todo en los

países poco civilizados, y de ese miedo, compañero inseparable, que sentíamos todas las noches, incluso al presentarnos ante doce bancos de salvajes semidesnudos.

—Yo no tendré miedo de los hombres, ya lo verá —me dijo, con voz firme.

—¿Les conoce?

—No; claro que no.

Aquel mismo día salimos del territorio de Honduras Británica y penetramos en la república de San Miguel, donde habíamos de permanecer casi un mes. Un ancho río, que se cruzaba en una barcaza, separaba los dos países, y el puesto de aduana, una choza miserable ocupada por unos negros impecables en sus uniformes *made in England* y que tomaban el té junto a la puerta, a nuestra llegada —eran, pues, aproximadamente las cinco—, se hallaba instalado a la orilla misma del río.

Aunque los cómicos ambulantes gozan de ciertas facilidades para cruzar todas las fronteras, yo había pensado, por la tarde, ocultar a la irlandesa bajo una litera o en un armario, pues sus señas debían de haber circulado por toda la región. Ahora bien, la joven se había dormido, maquillada, enjoyada y vestida con el traje rojo, y me apenaba tener que despertarla. Tal vez será .mejor no ocultar nada y guardar silencio. Había arrojado horas antes las ropas de hombre por la ventana, en pleno bosque.

Nuestra carreta era la última de las cuatro, seguida sólo

por el coche de los equipajes, que cerraba la marcha. Yo veía a los aduaneros, muy rígidos, con su *stick* en la mano, y oí que preguntaban a Rodolfo, que les mostrara sus papeles, si por casualidad habíamos tropezado en el camino con un joven terrorista que andaba huyendo.

—*Christ, no! Not a soul!* —respondió Rodolfo, con toda sinceridad, pues los miembros de la compañía ignoraban aún la presencia de la joven.

Los aduaneros, por lo demás muy poco diligentes —se les enfriaba el té—, echaron una mirada a la carreta de los Turcos, a la de los Diógenes y a la del propio Rodolfo, el cual tuvo que explicarles, como siempre que las armas que llenaban su vehículo no eran más que útiles de trabajo.

Por fin, llegaron a mi carreta. El primero que asomó la cabeza por la puerta me vio, de momento sólo a mí. Me llevé un dedo a los labios y, señalando a la joven, le pedí que no la despertase, pues estaba muy fatigada.

Él la miró, y sin duda la encontraría tan bella que llamó a sus camaradas con grandes ademanes, recomendándoles que hicieran el menor ruido posible. Acudieron todos y permanecieron un momento junto a la puerta, fijando sus ojos maravillados en la joven irlandesa dormida. Se había salvado.

No se despertó hasta un poco más tarde, mientras la gran barcaza de ruedas hidráulicas transportaba lentamente las carretas a la otra orilla. Yo la había dejado para fumar un cigarrillo al aire libre, inclinada sobre las aguas profundas que arrastraban largas ramas verdes. Diógenes y

su mujer discutían un poco apartados. Cerca de mí, Rodolfo, que no se había apeado de su caballo, permanecía pensativo, con la libreta abierta ante él.

La joven abrió la puerta de la carreta y apareció en lo alto de la escalerilla de madera, con aire asombrado.

—¿Qué pasa? —me preguntó al verme.

—Nada; tranquilícese —le dije—. Acabamos de salir del Imperio británico.

Rodolfo, al oír una voz desconocida, levantó los ojos de la libreta y contempló a la irlandesa durante unos segundos antes de preguntar, con mucha calma:

—¿Quién es esa chica?

—¿Quién es ese inglés? —exclamó la joven, señalando a Rodolfo.

Los Diógenes y los Turcos se aproximaron a nosotros, llenos de curiosidad. Yo avancé también unos pasos e, inclinándome sonriente ante Rodolfo, le dije:

—Rodolfo, te presento a mi nueva compañera.

A fin de hacer las presentaciones en regla, le pregunté a la joven cómo se llamaba.

—Marie Fitzgerald O'Malley—me dijo.

—¿Marie? —exclamé estupefacta, al ver que llevaba el mismo nombre que yo.

—¿Mary? —preguntó Rodolfo, también sorprendido.

—No, no Mary. ¡Marie! —corrigió la irlandesa.

Rodolfo nos miró a las dos. Una sonrisa recorrió sus arrugas y brilló en el azul de sus ojos. Nos señaló, sucesivamente, y exclamó, de pie sobre los estribos:

—¡Marie... y Marie! ¡No está mal!

Después de cruzar el río en la barcaza, hicimos todavía un par de horas de camino, y llegamos a una pequeña población cuyo nombre he olvidado y donde habíamos de permanecer dos días.

El resto del viaje transcurrió sin el menor incidente.

Marie —ya que de ahora en adelante tendré que llamarla por mi nombre— trabó rápidamente lazos de amistad con nuestros compañeros de gira. Éstos creyeron, al principio, que era del oficio y que yo la había encontrado milagrosamente o que se había despedido de otra compañía. A excepción de la señora Diógenes, todos le dispensaron una excelente acogida, y, cuando la barcaza atracó en la otra orilla del gran río, ella los conocía ya a todos por su nombre.

Nuestra compañía era muy reducida, pero reinaba en ella una estupenda armonía, como suele ocurrir en las giras. Los artistas que componían el grupo eran todos amigos míos, en particular Diógenes, nuestro ilusionista mal casado.

Era distinto de los demás. Era el único, entre nosotros, que no había nacido en el mundo del espectáculo y que no era hijo de la farándula. ¿De dónde procedía? Misterio. Hablaba con acento extranjero; pero, ¿qué acento? Nadie habría podido precisarlo.

Tampoco sabíamos dónde había aprendido Diógenes los rudimentos de magia que conocía. Digo «rudimentos», porque Diógenes no era un gran ilusionista, ni mucho

menos. En escena, como en la vida, mostraba una enorme negligencia, era muy distraído. Nosotros le perdonábamos muchas cosas porque era nuestro decano, todavía guapo, muy elegante, fatalista y desengañado, y un poco aficionado al alcohol; dicho en otras palabras: la encarnación de la sabiduría.

Y todo el mundo le quería.

Se había casado, nadie sabía muy bien por qué, con una antigua amazona del circo Fernando, madre de un niño sin padre: Armande Diógenes, cuya agria voz y cuyos desagradables comentarios nos acompañaban de día y de noche. Una dama bastante rolliza, caprichosa y malhumorada, que ya no ejercitaba sus dotes de amazona. Efectivamente, había sufrido una caída grave, no podía montar a caballo y sentía por estos animales una especie de repugnancia natural. En escena, se limitaba a actuar de ayudante de su marido.

Este le dirigía sólo las palabras estrictamente necesarias para su vida en común, mientras que, con los demás, se mostraba bastante parlanchín y muy amable. Creo que nunca vi una pareja más dispar.

La señora Diógenes tenía, pues, un hijo llamado Juanito, que también viajaba con nosotros. Este joven tenía la desgracia de poseer una linda voz aguda. Por consiguiente, era necesario prolongar a toda costa sus catorce años, aunque tuviera al menos tres o cuatro más. A los catorce años, se puede ser todavía un niño prodigio; a los dieciocho, es demasiado tarde.

Su madre, que le afeitaba a hurtadillas todas las mañanas antes de que el chico saliera de la carreta, le disfrazaba con trajes de marinero de pantalón corto y le prohibía fumar, beber y mirar a las mujeres de todas las edades y de todos los colores.

Un niño mártir. Secuestrado, atormentado, víctima de su voz demasiado sutil. En los carteles, le llamaban «el pequeño Juanito». Vestido de joven andaluz, con bolero y cinturón ancho, cantaba intermedios musicales entre los números, y Rodolfo lo utilizaba también como ayudante.

Diógenes, que resultaba ser su padrastro, parecía ignorar incluso su existencia y nunca le dirigía la palabra. Diógenes era arrogante, muy alto, orlado el rostro por los cabellos y las patillas blancos. Por lo demás, el blanco era su color predilecto: blancos sus trajes, blancos sus guantes, blancos sus conejos y sus palomas. Diógenes era la elegancia en persona. Incluso en las circunstancias más difíciles, su pantalón conservaba el pliegue rectilíneo, y al hombre le encantaba llevar un chaleco de tono rojizo con su traje blanco. En cuanto a su sombrero de paja, creo que, si se lo hubiera quitado, nadie le habría reconocido.

Es fácil comprender que Diógenes no ganaba nada con la compañía de Juanito. Este sólo soñaba en envejecer, en dar el cambio, en derogar por la fuerza las atroces prohibiciones de su madre. Cazurro, cobarde, un poco insolente en ocasiones, sordamente atormentado por las primeras emociones del corazón, Juanito parecía alimentar una pasión única: la desobediencia.

Le obsesionaban las mujeres. Cualquier falda que pasara por su lado le sacaba de quicio. En la barcaza, por ejemplo, le había visto yo devorar con la mirada a la joven irlandesa, solo en un rincón, royéndose las uñas. Pero su madre aparecía siempre en el momento oportuno, cuando su hijo menos la esperaba, y, como tenía la mano fácil y vigorosa para las bofetadas, Juanito se marchaba tristemente y muy sofocado, a ocultar su fracaso, murmurando proyectos de venganza.

Este prolongado juego del escondite entre madre e hijo nos divertía mucho, hasta el punto de que no vacilábamos en darle a escondidas algún cigarrillo o unas páginas arrancadas de un número de *La Vie parisienne.* En la mesa, le servíamos siempre vino y licores, como a una persona mayor —cosa que indudablemente era— y esperábamos el infalible bofetón, cruelmente regocijados por las lágrimas de ira del pequeño cantor.

—¿No te da vergüenza, a tu edad? —le gritaba su madre—. ¡Ve a acostarte en seguida, golfillo!

—Pero, mamá, ¡tengo diecisiete años y medio!

—¡Vamos! ¡A la cama! ¡A la cama, bribón!

Diógenes acogió bien a Marie, le habló de Irlanda, país que conocía, y en seguida vi que se entenderían de maravilla. Por lo demás, ¿cómo no ser amigo de Diógenes? Los Turcos la saludaron cortésmente y volvieron a sus tareas. Eran las personas más ocupadas del mundo.

En cuanto a Rodolfo, se creyó obligado, en su calidad

de director de la compañía, de preguntar a Marie lo que sabía hacer y en qué locales había trabajado. Las respuestas fueron breves y contundentes. Marie no sabía hacer nada; al menos, nada que nos interesase.

—Perfecto —dijo Rodolfo.

Y volvió a sumirse en sus cálculos.

Una de las buenas cualidades de Rodolfo era que siempre sabía hacerse comprender. Al desviar su atención de la joven, me daba a entender que me hacía responsable de ella y que me correspondía sacar de ella algo bueno. El problema había dejado de interesarle. Si no nos entendíamos, peor para mí.

Llegamos al anochecer a una especie de villorrio mal iluminado, el primero que encontrábamos en el Estado de San Miguel, y en el cual los buscadores de oro habían hecho construir un café para conciertos que acogía a todos los artistas de paso. No había que pensar siquiera en actuar aquella noche, después de diez horas de viaje por caminos más o menos deteriorados por las lluvias de la estación; lo haríamos al día siguiente a las nueve. Disponía, pues, de un día entero para enseñar a Marie a moverse en escena y a tararear un par de canciones.

La primera noche, en cuanto llegamos, Marie, feliz por haber escapado de las autoridades británicas, quiso salir a dar una vuelta por la población, con el vestido rojo que aún no se había quitado. Se lo impedí. Aparte de los peligrosos encuentros que siempre hay que temer en esos lugares remotos, y de la locura que hubiera sido pasearse

en traje de escena por callejas oscuras y llenas de mestizos y de aventureros, tenía yo que darle su primera lección. Aceptó de buen grado. Descubrí que poseía un hilo de voz muy agradable e incluso entonada. En media hora de estudio, se aprendió de memoria una de las dos canciones. A continuación, mientras yo plegaba una litera para mostrarle someramente los movimientos, se quedó dormida.

Al día siguiente, por la mañana, nos posesionamos del escenario del café. Algunos de los músicos —si puedo llamar músicos a los hombres del país que habían de acompañarnos por la noche— nos ayudaron como Dios les dio a entender. Rodolfo nos observaba con el rabillo del ojo, disimuladamente, mientras preparaba su material. Los Turcos barrían, limpiaban, hacían un poco de todo.

Marie aprendió la segunda canción con la misma rapidez que la primera, pero en seguida advertí que estaba distraída, curiosa, aburrida, en fin de cuentas. En varias ocasiones, me preguntó:

—¿Y si lo dejáramos? Ahora ya las sé.

Al rato, se interrumpía bruscamente en mitad de una canción para preguntarme cualquier cosa, el número de espectadores que habría, si Rodolfo tenía realmente prohibida la entrada en Inglaterra, si yo era casada, para qué servían las candilejas. Todo le interesaba, menos las canciones. Tuve que llamarla al orden bastantes veces, aunque de cuando en cuando, para complacerla, me sentaba a su lado en el salón y le contaba mis recuerdos.

Sabía que pensaba en su padre y procuraba, lo mejor que podía, hacerle olvidar lo que había pasado. Por otra parte, a pesar de algunos estallidos de anglofobia, veía claramente que no estaba dispuesta a seguir observando las singulares tradiciones de su familia.

—Todos se hicieron matar —decía—. Que no cuenten conmigo.

Lo miraba todo, a su alrededor, con inquietante avidez.

¡Ay! ¡Menuda sala! Sin embargo, ya estaba acostumbrada a los públicos difíciles, después de actuar en Palermo, en Post—Said, en Bizerta, en Río y en otros lugares. Pero esta sala era algo increíble.

Jamás me había enfrentado con una chusma parecida: tipos de buscadores de oro sin oro, con barbas tan largas como sus deudas, y cosecheros de caucho, con el viejo sombrero pegado al *cráneo por* el sudor, mezclados con una multitud de indios andrajosos y de mirada fija, que mascaban *chiclé* y bebían largos tragos de aquel *pulque* abominable y blancuzco cuyo olor bastaba para darme náuseas. Para hacerlo más fuerte, le añadían una mezcla de ron blanco y *tequila,* cuyos efectos, según decían, eran devastadores. Por mi parte, sólo me gustan los licores franceses.

Más de la mitad de los espectadores, tumbados ante las largas mesas del café como estudiantes perezosos, estaban borrachos como cubas. Los otros jugaban a los naipes o a los dados, o se entretenían con las pobres chicas que discurrían entre las mesas y que, por una bagatela, iban a

tumbarse un momento en el fondo de un palco en mitad de la representación. Desde luego, los palcos estaban provistos de cortinillas que se podían correr a discreción. Un lugar encantador.

Desde el lugar en que me hallaba, entre bastidores, esperando a Marie (yo estoy siempre a punto al menos media hora antes de entrar en escena), oía a unos guitarristas que tocaban en la misma sala, además de la orquesta, e incluso creí percibir el relincho de un caballo. Alcanzaba a ver un rincón de la sala, y veía brillar las culatas de plata de los revólveres y los vasos que los camareros deslizaban a lo largo de las mesas.

Para hacerse respetar un poco por sus músicos, el director de orquesta utilizaba un látigo de carretero a guisa de batuta. La mayoría de sus instrumentistas, a los que maltrataba, mostraban cicatrices en el rostro, y el pianista, en las manos. ¿Adónde habíamos ido a parar? El gerente del establecimiento, un turco auténtico, no como los nuestros, nos había dicho, a nuestra llegada, que nada marchaba bien en la república de San Miguel, que el gobierno se descomponía a marchas forzadas, que reinaban la anarquía y el desorden y que, por su parte, estaba pensando en hacer los bártulos y probar suerte en Venezuela.

Los Turcos representaron su número como de costumbre, concienzudamente, y, si no obtuvieron una ovación, al menos se hicieron respetar. Eran muchos y robustos.

No le ocurrió lo mismo a Diógenes, quien, por una vez, actuó en segundo lugar. Aquella noche conoció una velada muy agitada, de la cual, empero, logró salir airoso. La cosa empezó hacia la mitad de su número, realizado con suprema indiferencia, como si el público y la orquesta no existieran para él, manipulando todos sus aparatos a la vez para ganar tiempo.

Pero llegó el momento en que, como siempre, empezó a sacar monedas de oro de las orejas y de la nariz de su digna esposa, la cual le ayudaba en su actuación y lucía, para el acto, un vestido verde salpicado de medias lunas y estrellas de oro, un vestido que sólo ella sabía llevar.

De pronto, al empezar a brotar como por ensalmos las piezas de oro —falsas, naturalmente— de las puntas de los dedos de Diógenes, que parecía extraerlas de la cara de su compañera, se elevó en la sala un terrible griterío. Aquellos salvajes acababan de descubrir la gallina de los huevos de oro. Una docena de ellos se precipitaron al escenario, pisoteando a la orquesta, agarraron a la señorita Diógenes, la levantaron, la pusieron cabeza abajo y empezaron a sacudirla en todos los sentidos como a un saco de patatas, supongo que con la esperanza de hacerla vomitar.

La infortunada se desgañitaba y debo decir, en honor de Diógenes, que no hizo nada, o casi nada, para auxiliar a su esposa en peligro. En realidad, ¿qué hubiera podido hacer ante aquella multitud vociferante y enloquecida?

Por fortuna —por fortuna, al menos para ella—, los

gritos de espanto de la señora Diógenes llamaron la atención de los Turcos, que, según su contrato, debían velar por el correcto desarrollo del espectáculo. Todavía llevaban sus vestidos de trabajo: unos maillots azules con hojas bordadas e incrustaciones de rubíes falsos, unos maillots espléndidos, de los que se mostraban orgullosos y que cuidaban con celoso esmero.

Llegaron corriendo al escenario, al mando de su padre. Los Turcos tenían una manera muy curiosa de luchar, sin gritos y sin encolerizarse. Yo había tenido ya ocasión de verles actuar en Casablanca, en el curso de otra gira. Un buen trabajo, tan armonioso, tan ordenado, que inmediatamente sus adversarios se convertían en sus compañeros y casi en sus compadres, obedeciendo al menor ademán y plegándose a todos los movimientos. Ágilmente, sin parecer esforzarse, con rostros herméticos, los Turcos pelearon como en un entrenamiento.

En esta ocasión, se trataba de enviar de nuevo a la sala a los alborotadores. Los Turcos los agarraron por los tobillos, agachándose bruscamente delante de ellos, y empezó una linda serie de volteretas con caída en el foso de la orquesta, donde el director repartía latigazos a troche y moche.

En menos de un minuto, se restableció el orden. Los camareros sacaron de la sala a los que estaban sin sentido. Los que sólo habían quedado aturdidos volvieron a ocupar sus sitios en los bancos.

Muy sofocada por la ira, la señora Diógenes se arregló

los pliegues de su lindo vestido, que, por suerte, no había sufrido mundo en aquel tumulto. Saludó, e incluso sonrió un poco. El espectáculo debía continuar, costara lo que costara: no ignoraba este viejo adagio. Por su parte Diógenes, que se había mantenido prudentemente alejado de los golpes, prosiguió las manipulaciones de su número.

En este momento, Marie se reunió conmigo entre bastidores. Acababa de abrocharse los corchetes de su traje.

—¿Qué sucede? —me preguntó.

—¡Oh! No ha sido nada —le dije, para no alarmarla—; Lo de siempre. Un poco de jaleo.

—¿Una bronca?

—Ni siquiera esto.

Y, como el viejo Turco, siempre asombrosamente tranquilo, pasara por nuestro lado al salir del escenario, le dije:

—*¿Cómo están esta noche)*

Turco se detuvo un instante.

—Están así —me respondió, con un movimiento apaciguador de las dos manos—. Esto marcha...

—¿Y tú? —le pregunté a Marie—. ¿Cómo te sientes?

—¿Yo? Muy bien.

—¿Estás segura?

—El vestido me aprieta un poco.

—Ya te acostumbrarás.

—Así lo espero.

—¿Tienes miedo?

—En absoluto.

Rodolfo apareció a nuestra espalda, cargado de fusiles, y nos dijo al pasar:

—Dentro de dos minutos, muchachas.

Pregunté a mi bisoña compañera, si recordaba la letra de las dos canciones.

—Sí —me dijo—. Creo que sí.

—Recítalas.

Empezó, pero, apenas había terminado los dos primeros versos, extendió un dedo en dirección al escenario y, mostrándome a Diógenes, exclamó:

—¡Oh! ¡Mira!

—¿Qué?

—¡Una paloma!

En efecto, Diógenes había llegado al momento de hacer aparecer sus palomas, que constituían el plato fuerte del número. La primera que sacó echó a volar por la sala, según lo previsto, y yo volvía ya la cabeza, pues había visto este truco centenares de veces, cuando sonó un tiro.

Un hombre, un espectador, un bruto estúpido, acababa de matar la paloma en pleno vuelo. Volvió a guardarse el revólver, riendo y los otros le aplaudieron.

Diógenes quería mucho a sus animales. No sólo les quería mucho más que a su mujer, lo cual era natural, sino más que a cualquier otra cosa del mundo. Le vi palidecer en el escenario y permanecer unos segundos inmóvil. Turco volvía ya, con sus hijos, dispuesto a intervenir, pero yo le murmuré que permaneciera quieto.

Diógenes bajó despacio a la sala, que enmudeció de pronto. Se acercó al tirador, y éste, que no sabía qué actitud tomar, mantuvo, por si acaso, la mano en el bolsillo. Diógenes recogió la paloma muerta y manchada de sangre —se llamaba Josefina—, la cubrió suavemente con sus manos, la acarició. Después hizo aparecer en la punta de sus dedos una bala de revólver, que devolvió a su tirador, como un objeto de su pertenencia. El otro tomó la bala y la contempló, atontado. Por lo visto, el espectáculo proseguía.

Entonces Diógenes alzó la paloma entre sus manos, y la paloma apareció viva de nuevo. Aleteaba, posada en el puño de su dueño, que volvía al escenario. Naturalmente, no era ningún milagro. Diógenes había sustituido el cuerpo de Josefina por otra paloma oculta en su traje. Pero aquellos bárbaros creyeron ver una cosa sobrenatural.

De nuevo en el escenario, Diógenes saludó discretamente con rostro grave, e hizo mutis. Cayó el telón. Ahora nos tocaba a nosotras.

2

Aunque no era supersticiosa, había adquirido la costumbre, que he conservado siempre, de santiguarme y beber una copita de coñac antes de entrar a escena, mientras Juanito anunciaba en español nuestra actuación: *María y María, las señoritas de París.* Nadie en el mundo me hubiera hecho prescindir de estas dos acciones.

Y mucho menos aquel día, pues tenía un miedo espantoso. En el preciso instante en que, hinchando el pecho y sonriendo, me disponía a salir al escenario, oí detrás de mí a Marie:

—¡Pst!

—¿Qué?

—Ya no me acuerdo de cómo empieza.

A media voz y muy excitada, le recité a toda prisa el primer verso. Después de lo cual, hicimos entrada con un ligero retraso en relación con los músicos, que no se turbaron por tan poca cosa.

Sonó una grita en la sala, un rugido, ante la aparición de dos mujeres vestidas de satén rojo y de plumas negras, que avanzaban una al lado de otra, sobre un telón de fondo que representaba los más célebres monumentos de París, es decir, la torre Eiffel, Notre-Dame, y el Moulin Rouge. Una tela bastante arrugada, por cierto, y que empezaba a rasgarse en algunos puntos.

Marie vaciló un poco a derecha e izquierda antes de encontrar su lugar sobre las tablas e incluso tuve que asirla de una mano para que se acercase a mí. Parecía no recordar ninguna de las indicaciones que le había dado durante el día. Con las luces, el humo y el vocerío de un centenar de brutos borrachos, se sentía perdida.

Atacamos, con los brazos en jarras, la primera canción, y todo marchó a pedir de boca, con la salvedad de que casi nadie nos oía, tan fuerte era el estruendo. Al terminar la estrofa, la orquesta había conservado sus dos o tres compases de adelanto, pero nadie le dio importancia.

Era una canción que, aunque bastante olvidada, había tenido tiempos de gloria. Decía así:

Han cantado la dulzura de los trópicos,
Han cantado Venecia y sus canales,
Han cantado los prados de Inglaterra,
¡Pero París es mucho más hermoso!

Después de estos cuatro primeros versos, hacíamos una ligera pausa, para recobrar aliento. Hay que advertir que acompañábamos las palabras con ademanes y que parecíamos columpiarnos en una hamaca cuando cantábamos la dulzura de los trópicos y manejar la pértiga de una góndola cuando nos referíamos a Venecia y sus canales.

Aproveché la breve pausa para preguntarle a Marie, en voz baja y sin mirarla:

—¿Va bien?

—Va bien —me respondió.

Había recobrado toda tranquilidad.

—Pero —añadió—, ¡hay que ver lo estúpida que es esta canción!

¿Estúpida? Nunca me había parado a pensarlo. Aunque posiblemente era verdad. En fin, ¿qué importancia tenía esto?

—Proseguimos:

Bonitas medias negras, blancas ligas,
Muchacha, modistilla de picara nariz...
Espléndida cocotte de frívolas puntillas,
¡Todas estas cosas hacen nuestro París!

Después venía el estribillo sencillísimo que repetía una docena de veces, y en todos los tonos, *París, París, París,* etcétera. Los otros miembros de la compañía, situados entre bastidores repetían con nosotras estos *París,* formando una especie de coro en el que dominaba el acento teutónico de los cinco Turcos, para quienes París era siempre *Pâriss.*

Marie econtró la manera de susurrarme al oído que se ahogaba en el traje de Janine.

—Calla —le dije— y canta.

Las cosas empezaron a complicarse en el curso de la segunda estrofa, cuando milagrosamente, o más bien por cansancio, se iba calmando la agitación de la sala. Durante el segundo verso, oí un ruido de ropa al desgarrarse, y Marie dejó inmediatamente de cantar, mientras los gritos,

mezclados con risas, volvían a sonar a más y mejor entre el público. Volví ligeramente la cabeza, sin dejar de cantar. La falda de Marie, demasiado estrecha acababa de rasgarse a la altura de las caderas y empezaba a deslizarse hacia el suelo. Confieso que, de momento, me asusté; pero, en seguida, sentí unas ganas locas de reír, contenidas a duras penas, al ver los desmañados esfuerzos de Marie para sujetarse la falda. Trató de hacer un nudo, pero el otro lado de la falda se desgarró a su vez, y la muchacha tuvo que sujetársela con ambas manos mientras yo seguía cantando:

Han cantado Ginebra y sus montañas,
Han cantado Verona y sus amores,
Han cantado las guitarras de España,
¡Pero París siempre será mejor!
Picaros rostros o piernas ligeras,
Suzons, Fanchons, Lisettes o Ninís,
Damas de mundo o rosas callejeras,
¡Todas estas cosas hacen nuestro París!

Cuando yo llegaba al final de la estrofa, Marie, furiosa y olvidando que se encontraba en un lugar público, en un escenario, acabó de desabrocharse la falda y la arrojó a un lado. Quedó en enaguas, y la sala, como era de esperar, manifestó ruidosamente su aprobación. Aplausos y silbidos. Marie, azorada, cegada, daba vueltas a mi alrededor, a la deriva, y una vez más tuve que asirla de la mano para que no se precipitara en el foso de la orquesta.

Me preguntó:

—Y ahora, ¿qué hago?

—Sigue ¡caray!

Y siguió, cantando conmigo la tercera estrofa:

En todos los rincones del viejo Paname,
Desde la torre Eiffel hasta la Ópera,
En el Moulin Rouge, en el Bois, en Notre-Dame,
Siempre se encuentra un corazón que late,
Corazón de modista de picaros ojos,
De gran dama cubierta de rubís,
Corazón de obrerita o de rica heredera,
¡Todas estas cosas hacen nuestro París!

Al principio, empezó Marie a desabrochar furiosamente los menudos botones, parecidos a los de una sotana, de su corpiño; pero, advirtiendo en la sala un rumor profundo, uno de esos rumores que preceden de cerca a las tempestades, cambió de pronto de ritmo, y lentamente, con las puntas de los dedos, prosiguió su operación como si descubriera instintivamente el ritual. Los últimos botones del corpiño saltaron delicadamente, los hombros se fueron descubriendo poco a poco, y cuando por fin, se quedó en justillo y enaguas, sólo se oyó en la sala una especie de murmullo sofocado y jadeante. Había cesado todo movimiento. Nadie jugaba, nadie hablaba. Todos parecían tener una sola mirada. En primer término, el director de orquesta, con su látigo en la mano, petrificado, me recordaba la estatua del Postillón de Longjumeau.

Yo no sabía qué hacer. Miré casualmente hacia los bastidores y vi a Rodolfo que me hacía un gesto alegre: todo iba bien. Recobrando mi confianza, inmediatamente después del estribillo (*Pâriss, Pâriss, Pâriss, Pâriss...),* me lancé a la última estrofa:

Ya vengáis de Noruega o de China,
Del Transvaal o de Montenegro,
Ya vengáis de Egipto o de la Argentina,
¡Estaréis en casa en el Trocadero!

No pasé de estos cuatro versos. Marie acababa de quitarse la primera enagua —llevábamos tres— y la hacía girar a su alrededor, como una de esas grandes capas de oro de los toreros, antes de dejarla caer en el suelo. Un *Olé* rodó por la sala.

Esto era ya demasiado. Al menos, así lo pensé en el primer momento. Vi que el público estaba dominado, conquistado por entero. El tiempo había quedado como en suspenso. No sé lo que me pasó; sin duda fue el deseo de participar también en aquello, de entrar en el juego. En un abrir y cerrar de ojos —o tal vez tardé algunos minutos; no lo recuerdo bien—, imité a Marie, y me encontré haciendo revolotear con ella las enaguas. La música había enmudecido. No se oía el menor ruido..., salvo, entre bastidores, la inevitable y sonora bofetada descargada por la señora Diógenes sobre la mejilla del pequeño Juanito, que se había adelantado para vernos de cerca.

Juanito, *El Niño de la voz de oro,* según rezaban los

carteles, no tenía suerte con las mujeres.

En cuanto a nosotras, no hay que decir que no pasamos de las enaguas. No estábamos en el salón privado del Alcázar de Chantilly. Adelantándonos dignamente hasta el proscenio, y después de hacerle una señal al director de orquesta, que parecía salir de un dulce sueño, entonamos con alegría los cuatro últimos versos de la canción:

Y con la animación que da el champaña,
Descubriendo el galante paraíso,
En los juegos de amor siempre se gana,
¡Porque París será siempre París!
¡Porque París será siempre París!

Después de lo cual, doce *Pâriss* brotaron puntualmente de los pechos prusianos y cayó el telón, que volvió a levantarse. Había sido un triunfo, y, antes de salir del escenario, tuvimos tiempo de ver a un centenar de hombres silenciosos que, muy despacio, respetuosamente, se quitaban el sombrero. Durante más de treinta segundos, no se oyó el menor aplauso, fenómeno que sólo se produce en circunstancias excepcionales, cuando son intensas la sorpresa y la emoción de un auditorio.

Ni un ruido, ni una palabra. Pero, cuando las manos empezaron a aplaudir, cuando empezaron a brotar los gritos y a volar los sombreros, se armó un alboroto gigantesco y, ¿por qué no decirlo?, delicioso.

Tuvimos que salir varias veces a saludar, cayó el telón sin que menguara el entusiasmo y salimos a hombros de

los Turcos, que nos besaban como locos. Yo estaba un poco emocionada. Marie levantaba los brazos y enviaba besos en todas direcciones.

En nuestro programa figuraba una segunda canción; pero, pudimos prescindir de ella.

Los Turcos nos escoltaron entre bastidores, donde Rodolfo se acariciaba el bigote con visible satisfacción. La compañía perseguía un triunfo como éste desde hacía mucho tiempo.

Una vez en el camerino, creí oportuno advertir a mi católica irlandesa que semejantes procedimientos tenían algo de demagógicos y que era fácil tener éxito cuando se prescindía del pudor. Es lo que quieren los espectadores.

Y recordé las escandalosas ovaciones que recibía Lily de Lilia, cuando se desnudaba en su trapecio, en el *Globe*, y arrojaba las ligas sobre la mesa de los distinguidos comensales. Algunas de nosotras no aprobábamos estos procedimientos. Conocíamos docenas de trapecistas honradas que no cosechaban la mitad de los aplausos que *miss* Lily, de la cual sabía yo muy bien que era prácticamente incapaz de mantener correctamente el equilibrio. Sólo subía allá arriba para mecerse y desnudarse al compás de la música. Pura desvergüenza, ni más ni menos.

Marie me miró sin comprender; y, efectivamente no podía comprender, porque tenía una idea abstracta del pudor y, por decirlo así, sacada de los libros. La linda historia de Adán y Eva y sus hojas de parra. Marie había

visto en las carretas retratos de artistas en maillot y de bailarinas en enaguas, enseñando las piernas. ¿Habíamos mostrado nosotras algo más? ¿Dónde estaba lo malo? ¿Y qué quería decir yo con la historia de la trapecista?

Además, me recordó que yo la había imitado en seguida. Me fue difícil replicarle. Nuestra discusión duró sólo unos instantes, dejando bien sentado —ya que el público tiene siempre la razón— que repetiríamos el número al día siguiente.

Después del espectáculo, en el cual Rodolfo, que actuaba después de nosotras, obtuvo sólo un éxito discreto, estaba previsto que cenaríamos en la terraza de un restaurante, en la plaza de la pequeña población. Marie y yo fuimos las últimas en salir del teatro, cogidas del brazo, como buenas amigas. Un grupo de hombres provistos de guitarras y de ramos de flores nos esperaban junto a la puerta de los artistas y nos acompañó hasta el restaurante, al son de la música y con muestras de gran deferencia.

Era casi medianoche.

Tenía ganas de reír. Me sentía el corazón ligero.

La orquesta, dirigida ahora con batuta, se había acomodado en un quiosco que se levantaba en el centro de la plaza. Tocaban una animada polca. Al menos así me lo pareció. Nuestra llegada al baile fue recibida con gritos de alegría, bravos, petardos y fuegos de Bengala. Los hombres que nos acompañaban se dispersaron entre la multitud, y, mientras buscábamos con la mirada a nuestros amigos, un individuo cuarentón de aspecto bastante

distinguido —redingote y sombrero hongo, a fe mía—, me invitó a bailar. Acepté. Otro caballero, después de retorcerse el bigote y alisar la raya blanca de sus cabellos, se inclinó delante de Marie; pero ésta declinó su ofrecimiento, con verdadero pesar:

—Discúlpeme —dijo, un poco avergonzada—. No sé bailar.

El hombre del hongo tiraba de mi mano. Me volví a Marie:

—Espérame en la mesa —le dije—. Iré en seguida.

Me hizo un pequeño ademán con la mano y se alejó.

Mientras, mi caballero y yo nos mezclábamos con los que bailaban, con los que «polqueaban», hay que decirlo, con más entusiasmo que ortodoxia, vi que Marie se reunía, en la mesa del restaurante, con Rodolfo, Diógenes y los demás. No nos habían esperado y estaban ya cenando alrededor de una mesa rectangular.

Hacía calor, pero era un calor suave. El aire estaba lleno de agradables perfumes. Me gustaba la gente que me rodeaba, y, al ponernos a bailar, me di cuenta de que estaba tarareando la canción francesa que tocaba la orquesta con nosotros.

La plaza estaba totalmente iluminada. Sin duda era día de fiesta en la pequeña ciudad cuyo nombre he olvidado. Guirnaldas de farolillos oscilaban entre los cocoteros, proyectando una luz incierta sobre las fachadas de colores de las casas; casitas de un solo piso y techo bajo, adornadas con columnas a la española y con multitud de

frisos, de conchas, de flores pintadas y de frontones, que me recordaban un poco los mejores decorados de Dumoulin, en el Folies, para los cuadros vieneses. La inevitable iglesia, también muy pequeña, pintada de rosa y cubierta de estatuas, parecía participar en la fiesta y lucía también farolillos en su fachada. Un cura estaba sentado ante el portal, en una silla de hierro. Contemplaba el baile, sonriendo, y se enjugaba la frente con un pañuelo a cuadros.

Frente a la iglesia, al otro lado de la plaza, se levantaba el no menos inevitable palacio, azul y blanco, y un poco decrépito. Unas rejas muy gruesas protegían las ventanas, y, sobre el tejado, ondeaba una deslucida bandera bicolor de la república de San Miguel. Dos centinelas distraídos, con el fusil al hombro, estaban apoyados en el muro del palacio. Fumaban cigarrillos larguísimos.

Alrededor de toda la plaza, corría una especie de galería sostenida por altos pilares de madera y cubierta con hojas de caña de azúcar y de sisal. Suspendidos del techo de hojas, temblaban millares de minúsculos retazos de papel de estaño. Colgaban, también de los hilos, banderolas. Debajo del enramado, las mujeres indias, vestidas con sus trajes típicos de vivos colores, permanecían gravemente sentadas detrás de unas mesas colmadas de frutas variadas, de dulces exóticos, de especias y de bebidas frescas. Se abanicaban pausadamente, a la luz de una lámpara de petróleo, y oxeaban con negligencia las moscas y las mariposas nocturnas.

A pesar del calor, o tal vez a causa del calor, todo el mundo se había lanzado a la calle. Los niños bailaban unos con otros o celebraban concursos de peonza. Los perros se perseguían entre los que bailaban. La mayoría de los habitantes de la pequeña ciudad se entregaba a la polca, ataviados con sus mejores vestidos. Los otros se paseaban, dando vueltas a la plaza, las mujeres en un sentido y los hombres en otro. Estos se detenían al pasar frente a la mesa donde Marie acababa de tomar asiento.

De vez en cuando, y aprovechando algún claro entre las parejas, veía las manchas pálidas de los cinco sombreros de paja de los Turcos y del traje blanco de Diógenes. Todo me parecía amistoso, familiar.

Lo contemplaba todo, mientras bailaba, y mientras mi caballero, cuya mano, apoyada en mi talle, parecía cobrar audacia, me murmuraba al oído las palabras de amor tradicionales, esos *piropos* españoles que se aprenden de memoria y se sueltan según las circunstancias, tanto si las mujeres los escuchaban como si no. En este caso, el hombre perdía el tiempo.

Al terminar el baile, después de haberme doblegado hasta casi hacerme tocar el suelo en el último movimiento, según una costumbre local, el hombre me acompañó a nuestra mesa, sombrero en mano, me hizo sentar y me besó la mano. Extraordinario. Marie le miraba vivamente sorprendida, tomándole sin duda por un hombre de mundo, por un grande de España inmensamente rico, en tanto que yo, mientras bailábamos, había advertido

claramente el revólver que llevaba a la cintura. Hay que desconfiar de estos caballeros. Tienen el barniz de la vieja Europa y son, en realidad, unos canallas redomados.

Por fin se alejó, después de mirar a Marie fijamente a los ojos.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó ella grandemente interesada.

—Me habló de amor, naturalmente.

—Lo sospechaba.

Uno de los jóvenes Turcos, que estaba a su lado, llenó un vaso de licor, sin duda ron, y se lo ofreció. Ella lo tomó en la mano y me dijo:

—Yo no sé lo que es el amor, pero, por principio, me interesa.

Se llevó el vaso a los labios, bebió un largo trago, se atragantó y empezó a toser. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y, volviéndose a Diógenes, que estaba sentado a mi lado, le preguntó:

—¿Es alcohol?

Diógenes asintió melancólicamente con la cabeza.

—El alcohol es bueno —murmuró Marie.

—Es bueno, sí —dijo Diógenes, sirviéndose a su vez.

Empezamos a comer, charlando entre nosotros. Marie, que se mostraba bastante orgullosa de su primer triunfo, sonreía a todo lo que veía a su alrededor, a las luces, a la música, a los transeúntes que la miraban al pasar. Le brillaban los ojos. Devoraba a mandíbula batiente los misteriosos alimentos locales que yo no puedo comer sin

cierta circunspección, y el joven Turco, su vecino le enseñaba a envolver la carne y las legumbres en una de esas tortillas que jamás han sido de mi agrado y que, en todo caso, no se han hecho para la confitura de albaricoque. En la mesa, y a excepción de Diógenes, que pensaba en la muerte de la paloma Josefina, todos parecían estar de buen humor, tal vez porque, gracias a nosotras, la velada había culminado bien. El director del café, el turco, que comía con nosotros, quería que nos quedáramos unos días más, pero Rodolfo había firmado ya un contrato para actuar en la ciudad vecina y teníamos que partir al día siguiente por la mañana.

Rodolfo estaba también allí. Dibujaba furiosamente, meditabundo, y Marie, que le observaba con curiosidad, me preguntó:

—¿Qué está haciendo Rodolfo?

—Oh, nada. Busca.

—Busca, ¿qué?

—No lo sé exactamente... Creo que pretende inventar el fusil de cañón curvado con el que se puede disparar al otro lado de una máquina.

—¿Y no lo ha inventado?

—No.

—Lástima. Es simpático, a pesar de ser inglés. ¿Es verdad que tiene prohibida la entrada en Inglaterra?

—Sí, es verdad.

—¿Está casado?

—No, que yo sepa.

—Y los Turcos —añadió, inclinándose hacia mí—, ¿tampoco están casados?

—Tampoco.

A decir verdad, nada en el mundo parecía interesar a los Turcos menos que el amor, a pesar de que el mayor de los hijos tenía treinta o treinta y cinco años. Muy sobrios, muy discretos, sólo pensaban en su trabajo y lo realizaban como un sacerdocio, siempre en la brecha; cuando amanecía, se ponían a barrer y a quitar el polvo a su carreta, que permanecía siempre inverosímilmente limpia; después se entrenaban durante varias horas sobre unas pequeñas alfombras que extendían en el suelo, al aire libre; cuidaban de los caballos, de las guarniciones, de los equipajes y del material, y en fin, por la noche, después de su número, hacían de tramoyistas y de coristas, mantenían el orden, etc. Cuando estaban allí, nadie tenía miedo.

Y sin embargo, a pesar de tanta seriedad, se murmuraba que la señora Diógenes no había sido antaño indiferente a los poderosos músculos del viejo Turco, medalla de oro en Barcelona, e, incluso, que había vivido, antes de casarse ella con el ilusionista, una especie de breve aventura amorosa. Todo esto había terminado; pero había noches en que Armande daba a entender claramente que el viejo Turco —Werther, de nombre— seguía gustándole.

Por ejemplo, aquella noche. Después de la polca, la orquesta, habiendo descansado y apagado su sed, atacó enérgicamente un vals vienés, y la señora Diógenes pegó un salto y exclamó:

—¡Werther! ¡Nuestro vals!

Werther, que comía tranquilo y metódicamente al otro extremo de la mesa, dejó su servilleta y se levantó, refunfuñando y con aire de víctima. Armande se acercó a él, le cogió de la mano y lo arrastró hacia la pista.

—¿Crees que también ése le hablará de amor? —me preguntó Marie.

—Me extrañaría.

—¿Por qué?

—Porque la señora Diógenes está casada y el Turco es incapaz de propasarse.

—Y tú, ¿qué piensas del amor? —me preguntó poseída de gran excitación.

—¿Del amor?

Delicada pregunta. Reflexioné un momento, sin responderle, observando a Armande y al viejo Turco, que empezaban a girar bajo las guirnaldas. Armande tenía la mirada perdida y sin duda estaba murmurándole al viejo: «Werther, nadie me ha hecho bailar como usted», lo cual era indudablemente la pura verdad, pues nadie en el mundo era capaz de levantar así a la señora Diógenes y de hacerla girar de modo que los pies de la vieja amazona casi no tocaban el suelo.

—El amor es maravilloso —le dije a Marie—. Maravilloso, pero...

Y empecé a hablar a tontas y a locas, a hablarle del amor a una muchacha a la que sólo conocía desde hacía un par de días y que me escuchaba boquiabierta. Por un

momento, tuve la sospecha de que estaba burlándose de mí; pensé que no era posible que fuese tan ignorante. Pero, ¿por qué había de burlarse? Le expliqué que, en nuestro oficio, el amor era una cosa difícil, efímera en todo caso, y que los cómicos errantes sólo pueden tener amores errantes. Esto me recordaba una canción en que se hablaba de una joven bohemia que iba dejando su corazón por todos los caminos del mundo. Lugares comunes.

—Escucha, el mes pasado, en Porto—Vico, Janine... pobre Janine... me mostró a un hombre que estaba de pie en un palco. Saltaba a la vista que era español, o portugués. Al salir nosotras a saludar por segunda vez, se quitó un clavelito del ojal, lo arrojó a mis pies y se marchó. Imagínate que hizo lo mismo durante cinco noches seguidas.

—¿Era guapo?

—Bastante guapo. Porte distinguido, muy alto, muy macho. Yo estaba entusiasmada.

Como tenía la cabeza en otra parte, no había advertido que, desde hacía un rato, varios tipos poco recomendables, entre ellos mi pareja de polca, rondaban alrededor de nuestra mesa, donde habíamos quedado solas con Diógenes. Los otros se habían retirado. Estos tipos, aunque sólo lo advertí más tarde, olían carne fresca, y Marie, en su inocencia, les animaba sin darme yo cuenta. Proseguí:

—El último día, recogí una flor y la lancé a su palco. Era la prueba de mi aceptación. Una hora más tarde,

comíamos juntos. Y él me hacía la corte, muy galante, muy educado... un poco torpe, pero siempre correcto.

—¿Y después?

Me levanté. Teníamos que cruzar todo un grupo de transeúntes y de gente que bailaba para volver a nuestra carreta. Yo caminaba delante, abriéndome paso entre gritos y petardos, y volviéndome de vez en cuando a Marie, mientras proseguía mi pequeña, pequeñísima historia de amor.

—Partimos al día siguiente por la mañana, muy temprano. Como de costumbre. Cuando le dejé, él seguía durmiendo; no le desperté.

—Pero, ¿cómo?

—¿Qué?

—¿Por qué no te quedaste con él?

—¿Con un desconocido? —le dije, riendo—. ¿Estás loca?

Acabábamos de salir de la plaza iluminada para enfilar una calleja oscura y casi desierta que conducía a nuestras carretas. Con la cabeza gacha, fatigada, soñolienta, seguía yo hablándole a Marie del amor que nosotras conocemos, un amor que nunca es el mismo y que a veces nos produce pesar.

—Ya lo ves; siempre es lo mismo. Aventuras de una noche... Sin embargo, si encontrase al hombre de mi vida, estoy segura de que le reconocería a la primera ojeada.

Tal vez encontré al hombre de mi vida aquella noche, mientras pronunciaba la frase. Allí o en otra parte, una

noche, al salir del baile. Y no lo reconocí. Tal vez era Flórez, el desconocido que nos seguía a la sombra de las columnas, sin mostrarse. Más tarde, así me lo dijo. No lo sé.

De pronto al no oír los pasos de Marie cerca de mí, me volví y la vi a unos cincuenta metros de distancia, toda gozosa, subiendo a un viejo coche negro, en compañía de tres individuos, entre los que reconocí a mi pareja de baile. Los otros, aunque sólo pude verlos de refilón, me produjeron una impresión lamentable. Tratando de detener a Marie, le grité:

—¡Marie! ¿Adónde vas?

No me respondió. Apoyando un pie en el estribo del simón, cuyo interior estaba tapizado de rojo, subió al vehículo. Los tres hombres montaron detrás de ella, la portezuela se cerró y el coche desapareció calleja abajo.

El joven que me seguía —¿sería él? ¿sería otro?— salió entonces de la sombra y me dijo:

—Señorita...

Sin mirarle le volví la espalda y me dirigí a la carreta a todo correr.

Marie volvió a la mañana siguiente, alrededor de las siete, cuando nos disponíamos a salir y no esperaba ya volver a verla. El negro simón se detuvo cerca del lugar en que se hallaban nuestras carretas, en otra plaza de la pequeña ciudad, una plaza inacabada, cubierta de hierba y

amenazada por la selva. Marie se apeó del coche, sonriendo, acompañada de los tres compadres, que también sonreían, como es fácil comprender. Hubiérase dicho que habían pasado toda la noche en el simón. Ella les besó a los tres y vino hacia nosotros, con aquellos sus pasos largos que parecían dominar el mundo. Llevaba descubierto uno de sus hombros, en el que se veían algunas huellas brutales. Sus vestidos estaban hechos jirones y sus cabellos caían en desorden. Sin embargo, sonreía sin la menor vergüenza, pero de un modo nada provocativo, dándonos a entender que se sentía feliz.

Creo que Rodolfo, que había ya montado a caballo, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, y creo también que los Turcos, que nunca se metían en nada que no fuera de su incumbencia, dejaron un momento los caballos para presenciar el retorno de Marie.

Yo, que la creía perdida, me alegré de volver a verla. En fin de cuentas, lo otro era asunto suyo, y yo no era responsable. El sol levantaba. Marie me hizo una señal con la mano y subió los cuatro peldaños de la carreta, mientras Rodolfo, pasado ya el momento de sorpresa, daba la señal de partida. Los Turcos saltaron a los pescantes, empuñando sus látigos. Todo volvía a empezar, como todos los días.

En la carreta, Marie se había tumbado en su litera y estaba mordisqueando una manzana. Me dijo que se sentía molida, y, antes de dormirse, mecida por los baches del camino, añadió en un murmullo:

—Tenías razón, María... El amor es maravilloso...

3

Según determinaban los contratos, sólo debíamos permanecer cuatro semanas en este nuevo Estado, del cual sabía yo muy pocas cosas. Equivalente en extensión a un tercio de Francia, poco más o menos, la república de San Miguel era considerada en América como un pequeño país sin importancia, casi insignificante, enquistado entre Honduras, Méjico, Guatemala y tal vez algún otro país. Baedeker me había informado de que esta república bastante reciente, «esencialmente montañosa, de clima tropical y dominada por tres altos volcanes», antigua colonia española desgarrada a lo largo de siglo XIX por movimientos de independencia y los golpes de Estado militares, contaba con cuatro o cinco ciudades soñolientas, amén de la capital, San Miguel, con sus cien mil habitantes. Sabía también que el país vivía de la explotación de maderas preciosas, algodón, azúcar y cacao, que las minas de plata a que antaño debió su celebridad se estaban agotando lentamente, y que, enterradas en la tupida selva, se hallaban numerosas ruinas indias, «tan colosales como misteriosas», viejas ciudades perdidas que no me atraían demasiado.

Cinco o seis millones de habitantes, un presidente que se llamaba Augusto Conte y cuyas brillantes estatuas podían verse en todas partes, y negros, indios, mestizos, chinos y europeos venidos no sé de dónde. Había que

añadir los prospectores americanos, que buscaban un poco de todo y apenas encontraban nada, así como un cierto número de vagabundos sin nacionalidad exactamente definida. Como decía mi Baedeker, «un mosaico de razas».

A pesar de las pequeñas dimensiones que le atribuía mi guía, la república de San Miguel nos pareció inmensa, al principio; tan vastos eran sus horizontes y tan largos sus caminos, por los que a menudo teníamos que avanzar al paso. Cierto que acabábamos de salir de Honduras Británica, uno de los países más reducidos de la América Central y que habíamos cruzado en un solo día.

Pronto nos dimos cuenta de que no podríamos salir de esta república dentro del término previsto en nuestros contratos. El éxito de nuestro nuevo número alcanzaba tales proporciones que los nombres de *María y María* se hicieron célebres, en poco tiempo entre las dos fronteras. Dos muchachas de París que se desnudaban todas las noches —y dos veces los domingos— en el escenario de un teatro, en un lugar público, donde por una módica cantidad, todos podían verlas y casi tocarlas, era una atracción sin precedentes en el país. Me atreveré a decirlo: un acontecimiento.

Nosotras cultivábamos este éxito como mejor sabíamos. A cada representación, añadíamos algún nuevo detalle: unos velos, unos guantes, unas sombrillas de color rosa, o incluso unas medias con bordados de flores y serpientes, que, al ser descubiertas muy despacio hasta la

rodilla, provocaban excitados murmullos en las salas. Yo había olvidado mis primitivos escrúpulos y me burlaba de las conveniencias. Nuestra conciencia era sólo nuestra y esto era lo principal. Por lo demás... Teníamos la oportunidad de ser las primeras en presentar a aquellos bárbaros un número de esta clase, y valía la pena de aprovecharla. Lo importante es llegar primero, sin que importe el estado en que se llegue: es un refrán bretón muy conocido.

Marie compartía totalmente mi opinión. Sin duda la noción del éxito la afectaba menos que a mí, puesto que era la primera vez que subía a un escenario. Sólo sabía apreciar la alegría en general y los mil placeres de una vida nueva. En cuanto a mí, había visto demasiadas salas vacías y heladas —esos largos túneles en que nadie se mueve— para no aprovechar la ocasión de armar un escándalo.

Resultaba difícil, por no decir imposible, encontrar en el acto los accesorios parisienses que necesitábamos para nuestro número. Los artículos de París eran muy raros en aquellos andurriales, y las elegantes parecían recién salidas de un baile de Badinguet.

Afortunadamente, antes de salir de Francia, y aleccionada por la experiencia, había tomado algunas precauciones útiles: dos maletas enteramente llenas de accesorios diversos, cintas, sedas, blondas, lentejuelas, plumas, abanicos y perlas falsas, sin contar todo lo que había dejado Janine. En los barcos, las maletas llenas

pagaban lo mismo que las vacías; y, desde nuestra llegada a Buenos Aires, nos seguían, en el carro de los equipajes, junto a las telas de los decorados, la rueda giratoria de Rodolfo, los instrumentos niquelados de los Turcos y las reproducciones en cartón de Notre-Dame y del Moulin Rouge, que colocábamos a nuestro lado en el escenario, en las grandes solemnidades.

Según se estipulaba en nuestros contratos, Rodolfo, director de la compañía, recaudaba la totalidad de los ingresos, y, una vez deducida su parte, que era la más importante, y la del empresario, distribuía el resto de acuerdo con los porcentajes asignados a cada grupo de artistas. Pero estos contratos, firmados de cualquier manera, no representaban gran cosa,· aunque se puede decir también lo mismo de la mayoría de los contratos. Las convenciones hacen la ley entre las partes.

En una semana, doblamos nuestros ingresos; después, los triplicamos. Entonces, sostuve una breve conversación con Rodolfo, para hacerle comprender que nos debía una compensación.

Lo comprendió.

—Ya había pensado en ello —me dijo.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Esperaba la ocasión oportuna.

—¿Y qué?

—Trato hecho, María. Además, voy a hacer imprimir rótulos nuevos.

Nuestro porcentaje fue doblado; pero yo prefería dejar

nuestro dinero en la carreta de Rodolfo, que poseía un escondrijo seguro. Teníamos que ser muy prudentes, en este particular, y no dejar tiradas las cosas preciosas. De vez en cuando, cada cinco o seis meses, enviábamos giros a nuestro empresario de París y el dinero nos esperaba en el Banco. En una ocasión, al regresar de Egipto, había desaparecido el empresario; pero esto es otra historia.

Los rótulos fueron impresos, al finalizar la cuarta semana, en la imprenta medieval, o poco menos, de un villorrio de la república. Conservo uno de estos rótulos: Los nombres de las dos señoritas aparecen en caracteres mucho mayores que todos los demás, incluido el de Rodolfo. Figurábamos ya en el final del programa, como *vedettes*, y nuestro número duraba tres cuartos de hora largos. En los costados de nuestra carreta, uno de los jóvenes Turcos repintó, en letras más grandes, *MARÍA Y MARÍA las señoritas de París.* Ni que decir tiene que nuestra carreta iba ahora la primera, a la cabeza del ilustre cortejo.

Dondequiera que fuésemos, nos estaban esperando. Hombres a pie y a caballo nos recibían a la entrada de cada población y escolta alegre y bulliciosa nos acompañaban cantando por la calle principal hasta el teatro. Al cabo de tres semanas, nos dimos cuenta de que algunos de aquellos hombres nos seguían de pueblo en pueblo y asistían a todas las representaciones. Todos nos pedían recuerdos, reliquias, una firma, un retazo de nuestra ropa para besarlo. Llegaron incluso a

desenganchar los caballos de nuestra carreta para ponerse en su sitio. En vez de los cafés baratos y de público soez, teníamos indiscutible derecho al mejor establecimiento de cada ciudad, y los admiradores del teatro nos ofrecían alojamiento en el hotel, cosa que rehusábamos sistemáticamente. No nos gustaban los hoteles.

En cuanto aparecíamos nosotras en escena, después de una impaciente espera, se hacía el silencio incluso en las salas más alborotadas. No conocíamos ningún fracaso. Después del espectáculo, teníamos que recurrir a la astucia para volver a nuestras carretas. De grado o por fuerza, la señora Diógenes y su hijo salían juntos, llevando nuestros abrigos y nuestros sombreros, mientras nosotras lo hacíamos furtivamente por otra puerta. A pesar de estas precauciones, hubo muchas noches en que no pudimos pegar ojo, arrulladas por los cantores de serenatas.

Esta popularidad, que sorprendía un poco a todo el mundo, se extendía incluso a las zonas rurales, y recuerdo un día en que, al cruzar un bosque en terreno montañoso, un árbol enorme cayó de improviso sobre el camino precisamente delante de la primera carreta. Inmediatamente los Turcos y Rodolfo se precipitaron a ver lo que pasaba. Se decía que aquella región era poco segura; habíamos oído hablar de bandoleros, de raptos, de atentados. Sin embargo, aquel día, sólo vimos, grabados ostensiblemente en el tronco, los nombres de *María y María* dentro de un corazón atravesado por una flecha.

Otra vez, en el transcurso de una representación que

estuvo a punto de acabar mal, rivalizamos ambas en nuestro celo. Se trataba de ver cuál de las dos llegaría más lejos en su atrevimiento. Todo marchaba a pedir de boca; los *Olé* vibraban estentóreos a cada enagua que volaba por los aires. De pronto, Marie, empezó a desabrocharse el corpiño que lucía en escena. Yo no creía lo que estaba viendo. Le dije:

—¿Te has vuelto loca?

No me respondió. Sus movimientos eran lentos, muy lentos, y cuando por fin se quitó el corpiño y lo sostuvo ante sí con ambas manos, como un escudo, pensé que había perdido verdaderamente la cabeza. Entonces algo me impulsó a echar una ojeada a la sala. Todos los espectadores, o al menos todos los que yo alcanzaba a ver, los de las primeras filas, estaban desnudos, completamente desnudos. Podía ocurrir cualquier cosa. Presa del pánico, hice bajar inmediatamente el telón y desaparecimos las dos, envueltas en las capas de los acróbatas. No era conveniente pasar de ciertos límites.

Al día que siguió a esta increíble velada, nos habíamos detenido a la orilla del camino, a la sombra de unos plátanos, para dar descanso a los caballos y dejar que pasara la hora más calurosa y la conversación recayó en los espectadores desnudos.

—Estuvieron a punto de saltar al escenario —dijo Rodolfo—. ¡Y quién sabe si hubiéramos podido tenerlos a raya!

—En efecto —comentó Diógenes—; la pasión

multiplica las fuerzas.

—Es posible —murmuró el Turco.

—Esto es lo que pasa por jugar con fuego —añadió la señora Diógenes, que todavía estaba temblando, con más acritud que benevolencia—. ¡No me extrañaría que todo esto terminara mal, el día menos pensado! Realmente, el *music-hall* ya no es lo que era. Y, con lo deprisa que van las cosas, ya verán lo que digo...

—¿Y si reanudáramos la marcha? —preguntó Diógenes.

Marie, a pesar de la afición que demostraba a su nueva existencia, seguía siendo para mí incomprensible, desconocida. Es cierto que, tanto en los viajes como en las paradas, pasábamos juntas todo el día, compartiéndolo todo, inseparables, buscando incesantemente la manera de perfeccionar nuestro número—milagro, ensayando pasos y canciones nuevas; pero jamás se le escapa la menor confidencia, el menor desahogo del corazón.

Yo no había sabido nada más de su infancia, de su padre, y sin duda lamentaba ella haber hablado demasiado. Extraña muchacha. Por su parte, me preguntaba mucho, con curiosidad, con insistencia, sobre todos los temas que le pasaban por la cabeza; pero, en cambio, no respondía nunca a mis preguntas, por muy discretas o indiferentes que fuesen. Sabía eludirlas con habilidad. ¿Pensaba volver algún día a Irlanda? ¿Tenía todavía allí algunos parientes lejanos? ¿Quería, por el contrario, seguir en el espectáculo? ¿Conmigo? ¿Cuáles eran sus proyectos?

¿Qué haría con su dinero?

Imposible saberlo, imposible saber nada; ni siquiera si guardaba algún secreto oculto o si, sencillamente, no tenía nada que decirme.

Había aparecido un buen día, sin equipaje, vestida de hombre, con una gorra y una navaja. No había efectuado ningún cambio en el rincón de Janine, donde se había instalado; había dejado en las paredes las fotos y chucherías, como si la decoración le importase un bledo. Yo tenía a menudo la impresión de que sólo estaba de paso. Temía que no se quedaría mucho tiempo. Era como una inquilina.

Con frecuencia se distraía, permanecía meditabunda y se esforzaba visiblemente en interesarse en los humildes menesteres que constituían el reverso de nuestra pequeña gloria —zurcido de ropas, lavado de medias, maquillaje, ensayos, amén de la cocina y la limpieza de la casa ambulante—; aprovechaba todas las paradas de la caravana para ausentarse durante horas enteras. Escapadas que en modo alguno tenían por objeto visitar un monumento maya o un bazar regional, sino todo lo contrario.

En los primeros tiempos de su vida con nosotros, Marie agotó rápidamente todo lo que, en su nuevo mundo, podía parecerle atractivo, pintoresco: los adornos de los trajes, los relatos que le hacíamos, el placer de conducir un caballo por un camino desconocido. Le gustaba la turbulencia y la vida al aire libre. Acostumbrada desde la

infancia a las conspiraciones sin esperanza, a los callejones oscuros, a los murmullos de la noche, descubría entusiasmada una libertad que le parecía religiosa. Pero, en medio de toda esta exuberancia, de este torbellino que no dejaba de sorprenderla, Marie sólo se interesaba por los hombres, por todos los hombres. Bien dicen que todo lo nuevo es hermoso.

Después de aquel desvergonzado regreso al amanecer, y cuando se despertó ya bien entrada la tarde, traté de ponerla en guardia. Yo era la mayor. Tal vez me correspondía hacerlo.

—Marie —le dije—, no voy a darte consejos. Pero ten cuidado.

—Cuidado, ¿de qué?

—De los hombres.

—¿Por qué?

—Aquí no estamos en París; ni siquiera en Londres. Podría ocurrirte cualquier cosa.

—Por ejemplo, ¿qué?

Estas preguntas incesantes, infantiles, fruto de una curiosidad mecánica, empezaban a fastidiarme; renuncié, pues, a protegerla, desde aquel mismo momento, no sintiéndome obligada ni deseosa de hacerlo. Y casi cumplí mi propósito.

Por mi parte sin ser particularmente inaccesible al sentimiento, me gustaba elegir las personas a quienes juzgaba dignas de acompañarme y no me arrojaba en brazos del primer llegado sin pedirle referencias. Sólo me

había ocurrido dos o tres veces, hacía algunos años, en circunstancias que he olvidado, y siempre me había dejado un mal recuerdo. Hay que desconfiar de los relámpagos. Mi abuela decía que suelen anunciar tormenta.

Ahí estaba la pobre Janine...

Marie, por su parte, actuaba sin el menor discernimiento. Todas las noches, un individuo, que nunca era el mismo y que podía ser cualquiera, la esperaba pacientemente en el camerino, oculto detrás de un biombo o de una cortina. Al entrar en el camerino después del espectáculo, advertía yo la punta de sus botas asomando por debajo de la cortina, o el humo de su cigarro flotando encima del biombo. De todos modos, yo sabía que estaba allí y que Marie también lo sabía.

Yo salía lo antes posible, discretamente, unas veces sola y otras del brazo de un hombre que me había enviado flores con su tarjeta, y dejaba el camerino a la libre disposición de Marie. Jamás me dijo una palabra para agradecerme el favor. En aquella época, sólo vivía para el amor, para el último descubrimiento, y se hubiera dicho que participaba en una especie de concurso consistente en lograr el mayor número de conquistas. ¿Esperaba tal vez batir un récord?

Yo intentaba desengañarla, hablándole de la Gran Antoinette, a la que sólo había conocido superficialmente cuando yo era muy pequeña, y la cual, según decían alardeaba de poseer más de ocho mil firmas, en gruesos volúmenes.

Y no cuento, añadía, los que no sabían escribir.

Marie no se desanimaba.

Esta especie de frenesí, que el paso de los días no lograba mitigar, le hacía olvidar todas las demás preocupaciones. Los triunfos profesionales la alegraban sólo un momento; los viajes y los paisajes la aburrían como a todos nosotros. Se había acostumbrado muy pronto a su nueva vida; le había costado muy poco mudar la piel. Su odio contra Inglaterra se manifestaba sólo en ciertos momentos, como un inexplicable y misterioso recuerdo de infancia. Incluso, a veces, sonreía y, a menudo, afirmaba que no volvería a hacerlo.

El recuerdo de su padre y de su familia se iba esfumando también poco a poco. Gozaba la vida minuto a minuto, hombre por hombre, obstinada, cándida, sincera y también muy metódica, y, aunque vivía a mi lado, seguía pareciéndome extraña, tanto en el escenario como fuera de él.

No dormía nunca, o casi nunca, en nuestra carreta común, donde yo me encontraba sola, un poco temerosa y echando pestes contra las serenatas. Regresaba con la aurora, y siempre me despertaba el paso de un caballo madrugador. Un jinete fatigado dejaba a Marie en lo alto de la escalerilla. Ella entraba sin hacer ruido —al menos, así lo creía— y, mientras yo fingía seguir durmiendo bajo el mosquitero, dirigía a través de la ventana un último ademán de despedida a su amante, un amante que no la vería más y que se alejaba a caballo. Al propio tiempo, y

antes de olvidarle, añadía el nombre del individuo a una larga lista que anotaba secretamente en una de las paredes, bajo una cortina; una lista en que los Domingo alternaban con los Ramón, y los Manuel con los Antonio.

Esta vida desordenada no preocupaba a nadie, aparte de las recriminaciones de la señora Diógenes; pero ésta gruñía siempre. Y precisamente, como si el destino quisiera darle la razón, Juanito fue la única víctima de lo que su madre llamaba «una conducta incalificable».

Juanito hacía de ayudante de Rodolfo. Éste, al representar su número, lo ataba sólidamente a una especie de rueda grande de madera que los Turcos, desde el foro, hacían girar a golpes de manivela. Atado a la rueda, Juanito cantaba flamenco hasta desgañitarse, mientras Rodolfo le rodeaba de puñales. Ahora bien, una noche, Marie se hallaba en brazos de no sé quién, entre bastidores y cerca de un proyector que alumbraba el blanco cantarín. Ya fuese la causa de su torpeza o de la pasión, lo cierto es que hizo un movimiento en falso; su brazo chocó con el proyector y desvió el haz luminoso en el mismo instante en que Rodolfo lanzaba con una sola mano los tres últimos puñales, acompañado de un redoble de tambores. La luz del foco dio de lleno en el rostro de Rodolfo cundo éste bajaba el brazo. La canción de Juanito se extinguió en un grito de dolor.

La cosa no fue grave; un poco de acero en un brazo. Juanito lo llevó vendado algunos días, durante los cuales la señora Diógenes no se cansó de repetir a todos:

—Acabará por matar a mi hijo.

El éxito se convertía en triunfo, en delirio; en cuanto un teatro nos anunciaba, con profusión de rótulos y de pregones, todos los campesinos de las cercanías corrían a la ciudad, a pie o a caballo, trayendo consigo los productos del campo, que permutaban por asientos de gallinero. El sistema del trueque se practicaba aún en gran escala en la república de San Miguel, incluso para obtener localidades de teatro. De esta manera, los cajeros terminaban casi siempre entre un montón de vituallas y de objetos diversos, como pañuelos bordados, platos pintados, nueces de coco esculpidas, sombreros, cuchillos de mango tallado, cacharros de arcilla, estatuillas, balas de algodón y sacos de café. Un día, un campesino pagó su localidad con una gallina y le dio un huevo de propina a la acomodadora.

No sé por qué razón, el recuerdo de aquellos días triunfales me dejó una especie de amargura. Sin embargo, vivíamos una fiesta prolongada, ruidosa y alegre, irracional. Nunca en la vida había sido yo tan célebre, tan adulada; nunca en la vida había ganado tanto dinero. Ningún disgusto, ninguna envidia profesional me distanciaba de Marie, la cual se mostraba conmigo muy agradecida e incluso servicial; la compañía no tenía problemas. Tal vez era simplemente la añoranza de otros públicos, menos calurosos y más severos. Tal vez era algo natural, allí, en países lejanos llenos de ruido y de color.

Cuando, tirado nuestro vehículo por hombres que se

revelaban, llegábamos a una de esas ciudades rosadas y amarillas que no conocen las hojas muertas, pasábamos bajo los arcos de triunfo y guirnaldas de flores tendidas sobre las calles. Asnos enteramente cubiertos de flores, como enormes bolas azules montadas sobre cuatro pezuñas, nos seguían empujados por los niños. Desde todos los lados nos echaban flores. Nuestras carretas parecían grandes ramos. Flores de púrpura y de carmín, flores escarlatas, o blancas, o moradas, flores extrañas de formas y aromas desconocidos y que hacían decir a la señora Diógenes que, en su totalidad, no valían lo que uno de los dos geranios que cultivaba en la ventana de su carreta.

Nos seguía una multitud que gritaba a todo pulmón nuestros dos nombres, que no eran más que uno. Estos nombres cubrían las paredes y podían leerse en los trajes de los hombres, en los sombreros, en las suelas de las botas, en la planta de los pies descalzos, en las camisas, sobre el corazón, y en los pechos cuando faltaba la camisa. Entre una inmensa algarabía, con orquestas y charangas, danzarines folklóricos emplumados, toreros falsos y falsos conquistadores, parisienses falsos y falsos —¿o verdaderos?— bandidos, entre el humo acre de los petardos y el estruendo de las detonaciones de todas clases, la ciudad entera nos conducía hasta el teatro, que había adornado para nosotros.

En algunas semanas, nuestro número se había transformado hasta no parecer el mismo. Los jóvenes

Turcos, vestidos de frac, nos servían de cuerpo de baile cuando necesitábamos bailarines de fondo. A iniciativa de Marie, habíamos renovado nuestro repertorio de canciones. Había una que siempre tenía más éxito que las otras. Se llamaba *Una—Dos*, y los ensayos, bajola dirección eficaz de Diógenes, experto en trucos, nos habían dado no poco trabajo. Todo discurría sobre un telón negro con accesorios también negros, sillas, escaleras, un columpio, y espejos hábilmente disimulados. Dos de los Turcos, vestidos enteramente de negro y con el rostro cubierto con una capucha, invisibles, participaban también en las maniobras. De este modo, al recibir nosotras solas la luz de los focos, parecíamos flotar en el aire envueltas en nuestros trajes claros, o bajar los peldaños de una escalera fantasma, o cruzar lentamente el espacio, sostenidas por las manos de los Turcos; y, gracias a sabios deslizamientos, ora parecíamos fundirnos las dos en una sola, ora nos multiplicaban los espejos hasta el infinito, mientras cantábamos:

De dos cosas, sólo una,
Dos piernas o dos ojos,
Porque siempre a pares
Buscamos fortuna.
Mas, morenas o rubias,
En París lo hacen bien:
Una vale por dos...
Dos hacen sólo una.

Al llegar el momento del estribillo, las luces enfocaban bruscamente el escenario, descubriendo uno de nuestros decorados parisienses, y nosotras cantábamos con el coro, levantando las piernas:

¡Ay! ¡Mujercitas, mujercitas de París!
¡Ay! ¡Mujercitas, mujercitas de París!

Volvía la negrura, y proseguíamos:

A la luz de la luna
Dos niñas caprichosas
A más y mejor hacen
Terribles infortunios.
Cuando invitáis a una,
Comparecen las dos,
Invitáis a las dos y no viene ninguna...

Al segundo estribillo, no había manera de entenderse. La sala entera cantaba con nosotras «¡Ay! ¡Mujercitas!», y volvía a sentarse para seguir escuchando, gravemente:

Apuesto una fortuna
A que un sabio estudioso
No sabe que restando
Dos de dos, queda una...
Sí, es una laguna:
Si calcula mejor
Dos veces dos más dos,
Sigue quedando una...

Y el nombre de París, al cual nunca se apela en vano, desencadenaba una vez más el entusiasmo. La escenificación de la cuarta estrofa era mucho más difícil que las tres anteriores. Pero Diógenes hacía maravillas con sus espejos, mientras nosotras canturreábamos en dos tonos:

Si yo pongo una
Divido por dos.
Si yo pongo dos
Si multiplico una,
Si multiplico dos,
¡Oh, qué maravilla!
No queda ninguna.

En la quinta estrofa, a la que dábamos un tono un poco melancólico, el ritmo de la canción iba decreciendo. Agitábamos las manos en ademanes de despedida:

No tengáis rencor...
Y que seáis felices.
Decidles adiós,
Pues con una sobra...
Cabeza, sólo hay una,
Piernas, hay dos...
Que vayan los amantes
Cada uno con cada una.

Después de la cuarta estrofa, Marie desaparecía

totalmente en la negrura. Al final, después de un truco de indumentaria, reaparecía a plena luz, vestida con un traje masculino, y la sala creía estar soñando al ver a un hombre y una mujer que saludaban desde el proscenio mientras retumbaba el último estribillo. Los aplausos estallaban como una tormenta. Marie desprendía una flor de su ojal y la arrojaba a las primeras filas; a cambio de esto, recibíamos todas las noches un alud inmenso de flores que nos cubría por entero.

Todos los directores de teatro y de *music-hall* querían conservarnos indefinidamente y nos ofrecían el oro y el moro. Tuvimos que revisar todos los compromisos adquiridos en París antes de nuestra partida. En ocasiones, permanecíamos ocho o diez días en el mismo lugar; otras veces, teníamos que detenernos, bloqueados por la multitud, en humildes aldeas del camino. Cediendo a las súplicas y a las aclamaciones, improvisábamos una representación en cualquier parte, en una sala o al aire libre. Los indígenas nos colmaban de obsequios: largos vestidos blancos con dibujos rojos, collares de conchas, sombreros de paja e incluso sortijas y pulseras de plata. Los hidalgos, los grandes propietarios, nos invitaban a sus haciendas con toda la compañía, ofreciéndonos banquetes y diversiones de toda clase, bailes típicos, corridas de toros. Bueyes enteros se asaban en enormes espeteras, en el patio, y el escenario donde actuábamos se levantaba bajo las arcadas del patio, no lejos de los surtidores;

En muchas ocasiones tuvimos que rehusar las

intempestivas galanterías de estos caballeros, así como sus suntuosos ofrecimientos. A veces, Marie se levantaba de la mesa, eludiendo la asiduidad de nuestro anfitrión, y la encontrábamos un poco más tarde, con los cabellos llenos de paja, desprendiéndose de los brazos de un vaquero.

Conciertos, serenatas, flores, siempre flores...

4

En cuanto dejamos las regiones bajas de este país, que pasaba por pequeño pero no lo era, unas regiones muy cálidas, muy verdes, cubiertas de flores y de bosques, de chozas y de pantanos, se elevaron ante nosotras los montes abruptos y la pendiente del camino se hizo tan pronunciada que a menudo teníamos que apearnos para empujar los vehículos. El paisaje cambiaba también rápidamente, a medida que subíamos. El bosque se hacía poco a poco más transparente, y el aire, menos pesado, menos sofocante. En lo alto, cruzamos puertos batidos por el viento, casi desiertos, en los que sólo crecían algunos arbustos entre las piedras y desde los que se dominaban lejanos horizontes recortados, y en seguida volvíamos a sumergirnos en profundos valles húmedos, donde, a cada revuelta del camino, resurgían los platanares, los techos de sisal y los setos rojos.

En el curso de uno de estos desplazamientos, en los que invertíamos a veces dos o tres días, estalló la tormenta que vino a echar por tierra aquella vida de Jauja a la que empezábamos a aficionarnos. Y esta tormenta señaló el final de nuestros triunfos escénicos en la república de San Miguel.

Era una tarde del mes de febrero. Un cielo puro y seco. Un caminito que conducía a la próxima montaña. Dentro

de nuestra carreta, con las cortinas echadas, estábamos las dos entretenidas en diversas labores caseras, que realizábamos sin el menor entusiasmo y las interrumpíamos a ratos para charlar un poco. Yo estaba repasando nuestros trajes de trabajo, tarea cotidiana y fastidiosa, mientras Marie, que no sabía coser, desgranaba alubias negras con la punta de su enorme navaja, dedicada ahora a un uso tan pacífico. Todas nuestras conversaciones, lánguidas y baladíes, giraban alrededor de los mismos temas, ya que, por tácito acuerdo, hablábamos sólo de nimiedades. ¿De qué otra cosa hubiéramos podido hablar?

—Por más que digan, esto de desnudarse en escena no contribuye a la conservación de los vestidos.

—Tienes razón —me respondía Marie.

—Parece que la moda ha vuelto a cambiar en París.

—¡Oh!

—¿No te importa?

—En absoluto —dijo ella, con total indiferencia, sin apartar los ojos dé las alubias.

—Ya. Ahora eres tú quien tiene razón... Dime, ¿conoces París?

—No.

—Te gustará —le dije.

—Lo creo.

Hizo una pausa, apoyando el mango del cuchillo sobre la mesa, y me preguntó, con una pizca de interés:

—¿Por qué lo dices? ¿Iremos a París?

—Si esto sigue marchando viento en popa, ¿por qué no? Si gustamos aquí, no hay razón para que no gustemos en

París. En París o en cualquier otra parte. También iremos a México, a Nueva York, a muchos otros sitios. ¿Qué te parece?

—Pero, no a Londres.

—No. En realidad nunca vamos a Inglaterra. ¿No lo sabías? Rodolfo tiene prohibida la entrada allí. Sólo se le permite trabajar en las colonias de la Corona.

—¿Por qué?

—Vivió una gran historia de amor con alguien de la aristocracia, en el 94 ó el 95. Adulterio en la alta sociedad, un escándalo. Hubo un duelo a pistola, en el cual hizo saltar la peluca de un lord sin rozarle siquiera el cráneo.

—Formidable.

—Pero tuvo que salir de Inglaterra.

—¿Por qué?

—Según parece, los puritanos se desahogaron en la prensa.

—No me extraña.

Me había levantado. Colgué uno de los vestidos en el armario. Al día siguiente por la noche volvería a desgarrarse. Dije, a media voz:

—Es una lástima que no vayamos a Londres.

—¿Por qué? ¿Sucede algo? ¿A qué viene esta súbita prisa por regresar? ¿No estás satisfecha?

—Sí, claro; pero esto, Marie, no es... verdadero

público... Es como si estuviéramos en provincias.

Creo recordar que acababa de pronunciar esta frase cuando retumbaron varios disparos, no lejos de allí. Al principio, no les prestamos atención, pensando que no eran más que los acostumbrados petardos y que algunos admiradores nos saludaban al pasar; pero, como seguían y se multiplicaban los tiros, e incluso se oían gritos, la carreta se detuvo.

Marie se levantó vivamente y descorrió la cortina.

—¡Mira! —me dijo.

Al pie de la carretera, a menos de un centenar de metros, un grupo de jinetes avanzaba gritando y disparando en dirección a una mísera aldea: una docena de chozas medio destruidas que eran atacadas y cercadas. A través de los árboles y de altas hierbas, vimos a unos cuantos campesinos y también a unas mujeres y unos niños que salían corriendo alocados de las cabañas e intentaban refugiarse en el bosque.

Yo no acababa de comprender lo que veía. Marie me tomó de la mano.

—Ven —me dijo.

—¿Adónde? ¿Qué significa esto?

—Ven. Salgamos, ¡pronto!

Al borde del camino, Rodolfo y los Turcos, que habían bajado ya de los pescantes, estaban observando lo que ocurría en la aldea, donde se había producido un gran tumulto de gritos y detonaciones incesantes. Un saqueo en toda regla y también una matanza. No podía dar crédito a

mis ojos. Los jinetes derribaban sin previo aviso a cuantos se ponían al alcance de sus fusiles. Perseguían a los que huían y los molían a culatazos y patadas. A los demás, y sobre todo a las mujeres, los ataban a la cola de sus caballos y empezaban a conducirlos hacia la carretera. Al menos una docena de cadáveres yacían en el suelo, mientras las gallinas y los cerdos corrían enloquecidos en todas direcciones. Se oían gritos, niños que lloraban, mujeres heridas.

—Es una expedición de castigo por todo lo alto —dijo Diógenes, acercándose a nosotros—. Creo que lo más prudente es reemprender la marcha.

¿Una expedición de castigo? ¿Qué quería decir? Por conversaciones casuales, me había enterado de ciertos disturbios pasajeros en las zonas rurales de la pequeña república, pero creía que se trataba de manifestaciones sin importancia, de peticiones de delegaciones. No podía acostumbrarme a lo que estaba viendo. Jamás hubiera creído que todavía fuese posible semejante barbarie. Gentes indefensas asesinadas por una cuarentena de brutos, a la luz del día junto a la carretera. A pesar de las recomendaciones de Diógenes, permanecimos inmóviles, estupefactos, indignados. ¿Teníamos miedo, en aquel momento? Lo ignoro. Pero supongo que no.

Se hubiera dicho que aquellos hombres eran salteadores, pero Diógenes nos hizo observar, en voz baja, que todos los jinetes parecían vestir de la misma manera, como si llevasen uniforme. Y unos bandoleros no se

habrían expuesto de aquel modo.

A unos cincuenta metros de nosotros, y a nivel un poco más bajo, se hallaba un hombre montado a caballo, que parecía ser el jefe de aquellos salvajes y que no participaba directamente en la acción. Vigilaba a los presos que conducían a la carretera. Otros dos o tres jinetes permanecían junto a él, cuidando de mantener el orden del triste cortejo a latigazos y puntapiés.

Como de costumbre, Rodolfo tenía un fusil en la mano. De pronto, Marie se lo arrancó de un manotazo y, casi sin apuntar, sin llevarse la culata al hombro, disparó. Los demás quedamos demasiado sorprendidos para reaccionar, y el propio Rodolfo tuvo apenas tiempo de desviar ligeramente el cañón.

Levantó los ojos y murmuró:

—Good shot, indeed.

Evidentemente, fue la acción, el reflejo de Marie lo que decidió todo en un instante. Además, en aquel momento, estábamos todos demasiado desconcertados, demasiado indecisos, para tomar una resolución, para huir o para defendernos. Ninguno de nosotros dio muestras de heroísmo. Creo que incluso me sentí irritada y le pregunté a Marie:

—Pero, ¿qué has hecho?

Y ella nos dijo, arrojando el fusil al suelo, a sus pies:

—Les pido perdón. No sé qué me ha ocurrido, pero no he podido dominarme.

Con una mano en el hombro sangrante, el jefe se

acercaba lentamente a nosotros, seguido de sus guardaespaldas. Otros jinetes aparecieron por todos lados, empuñando sus armas, rodeándonos y haciéndonos imposible la huida.

Al llegar a unos metros de nuestro grupo, y después de contemplar despacio las carretas, en las que sin duda leyó nuestros nombres, el jefe se quitó el sombrero y nos saludó, diciendo:

—¿María y María...? Buenas tardes, señoritas...

Volvió a calarse el sombrero e hizo un seco ademán a los hombres que nos vigilaban.

Éstos echaron pie a tierra.

Con la amenaza de sus armas, poco les costó atarnos las manos a la espalda e incorporarnos al lamentable grupo de campesinos que venían de la aldea. Aunque Rodolfo intentó parlamentar, no hicieron ninguna excepción. No valía la pena discutir. Ni siquiera nos respondían. Uno de nosotros había disparado contra el jefe. Todos debíamos responder de esta acción y sentirnos dichosos de no haber sido fusilados en el acto.

Así, después de largas semanas de flores y canciones, surgía brutalmente la sorprendente desdicha. Ninguna de las anteriores peripecias de mi vida errante podía compararse a esta detención. Habíamos caído prisioneros. ¿De quién? Ni siquiera del Gobierno, sino de un cierto Rodríguez, probablemente propietario de aquellos

andurriales, déspota local muy rico, todopoderoso en sus tierras, como lo son todos sus congéneres. Por lo demás, los hombres sólo pronunciaban su nombre descubriéndose respetuosamente.

Diógenes, que también intentaba en vano explicarse, cortés y amablemente, parecía pensar que se trataba sólo de un incidente, de un tropiezo sin consecuencias, y que, dentro de unas horas, nos habrían devuelto la libertad. Yo no opinaba como él. A juzgar por los modales y las palabras de sus esbirros, el tal Rodríguez no parecía ser un individuo particularmente simpático y clemente. Como es de suponer, la señora Diógenes, mientras le ataban las manos a la espalda como a todo el mundo, gritaba hasta dejar sordos a los árboles, alternando sus lamentos con venenosas recriminaciones, diciendo que, desde el primer día, había previsto que, con Marie, todo acabaría mal.

Marie no decía nada. Se había excusado; y, en el fondo, y a excepción de Armande, todos aprobábamos su acción. Habríamos querido, habríamos debido hacer lo mismo que ella.

En realidad, y como de costumbre, la señora Diógenes no comprendía nada de lo que pasaba, y tengo la seguridad de que se imaginaba que teníamos que enfrentarnos con una banda de salteadores.

Los Turcos guardaban silencio.

Nos pusimos en marcha unos diez minutos después del tiro fatal; avanzábamos a pie; las carretas venían detrás. Allá abajo, ardían las chozas. Nuestro triste paseo duró

varias horas, en pleno día, bajo un sol de plomo. Remontamos un camino que subía incesantemente y pronto llegamos a una alta meseta, a dos mil metros de altura como mínimo; el suelo era seco por falta de lluvias. El viento levantaba un polvo espeso y amarillo que nos roía los ojos.

De cuando en cuando, se veían bosquecillos de árboles escuálidos y plantaciones de agaves, y campos de cactus que se perdían de vista, millares y millares de cactos. Avanzábamos en tres filas, encadenados los unos a los otros, animados a menudo por los latigazos de los jinetes que nos escoltaban y heridos los tobillos por las piedras.

Marie caminaba a mi lado, silenciosa, gacha la cabeza, mirando atentamente a su alrededor.

Desde el comienzo de la marcha —nos dirigíamos a la hacienda del mirífico señor Rodríguez, donde se dictaría la sentencia—, habíamos comprendido la clase de justicia que aplicaba el siniestro gentilhombre. La más pura justicia expeditiva. Por lo visto, había organizado una vasta operación de policía por toda la región, una región que parecía pertenecerle por entero, a juzgar por las majestuosas R grabadas en los troncos de los árboles, en las ancas de los corderos y de los bueyes que se cruzaban con nosotros, en las sillas de los caballos. En diversas ocasiones, y a variable distancia del camino, vimos incendios y escuchamos disparos. Colgando de las ramas de un gran árbol, cerca de una pancarta que anunciaba un caserío destruido, tres campesinos ahorcados. Y la R en el

tronco del árbol.

Me sentía presa de loca inquietud. No podíamos esperar ningún socorro, pues Rodríguez actuaba sin duda como dueño absoluto de su territorio. Las historias más horribles y más sangrientas volvían a mi memoria: raptos, violaciones, matanzas de todas clases. Pero, ¿qué podíamos hacer, encadenados y desarmados? Más de cuarenta jinetes nos rodeaban. A nuestro lado, los prisioneros avanzaban dando tropiezos, fijas las miradas en el suelo, sumisos, encorvada la espalda bajo los latigazos. Los niños lloraban en brazos de las mujeres; el polvo nos cubría como un velo amarillo, y yo sufría horriblemente a causa de los tacones altos de mis botas. La señora Diógenes se caía a cada cien metros, y la hacían levantar a puntapiés. Ni siquiera tenía fuerzas para protestar. Rodolfo y el viejo Turco caminaban delante de mí. Cambiaron unas palabras en voz baja, y Rodolfo negó con la cabeza.

A enorme altura, docenas de aves de presa giraban incesantemente, huyendo de pronto y al unísono, lanzándose en picado, desapareciendo y remontándose de nuevo de un aletazo, para reanudar sus evoluciones sobre nuestras cabezas.

Al doblar el brusco recodo del camino, vimos un hombre en pie el borde de la pista. Dos jinetes armados le custodiaban, sosteniendo fuertemente los dos extremos de una cuerda que le ceñía el talle. Un grueso tronco gravitaba sobre su nuca, obligándole a agachar la cabeza,

y sus brazos en cruz estaban sujetos al tronco con cuerdas de sisal. Seguramente era un prisionero de categoría. Además, los campesinos que nos rodeaban le habían reconocido y murmuraban entre sí, con lágrimas en los ojos, como si aquello significase el fin de sus esperanzas.

—Flórez... Han cogido a Flórez...

Al acercarnos lentamente a él, vi que se trataba de un hombre joven, de unos treinta o treinta y cinco años, terriblemente despellejado, ensangrentado vacilante bajo el peso del madero que le aplastaba el cuello. Sólo llevaba encima los jirones de una camisa blanca y de un pantalón negro, estrecho, bien cortado, muy diferente de las prendas ordinarias de los campesinos capturados. A pesar del polvo que le cubría, a pesar de las equimosis de su rostro, que yo distinguía cada vez mejor, parecía ser un joven de buena familia, un hombre de la ciudad.

El oficial a quien Marie había herido galopó hasta él y exclamó, como un cazador satisfecho ante una buena presa:

—Bienvenido, señor Flórez.

Después descargó un latigazo sobre sus hombros y volvió a ocupar su sitio al frente de la caravana.

Sólo al llegar muy cerca del hombre encadenado percibí la belleza de su rostro. Todavía hoy recuerdo su belleza y no la olvidaré jamás. Me detuve al borde del camino, incapaz de mirar otra cosa que no fuera aquel joven desconocido y desdichado que parecía estar esperándome. Me es imposible recordar lo que

experimenté en aquel momento, y, si quisiera decirlo, sin duda me expresaría torpemente; de todos modos, jamás he sabido por qué me detuve de pronto, dejando que los otros prisioneros y Marie, y mis camaradas, desfilaran lentamente por mi lado.

El hombre guardaba silencio. Rojas huellas de latigazos se entrecruzaban en su torso. Yo le contemplaba, inmóvil, indiferente a los gritos de nuestros guardianes, que caracoleaban sobre el polvo a nuestro alrededor. Yo, que en general soy tan espantadiza. Dificultosamente, el hombre levantó la cara todo lo que le permitía el madero, y me vio. Creo recordar que, debajo del sudor, la tierra y la sangre mezclados, esbozó una especie de sonrisa y me dijo en voz baja y suave:

—Señorita...

En el tono de su voz y en su mirada había una familiaridad misteriosa, como si acabara de encontrar casualmente a una amiga de la infancia en el curso de un paseo dominguero, y yo le pregunté:

—¿Nos conocemos?

—Me llamó Flórez... Le hablé una noche... Usted salía del baile...

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Usted no me vio.

Desde aquel encuentro, he tratado a menudo de recordar si era él aquel desconocido tan poco emprendedor al que había rechazado una noche al salir de un baile, aquella misma noche en que Marie había montado en un

simón dispuesto para sus primeras experiencias amorosas; pero nunca he podido estar segura. ¡Son tantas las cosas de las que no estoy segura!

Flórez me lo afirmaba así cuando un culatazo que recibió en la espalda interrumpió nuestra primera conversación. Unos momentos más tarde, caminábamos juntos los dos sobre el polvo del camino, rodeados y un poco ocultos por los campesinos que nos formaban una especie de escolta y que, disimuladamente, trataban de aliviar a Flórez del peso del madero. Yo no estaba cansada, o, al menos, no pensaba en mi fatiga. Me era imposible apartar los ojos de aquel hombre al que amaba, que caminaba con pasos vacilantes a mi lado y que me hablaba en voz baja.

—¿Está fatigada?

—No.

—Pronto llegaremos. Detrás de la colina, allá abajo... ¿Por qué la han apresado?

—Hemos disparado un tiro... Contra el jefe... Fue un accidente.

—No hay accidentes.

Señaló con un ligero movimiento de cabeza a Rodolfo, a Diógenes y a los Turcos que caminaban delante de nosotros, así como a Marie, que se volvía con frecuencia en mi dirección. Me preguntó:

—¿Son sus amigos?

—Sí.

—Les conozco.

Hacía cada vez más frío. El cielo se volvía gris, y el resplandor de los incendios, allá en los campos, parecía más vivo al acercarse al crepúsculo. Interrogué a Flórez a mi vez. Le pregunté quién era, qué había hecho.

—No podía más... Cuando terminé mis estudios, volví a casa de mi padre e intenté vivir con él... Pero mis ojos se habían abierto... A mi alrededor, no veía más que miseria, injusticia, violencia... Entonces partí y me dirigí a las aldeas...

Tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer. Le ayudé a enderezarse antes de que intervinieran los guardianes y le sostuve durante unos metros. Hablaba con voz entrecortada, muy baja.

—Los campesinos me escucharon... Algunos me siguieron... Pero apenas teníamos armas... Todos han muerto o han sido hechos prisioneros... Era una lucha muy difícil... Yo me refugié en la montaña, muy arriba, cerca de los volcanes... Hacía dos meses que los asesinos asalariados de Rodríguez andaban buscándome... Emprendieron esta gran batida... Pusieron precio a mi cabeza; ya sé lo que me espera.

Todas estas frases ardientes, jadeantes, me dolían como las imágenes de una pesadilla. Tenía la impresión de que pronto iba a despertar para encontrarme de nuevo con las delicias de la vida fácil, de la vida florida; pero, al propio tiempo, comprendía que nunca había sido tan feliz como en esta pesadilla.

—¿Qué hizo para que le persiguieran?

—La revolución...

Repetí en un murmullo esta palabra que aún me resulta ahora extraña:

—La revolución...

En medio de un llano desnudo había cuatro muros bajos, gruesos, muy largos, almenados a la española. Una puerta de madera con enormes herrajes, custodiada por dos centinelas. Dentro, un patio sin árboles, fangoso, rodeado de edificios blancos, y en medio del patio, otros prisioneros, arrodillados. Rejas negras en todas las ventanas. Al fondo, la vivienda del señor, muy alta, adornada con delicados frisos de color de rosa. En todas partes, guardias armados y caballos y, allá arriba, sobre uno de los muros, un hombre descalzo, colgando de una horca que dibuja sobre el cielo negro la silueta de una R mayúscula. Por fin, habíamos llegado, extenuados, a la hacienda del señor Rodríguez.

En el vasto patio, donde entramos empujados por los jinetes, hubo un momento de confusión. Algunos alineaban las carretas en un rincón, sin desenganchar siquiera los cansados caballos, mientras otros se cuidaban de los campesinos. Rodolfo, nuestro portavoz, se aproximó al jefe, o sea al hombre a quien Marie había herido y que no parecía preocuparse en absoluto de hacerse curar el brazo.

—*Well* —les preguntó Rodolfo —, ¿qué van a hacer con nosotros?

El hombre se quitó el sombrero al pronunciar una vez más el terrible nombre:

—Sólo el señor Rodríguez puede decirlo.

—¿Dónde está?

—Estará aquí mañana... Les hará justicia.

Nos encerraron sin pérdida de tiempo en un calabozo, un largo sótano abovedado situado en el subsuelo de las caballerizas. Flórez ocupó, por derecho propio, una celda separada por una reja de nuestra sala común. Los otros, los campesinos, entre los que sin duda había muchos compañeros de Flórez, a juzgar por las miradas que cambiaban a hurtadillas con él, fueron distribuidos en otras celdas. Las celdas no faltaban en la hacienda de Rodríguez.

Era tarde. En ausencia del amo, reinaba una efervescencia desordenada en los pasillos y las escaleras del subsuelo de la hacienda; pero nadie, en medio de este torbellino, nos ofreció algo de comer o de beber. Dos hombres armados nos vigilaban desde el otro lado de la reja. Por nuestra parte, Rodolfo, los Turcos, todos, incluso Marie, parecían aquejados de una especie de apatía, como si les costara un enorme esfuerzo el sobreponerse a su sorpresa.

—Estamos pringados —repetía la señora Diógenes—. Estamos pringados.

Surgió una pequeña discusión en la celda. Rodolfo pensaba que todo se resolvería de alguna manera y, encaso necesario, con dinero, el hermoso dinero de nuestras

representaciones que tenían cuidadosamente oculto en un doble fondo de su carreta. Los Turcos parecían tener idéntica opinión y también se mostraban optimistas. En cambio, Marie, más acostumbrada que nosotros a la violencia, no se hacía ilusiones. Pero ella había disparado contra un oficial, poniéndonos a todos en este terrible apuro. Fatigada, un poco triste, apenas pronunciaba palabra. Alguien observó que éramos extranjeros de San Miguel y que nuestros consulados no dejarían de intervenir.

Flórez que nos escuchaba desde su celda, nos dijo:

—No esperen nada de sus consulados. Rodríguez es aquí el amo absoluto.

Nadie le respondió. Los Turcos se tumbaron en la paja, entre las ovejas y los cerdos capturados, que compartían nuestro calabozo. Me asombraba su indiferencia. Rodolfo se puso a dibujar en uno de los muros, en la penumbra. Marie, de pie junto a él, le observaba, tratando de comprender. Más tarde supe que se interesaba en las investigaciones del hombre y que le había dado buenos consejos.

Antes de que nos encerraran nos habían cacheado minuciosamente. No nos quedaba nada en los bolsillos. Diógenes era el único a quien los esbirros no habían encontrado nada, ni armas, ni tabaco. Sin embargo, tranquilamente sentado en la paja junto a su mujer, la cual no dejaba de lanzar imprecaciones contra Marie, contra Rodríguez y contra el mundo entero, Diógenes fumaba un

cigarrillo y manejaba una baraja de naipes que formaba abanicos y cascadas entre sus guantes blancos. Parecía tan tranquilo como en el camerino, antes de empezar su número. Había momentos en que la indiferencia y la despreocupación de Diógenes llegaba a irritarme.

Incluso le vi levantarse y dirigirse a la reja barajando las cartas. Los dos centinelas se apresuraron a dejar sus armas. Comenzó una partida de póker a través de las rejas.

Tal vez valía la pena de aprovechar el tiempo, intentar algo antes del alba, moverse, tratar de salir por la fuerza, en vez de permanecer quietos, en una engañosa impresión de seguridad rumiando como Rodolfo o dormitando como los acróbatas. Quise decírselo a Marie.

—No te preocupes de esto —me dijo.

Nada parecía atormentarles. La señora Diógenes, madre excelente, se inclinaba sobre su hijo y le decía:

—Ahora duerme. Ya es hora de dormir.

Desanimada, me acerqué a la celda de Flórez. Este me sonrió y volvió a hablarme de su país, de los hombres que lo gobernaban y que lo explotaban, y de los otros, como aquellos campesinos, que sólo tenían derecho a callar y aguantar los golpes.

También me habló de la revolución, de su revolución. Yo me había enamorado de Flórez en el mismo instante de nuestro encuentro y creo que sigo amándole en la actualidad, después de tantos años, a pesar de que hace mucho tiempo que murió. Le quería y, ya en aquel momento, algo me decía que iba a morir. Tal vez le quería

precisamente por eso. Ahora, cuando pienso en ello, con la mente más sosegada, no sabría decir si me conmovía únicamente el hombre, tan guapo, tan fuerte, o si era otra cosa la que me atraía irresistiblemente: las ideas que profesaba, las frases con que me exponía el derecho de los pueblos a forjar su propio destino y los conceptos de libertad y de despotismo, frases que despertaban en mí recuerdos de mi infancia. En Belleville, temamos un maestro de escuela republicano que lloraba al explicarnos la muerte de monseñor Affre y que, todas las mañanas, cantaba con nosotras la Marsellesa. Su hermano había sido fusilado en el mes de mayo del 71.

Sujeto al muro de su celda por una cadena que le ceñía los hombros, Flórez, siempre doblado bajo el peso del madero, no podía acercarse a menos de un metro de la reja que nos separaba. Me miraba y hablaba en voz baja. Yo estiraba los brazos entre los barrotes, sin poder alcanzarle. Veía el sudor que brillaba sobre su piel. Enfurecida, me agarré a la reja y empecé a sacudirla; entonces el viejo Turco, aprovechando que la mayoría de los otros se habían dormido y que los guardianes tenían bastante que hacer observando los dedos de Diógenes, se levantó y se acercó a mí. Examinó la reja que me separaba de Flórez, una reja menos sólida que la que cerraba la entrada del calabozo, asió dos de los barrotes con sus enormes manos y aseguró su presa.

Respiró profundamente; se hincharon las venas de su cuello y de su frente. Los barrotes conservaron por un

instante su forma rectilínea; después, empezaron a separarse, poco a poco.

Dirigí al Turco una mirada de agradecimiento y penetré en la celda de Flórez, deslizándome entre los barrotes.

Fue mi única noche de amor con Flórez, la única noche de amor de mi vida; por esto no puedo contarla.

5

Al día siguiente por la mañana, muy temprano cuando apenas había amanecido, sonó en el patio un ruido parecido al de una bocina de automóvil. Inmediatamente, nuestros dos guardianes se pusieron sobre aviso. Habían pasado toda la noche jugando a las cartas con Diógenes, el cual, merced a sus naipes preparados y a sus trucos profesionales, estaba ganándoles sus últimas prendas de vestir. Había llegado al momento en que los dos hombres, casi desnudos, pero poseídos por la fiebre del juego y el afán de desquitarse, estaban pensando en entregar sus armas como pago —cosa que habría facilitado sin duda nuestra liberación—, cuando la bocina del automóvil les recordó sus deberes.

El amo había llegado. Los dos guardianes tiraron las cartas, amenazaron a Diógenes y recuperaron sus trajes y su dinero. Se vistieron a toda prisa en el pasillo.

Uno de los jóvenes Turcos salió sobre los hombros del viejo para alcanzar un tragaluz que se abría al nivel del suelo del patio. Los demás, despiertos, ansiosos, hambrientos, nos habíamos reunido al pie del ventanuco. El joven acróbata nos dijo que, efectivamente, se trataba de un automóvil, lo cual resultaba un prodigio extraño en aquella época y en aquel país remoto, y que del susodicho coche, descubierto y conducido por un chófer, se estaban

apeando dos hombres: un clérigo, un hombre de iglesia en todo caso, y un individuo que, según todas las apariencias, debía ser Rodríguez.

—¿Cómo es?

—No le veo bien. El patio está lleno de soldados. Y le presentan armas.

—¿Qué está haciendo? ¿Viene hacia acá?

—Un oficial le habla. Y él escucha. Esperad... Ahora dice algo... Señala las carretas... Entra en su casa... Unos soldados vienen hacia acá.

—Pronto estaremos listos —dijo Rodolfo.

Volví junto a Flórez, que hasta entonces había guardado silencio y que ahora murmuró:

—Rodríguez ha vuelto. Ya me queda poco tiempo.

Todos nos sorprendimos cuando unos soldados vinieron a anunciarnos que el señor de aquellas tierras deseaba, ante todo conocer a las señoritas de París. Claro que no había que olvidar que éramos un par de celebridades,

Hicieron esta petición con todas las apariencias de la cortesía, por no decir de la galantería, como si los emisarios de Rodríguez supieran muy bien que las señoritas acostumbradas a manejar la carabina no toleraban las discusiones.

—¿Por qué ellas? —preguntó Rodolfo.

—Tratándose de un hombre como Rodríguez, hay que esperar cualquier cosa —respondió Flórez.

Y, antes de que saliéramos, me dijo:

—Recuérdalo bien, María. Si Rodríguez toca *La Dame Blanche,* hay que jugárselo el todo por el todo.

—*¿La Dame Blanche?* ¿Qué quieres decir?

—Sí·, *La Dame Blanche.* ¡Recuérdalo!

Pensé que deliraba y me alejé de él. Los soldados nos condujeron, pues, a Marie y a mí, por los pasillos del sótano y escaleras arriba. Cruzamos una parte del patio bajo las miradas zumbonas de los jinetes, que nos saludaban al pasar con exagerados sombrerazos. Mientras caminábamos, despreciando las burlas de la soldadesca, nos arreglábamos los cabellos, para tener mejor aspecto, y nos sacudimos las briznas de paja que habían quedado adheridas a nuestras faldas.

—¿Qué crees que significa esto? —le pregunté a Marie.

—No es ningún misterio, ¿eh? Ese hombre tiene ganas de vernos.

Los soldados que nos escoltaban nos hicieron penetrar en el edificio principal, donde, después de subir una escalera monumental, nos introdujeron en una estancia y nos dejaron solas. Con gran asombro, nos hallamos de pronto en lo que hubiera podido pasar por un salón parisiense del barrio de la Madeleine, un salón un poco pasado de moda, con sabor a fin de siglo, una pieza inmensa tapizada de damasco verde y adornada con cortinas de percal, y en cuyo centro se hallaba emplazado un sofá redondo, acolchado, libidinoso. Había también una gran profusión de cojines azules y de color malva, mesitas de marquetería, canapés y rinconeras cargadas de

chucherías, de todo un baturrillo del que surgían plantas verdes y estatuas de bronce; y la vista se perdía en un mosaico de cuadros colgados de las paredes, muy cerca los unos de los otros.

Permanecí un momento junto a la puerta, pasmada, mientras Marie, a quien la decoración parisiense interesaba mucho menos que a mí, corría hacía una de las ventanas, exclamando visiblemente sorprendida.

—¡Oh! ¡La última Vikers!

Se trataba de una ametralladora.

Yo no había reparado en ella, pues parecía un mueble más y, por así decirlo, conservaba el estilo de aquella estancia. Negra, con incrustaciones de nácar y marfil, montada sobre zócalo giratorio, la ametralladora apuntaba al campo a través de una ventana entreabierta. Naturalmente, este accesorio era suficiente para situar el salón muy lejos de la calle de la Paix.

Marie, visiblemente interesada, se había puesto a examinar las curiosas articulaciones de la máquina, cuando una voz tronó en la habitación, sobresaltándonos a las dos:

—¡Se equivoca señorita! ¡Es una Sltyton-Babbit 1907! ¡El último modelo!

Rodríguez en persona, robusto, ricamente ataviado, de tez rojiza y ojillos crueles que alternativamente se fijaban en nosotras, avanzaba jugueteando con su látigo. A su espalda, humildemente, venía un extraño personaje de rostro agriado, vestido con ropas de cura de comedia. Un

cura de Scribe, por ejemplo, o de Lemercier, con calzones a la francesa, recogidos sobre las flacas pantorrillas, chaqueta manchada de tabaco, y una especie de breviario bajo el brazo.

Nos apartamos de la ametralladora. Rodríguez, majestuoso, cubierto de bordados de plata, perfectamente peinado y con las uñas pulidas, se detuvo a dos o tres pasos de nosotras. Contempló fijamente a Marie, sin sonreír en absoluto, y prosiguió:

—¡No me extraña que no la conociese! ¡No existe otra igual en seiscientas millas a la redonda!

Hablaba un francés excelente, sin el menor acento español. Por lo demás, era el único rasgo que le distinguía de todos los argentinos, brasileños o mexicanos de vodevil. Nada en él, aparte de aquella circunstancia, podía sorprenderme: ni los adornos de su traje, ni el movimiento de sus cejas, ni la panza prominente, ni la posición de los puños sobre las caderas. Tenía la impresión de que había visto a este Rodríguez en todos los escenarios del mundo. Un verdadero tipo de revista, que tenía, además un brillo auténtico de locura en el fondo de los ojos.

Cuanto más le miraba, a él y al curita, más les reconocía: eran personajes de teatro, evolucionando en un decorado teatral. Pero, ¿cómo podían actuar en la misma obra?

—Ya veo que le interesan las armas de fuego —le decía Rodríguez a Marie—. ¡Lo bastante para disparar contra mis hombres!

Marie le miraba sin inmutarse. Rodríguez dio media vuelta, se echó un poco atrás y, levantando la barbilla, preguntó:

—¿Saben quién soy?

Silencio. El hombre observaba el efecto de sus palabras.

—¿Saben que tengo electricidad?

Y, haciendo una señal al extraño eclesiástico, que daba la impresión de haberse equivocado de escenario y mantenía la vista fija en el suelo, añadió:

—¡Padre!

Sumiso, encorvada la espalda, temblorosas las pantorrillas, el cura se dirigió a un gigantesco interruptor eléctrico clavado en uno de los muros, mientras el otro precisaba, con orgullo bastante comprensible en aquel país perdido:

—¡Soy el único que la tiene en un radio de cincuenta millas! ¡Miren!

El cura apretó el botón, y, obedeciendo al ademán de Rodríguez, levantamos los ojos hacia la magnífica lámpara de bronce y lágrimas de cristal que colgaba en el centro del salón, exactamente encima del sofá circular. Algunas bombillas de la lámpara se encendieron, pero muy débilmente, vacilantes; después parpadearon y, por último, se apagaron. Una avería. Rodríguez lanzó un juramento que prefiero no repetir, se precipitó sobre la ametralladora y lanzó una ensordecedora ráfaga de tiros a través de la ventana.

Confieso que perdimos la sangre fría y que, a pesar de nuestra intención de permanecer impasibles en medio de la tormenta, dimos las dos unos pasos hacia la otra ventana, impulsadas por la curiosidad. En el centro de un pequeño cercado, en la parte de atrás de la finca, se veía una curiosa y horrible instalación. Su pieza principal era una gigantesca rueda de madera que una docena de peones, que parecían ardillas, hacían girar continuamente con sólo el movimiento de sus piernas.

Correas, cables y engranajes conectaban esta rueda con una máquina complicada, que era la central eléctrica de la hacienda. Sin duda la fatiga de aquellos desdichados había sido causa de la avería que provocó la furia de su amo y señor. Estimulados por la ráfaga de ametralladora, que, por lo demás, había dejado a un hombre tendido en el suelo, los peones sacaron nuevas fuerzas de flaqueza y aceleraron su carrera sin fin. Inmediatamente, la lámpara resplandeció con luz clara y regular. Rodríguez quedó satisfecho.

—Bien —dijo, volviendo al centro de la estancia.

Saltaba a la vista que estaba loco, loco de atar, loco como todos esos generales cuyas historias me habían contado y cuyo cerebro había secado el sol y el alcohol; aquel que hizo celebrar funerales en toda la nación por una de sus piernas, perdida en combate, o aquel otro que obligaba a los miembros de su gobierno a presentarse desnudos a la sesión del Consejo, al menos una vez por semana, para comprobar que no engordaban demasiado en

el ejercicio de sus funciones. Loco y odioso: un animal al que había que destruir.

Nos contempló un instante. Después, nos dijo con tremenda sencillez:

—Han herido a uno de mis oficiales. Tienen que morir.

En aquel momento habíamos visto ya lo bastante para no hacernos ilusiones. Rodríguez no bromeaba.

—Yo disparé —dijo Marie—, ¡Marie no intervino en nada!

—¡Silencio!

Con las manos cruzadas en la espalda, agarrando el látigo, empezó a pasear arriba y abajo, y yo observé que calzaba espuelas para practicar el deporte del automóvil.

Después nos dijo, con tanta suavidad que parecía convencido de lo que afirmaba:

—Yo no soy un bruto. ¿Acaso no lo han visto? Tengo un coche mecánico, una ametralladora, electricidad... ¡todo eso!

Con un amplio ademán abarcó sus cachivaches, las guarniciones de la chimenea, las macetas de cactos y los horribles cuadros al óleo plagados de mujeres desnudas, rosadas, tumbadas en la hierba o retozando con los faunos.

—Y me gusta el arte... Me gusta mucho la escuela de París... Aquí, todo viene de París, ¡todo!... Salvó la ametralladora.

Guardando siempre su prudente silencio. Marie y yo nos habíamos aproximado hasta rozarnos con los hombros. La presencia de Marie me tranquilizaba un poco.

Conservaba todo su aplomo.

Rodríguez se detuvo delante de nosotras:

—¡Ah! ¡Ah! Las pequeñas parisienses... Dentro de unos instantes van a ser fusiladas con todos sus amigos... Pero antes... vamos a divertirnos un poco...

Decididamente, no le faltaba nada. Cruel, extravagante, y lúbrico a más no poder. Marie me tocó ligeramente con el codo. Volví la cabeza en su dirección y vi que me hacía un guiño casi imperceptible. Había comprendido. Y yo también. La lubricidad de Rodríguez podía ser su único punto flaco, y, si nos quedaba todavía una oportunidad de salir convida, era precisamente ésta. Teníamos que jugar fuerte.

Rodríguez mostró la puerta al cura, y éste se marchó tristemente, como a su pesar, con una larga mirada de perro apaleado. Al quedar a solas con nosotras, Rodríguez puso en marcha un gramófono de trompa, muy parisiense, naturalmente, y sonó una música.

—¿Conocen esto?—nos preguntó.

—No —dijo Marie.

—¡Cómo! ¿No lo conocen? Escuchen bien...

Escuchamos.

—Bueno —exclamó Rodríguez, furioso—, ¡es *La Dame Blanche!*

¡La Dame Blanche! Recordé, de pronto, el misterioso consejo de Flórez: «Si Rodríguez toca *La Dame Blanche*, hay que jugarse el todo por el todo.» Debía de ser una especie de rito, de fetichismo, o acaso sólo de coquetería;

he aquí que Boieldieu había adquirido, en aquellos parajes, reputación de compositor sanguinario. Esta obertura era el canto del cisne de las víctimas de Rodríguez.

Estábamos solas con él. Las puertas del salón estaban cerradas y sin duda vigiladas. Se acercaba la hora del sacrificio.

Rodríguez nos contemplaba como a dos presas fáciles, probablemente aterrorizadas y, por ende, sumisas. Vacilaba, no sabiendo por cual de las dos empezar.

Avanzó hacía nosotras. Yo pensé en Flórez. Marie me tocó con el codo por segunda vez y se apartó ligeramente de mí, como si resbalase sobre la alfombra. Yo hice lo propio, casi automáticamente, y Rodríguez, sorprendido, pasó entre las dos. Se volvió. Más veloz que él, Marie se había ocultado detrás de mí. Rodríguez miró a todas partes y, después, se lanzó sobre mí con los brazos abiertos. Di un paso a la izquierda, Rodríguez descubrió a Marie y ésta se deslizó de nuevo a un lado. Todo esto fue rapidísimo. Arrastrado por su impulso, Rodríguez vaciló sobre sus pies, lanzó un juramento y derribó un mueble.

Yo había comprendido. Todo se desarrollaba como en el teatro. Se trataba de esquivar a la fiera y de mantenerla a distancia. Una es igual a dos, y dos son sólo una; si crees tener una, te encuentras con dos, etcétera...

Era el momento; entonces o nunca.

Debo decir que fue una lástima que el público fuese aquel día tan reducido —un solo espectador—, pues nunca «María y María» habían actuado tan de acuerdo. El paso a

un lado, el resbalón, la media vuelta, el trenzado: todo tenía una exactitud milimétrica. Rodríguez, con la novedad de su intervención, aportaba a nuestro número el ímpetu de sus ataques y la furia de sus fracasos. Hubiera necesitado una buena serie de ensayos para estar a nuestra altura. Así, fue a dar de cabeza contra un gran espejo que le devolvía una imagen que había tomado por realidad. Giraba sobre sí mismo, se perdía, abrazaba una estatua de mármol, una cortina, y, poco a poco, sin apenas movernos y sin perderle nunca de vista, íbamos tomándole una clara ventaja. El hombre perdía el resuello, persiguiéndonos, y una multitud de rojas venitas surcaban sus ojos. Ya no nos veía, y sus brazos se agitaban en vano, persiguiendo sombras, en un torbellino lento y sembrado de pistas falsas.

Congestionado, desalentado, después de cinco o diez minutos de este ejercicio extenuante, acabó por lanzar un grito ronco y derrumbarse en el enorme y redondo sofá, en el mismo instante en que el cilindro de Boieldieu, la fatal *Dame Blanche*, llegaba a su fin. Rodríguez daba la impresión de no saber dónde se hallaba. Había perdido la cabeza.

Marie cambió rápidamente de música, mientras Rodríguez se recobraba un poco. No tardó en sonar uno de esos valses parisienses, vivos y saltarines, capaces de levantar a un muerto. Y, efectivamente, Rodríguez se levantó, pimpante y sonriente, transformado. Habíamos ganado. Estaba a nuestra merced. O poco menos. Quiero

decir que la fiera de ojos enrojecidos no era más que un juerguista pasmado, como tantos otros, que brincaba pesadamente y levantaba las piernas, calzado con botas y espuelas, gritando «¡yujú!» y despojándose de la ropa que le parecía superflua.

Por nuestra parte, entrando en el juego, cambiamos de tono sin consultarnos, y, al poco rato, bailábamos con él, cogidos de la mano, tratando de aturdirle y de amansarle por completo, pero sin saber muy bien cómo acabaría todo. Yo pensaba que, seducido por nuestra gracia, acabaría concediéndonos la libertad y nos dejaría partir con nuestros amigos. Marie, según me dijo más tarde, no compartía en absoluto mi opinión. En el tumulto de la francachela, permanecía en guardia; y tenía motivo.

Sin embargo, durante un rato, tuve la impresión de que los acontecimientos evolucionaban tal como yo esperaba. Rodríguez se parecía cada vez más a uno de esos personajes de opereta que van de picos pardos por los tugurios de Montmartre, con el exótico frenesí que caracteriza a los sudamericanos de paso por París. Cantaba, bailaba, sacaba champaña auténtico de uno de los muebles y se prendía hojas verdes en el pantalón para imitar las largas plumas de las coristas de París. Para él, aquello era como una juerga aristocrática, con champaña y bailoteo, un retazo de la vida parisiense, al son de una trompeta de cartón salida yo no sé de dónde, y con ruido de tapones que saltaban. Tenía la locura de París. Estaba en el séptimo cielo.

Con su ridículo atuendo y sosteniendo una copa de champaña, se asomó a la galería que daba al patio, y arrojando sobre sus sorprendidos hombres un gran puñado de confetti, gritó:

—¡Vivan María y María...! ¡Viva París!

Unos disparos le respondieron desde el patio, haciendo saltar pedacitos de yeso a su alrededor. El hombre bajó vivamente la cabeza y se puso a salvo reptando galería abajo. Le perdimos de vista: la galería daba la vuelta a la fachada principal.

Por un momento, pensé que se trataba de un motín de los hombres de Rodríguez, que no toleraban los indignos atavíos de su amo y que, por esta razón, disparaban contra él.

Me equivocaba.

Marie, más práctica que yo, se lanzó a la galería, resguardándose de las balas que seguían lloviendo desde todos los lados, echó un vistazo al exterior y volvió atrás, gritando:

—¡Son los nuestros! ¡Pronto!

—¿Qué?

—Se han escapado; están en el patio; Rodolfo, Flórez, ¡todos!

Me lancé a la puerta.

—¿Adónde vas? —me gritó.

—Pero...

—¿Quieres que te acribillen? Ven acá y ayúdame, ¡maldita sea!

Se había plantado junto a la ametralladora.

Sin saber muy bien lo que hacía, un poco fuera de mis cabales, volví a su lado. Me mostró la ametralladora, diciendo:

—Tenemos que sacarla a la galería. Para dominar el patio. Vamos, cógela por las patas.

La obedecí ciegamente, sin pensar en un instante en discutir sus órdenes y sin tratar siquiera de comprenderlas.

Como descubriría poco a poco, tenía en asuntos militares una autoridad extraordinaria y una competencia indiscutible. Era el fruto de su educación.

Agarramos como mejor pudimos la pesadísima ametralladora y, doblándonos bajo su peso, habíamos llegado ya a la mitad del salón cuando una puerta se abrió violentamente a nuestra espalda. Y entró Rodríguez, con el rostro escarlata, agitado, furibundo, seguido del cura esmirriado, que tampoco parecía muy contento.

—¡Échate! —me gritó Marie, volviéndose bruscamente.

Me arrojé de bruces al suelo, sin mirar dónde.

Marie abrió fuego, sin avisarme.

En los primeros segundos, pensé que mis tímpanos no lo resistirían. Traté inútilmente de taparme los oídos, agarrada como estaba al pie de la ametralladora, que sentía retemblar entre mis manos. Levanté la cabeza, atreviéndome a echar una ojeada. Rodríguez y el cura se habían echado también cuerpo a tierra, como yo. Protegidos por el sofá redondo, que iban arrastrando poco

a poco, trataban de ganar la puerta del salón.

Marie les obligaba a huir, lanzando una cortina de balas. La furiosa ametralladora hacía añicos, con infernal ruido, las chucherías de los estantes, las bomboneras, las opalinas y las figuritas de Sajonia. Las sillas reventadas se derrumbaban, los cuadros perforados por las balas caían uno tras otro, los jarrones estallaban como bombas. Un destrozo de muebles, una hecatombe de objetos de arte.

La ametralladora enmudeció.

—¡Dame una cinta, pronto! —me gritó Marie, que manejaba con destreza los mecanismos de la máquina.

—Una, ¿qué?

Pensé que tal vez estaba herida y me pedía una venda.

—¡Otra cinta! ¡De balas! ¡Ahí, en el zócalo! ¡De prisa!

Le alargué lo que me pedía y la ayudé como pude a poner en su sitio los nuevos proyectiles. Desgraciadamente, cuando Marie estuvo en condiciones de reanudar el fuego, Rodríguez y su confesor habían desaparecido. Aprovechando el momento de tregua, se habían escabullido del salón y sin duda estaban preparando el contraataque en la antecámara o en la escalera.

—¡A la galería! —dijo Marie.

Ya no gritaba. Tenía la mirada clara, atenta. El estruendo y la pólvora no le hacían perder la tranquilidad y la lucidez, sino todo lo contrario. Parecían darle nuevas fuerzas, en tanto que yo me sentía torpe y paralizada. La admiraba, confiaba enteramente en ella. Logramos

arrastrar la ametralladora hasta la galería, apuntando con ella al patio. Sin sacar demasiado la cabeza por encima de la balaustrada, Marie inspeccionó el patio y me dijo:

—Mal asunto. Los hombres de Rodríguez se han atrincherado. Rodolfo intenta llegar a las carretas, pero... Si yo pudiese...

Miré a mi vez, prudentemente, hacia el patio, donde se estaba librando una violenta batalla. Nuestros amigos habían logrado evadirse, lo mismo que Flórez y los campesinos, e incluso tenían algunas armas, sin duda las de sus guardianes. Al surgir de improviso en un rincón del patio en el momento en que Rodríguez lanzaba confetti sobre sus hombres, pudieron sacar ventaja de la sorpresa, y Rodolfo derribó tranquilamente a cuatro o cinco adversarios seguidos.

Inmediatamente, los otros, más numerosos, se cubrieron y replicaron al fuego. De momento, los fugitivos parecían hallarse atrapados, ya que no podían salir a terreno descubierto y dirigirse a las carretas bajo un fuego continuo y graneado. Un grupo de soldados se dirigía al otro lado del patio, para atacarles por la espalda.

—¡Cómo se les habrá ocurrido evadirse! —me dijo Marie—. ¡Cinco minutos más, y Rodríguez habría caído en nuestras manos!

Al mismo tiempo, oí crepitar la ametralladora. Marie volvía a disparar, aferrada con ambas manos a los mandos de su arma, atento el rostro y grave la frente.

En el patio, se produjo un enorme tumulto.

Estupefactos, los hombres de Rodríguez se volvieron al balcón. Algunos de ellos habían sido alcanzados, y las balas de la ametralladora levantaban nubecillas de polvo en el suelo. Algunas de estas nubecillas pasaban por encima del cuerpo de un hombre, que se inmovilizaba de pronto.

Rodolfo y sus amigos aprovecharon esta maniobra de diversión para saltar al patio y llegar a las carretas. Yo me había levantado y, más serena, seguía entregando a Marie las cintas de municiones. Disparaban contra nosotras, naturalmente, pero, por fortuna, ningún proyectil nos alcanzó. Por supuesto, los hombres de la hacienda disparaban a bulto, sin apuntar. Hostigados de un lado por las ráfagas mortíferas de la ametralladora, y de otro, por los precisos y temibles disparos del Gran Rodolfo, nuestro director, sólo pensaban en buscar refugio detrás de las columnas y de los caballos.

Rodolfo, que había saltado al pescante del vehículo de los equipajes, nos gritó desde lejos:

—¡La puerta! ¡Abrid la puerta!

—Tiene razón —murmuró Marie.

Dirigió el cañón de la ametralladora a la pesada puerta de madera que cerraba el patio de la hacienda. Una ráfaga: saltó la enorme cerradura y abrieron las dos hojas de la puerta. Una quincena de caballos enloquecidos huyeron al galope, pisoteando a los muertos y a los heridos. Tuve el tiempo justo de ver de refilón a Rodríguez que apareció en un rincón del patio, seguido del pequeño cura. Rodríguez,

con el torso desnudo y una pistola en cada mano, vociferaba órdenes inútiles.

Los Turcos fustigaron los caballos de nuestras carretas, que no habían sido desenganchados por la noche, y se precipitaron a su vez hacia la puerta abierta, hacia la libertad. Mientras tanto, Rodolfo y Flórez dirigían el carro de los equipajes hacia nuestra galería. Flórez nos gritó:

—¡Saltad!

Yo era capaz de hacer cualquier cosa. Salté la primera, no sé cómo, y caí sobre la baca del carromato sin hacerme demasiado daño. Marie se entretuvo un momento inutilizando la ametralladora y, después, me imitó. Rodolfo, que había lanzado un puñal a la espalda de un individuo que escalaba el balcón para sorprendemos, hizo chascar su látigo, y nos precipitamos hacia la puerta, en medio de los hombres de Rodríguez que se levantaban, con Rodolfo disparando en todas direcciones sin soltar las riendas, y Flórez estrechándome en sus brazos.

Rodríguez nos cerraba el paso. Levantó una de sus pistolas y tuve la impresión de que me apuntaba. Rodolfo quiso disparar sobre él, pero había agotado las municiones de su arma. Flórez me agarró bruscamente y me tumbó sobre el techo del carro. Yo veía su cara muy cerca de la mía, y el cielo encima de él. Oí gritos, disparos y la voz de Rodolfo hostigando a los caballos, y, de pronto, algo pasó por los ojos de Flórez, que apretó los dientes, echó la cabeza atrás y crispó las manos sobre mis hombros.

Acababa de recibir un balazo en la espalda.

Todavía no sé por qué concurso de circunstancias logramos escapar. Los hombres de la hacienda, diezmados por la ametralladora, no pudieron organizar inmediatamente la persecución, pues la mayoría de sus caballos se habían dispersado por el campo. Partimos, pues, a galope tendido, llevando con nosotros a los campesinos que quisieron seguirnos, así como a Flórez y sus amigos. Entre los últimos, había un hombre bastante corpulento y de ojos amables que parecía ser el fiel lugarteniente de Flórez. Se llamaba Pablo. Con el consentimiento de Rodolfo, Pablo, que conocía a fondo la región, asumió la dirección de las operaciones.

En seguida, comprendí que Flórez estaba gravemente herido. Estaba acostado sobre el techo del vehículo, sacudido por los baches que agravaban su mal y persuadido de que no podíamos detenernos.

No cesaba de repetirme:

—Voy a morir... Llévame a mi pueblo...

Al cabo de una hora de furiosa galopada, y viendo que los hombres de Rodríguez no nos seguían de cerca, nos detuvimos en un bosque para un breve descanso. Flórez fue trasladado a nuestra carreta e instalado en mi litera. No dejaba de repetir que quería volver a su pueblo, y tuve la impresión de que empezaba a delirar.

Así se lo dije a Pablo.

—No. No delira —me respondió — . En su pueblo, encontraremos amigos que nos ayudarán. Está situado fuera del territorio de Rodríguez, bastante lejos de aquí.

—¿Aguantarán los caballos? —preguntó Rodolfo.

—No, ciertamente que no —respondió uno de los Turcos—.No pueden más. Si queremos seguir adelante, tenemos que librarnos de todo lo que pesa, de las maletas, de los muebles, y caminar al lado de las carretas.

—¡Ni hablar de ello! —exclamó la señora Diógenes, que parecían estar fuera de sí—. ¿Tirar mis trajes? ¿Y mis artículos de tocador? ¿Se han vuelto locos?

—¿Prefiere que Rodríguez nos alcance?

—¡Al diablo con Rodríguez! ¿Qué será de nosotros, sin nuestro material, sin los trajes y sin las palomas?

—Entonces, seguiremos al paso —dijo Rodolfo—. Tal vez podremos comprar caballos por el camino.

AÍ huir de la hacienda, Pablo y otro rebelde se habían apoderado de sendos caballos. Los desensillaron para engancharlos a nuestra carreta, que era la que iba más cargada. Por su parte, Rodolfo, distribuyó, no sin cierta reticencia, sus bellas armas de culata de plata, fabricadas en Londres. Las empleaba en su número o formaban parte de su colección particular.

Viajamos durante todo el día y toda la noche, fiándonos de Pablo, que conocía el camino y marchaba en cabeza, metiéndonos por ocultos atajos. Todos los hombres marchaban a pie, a excepción del desdichado Flórez. Yo permanecía a su lado, enjugándole el sudor que le empapaba el rostro. Diógenes me había ayudado a curarle cuando hicimos alto. Le habíamos vendado el pecho, conteniendo, en lo posible, la hemorragia; pero no

habíamos podido extraer la bala. Pablo nos había asegurado que encontraríamos un buen médico en el pueblo.

Rodolfo, al que no había visto caminar desde hacía muchísimo tiempo y que había enganchado su hermoso caballo a la carreta de Diógenes, nos explicó su evasión. Había sido muy sencillo. Cuando sonó la música de Boieldieu, Flórez les dio a entender que todo estaba perdido, que nos hallábamos en inminente peligro de muerte. Entonces decidieron hacer un intento desesperado. Aprovechando un momento de descuido de los guardianes, que escuchaban la siniestra música, Diógenes sacó del fondo de su bolsillo un cordel de dos o tres metros de longitud. Rodolfo lo anudó, hizo un pequeño lazo y, lanzándolo a través de la reja del calabozo, logró engancharlo en la culata del revólver de uno de los centinelas.

—Di un tirón seco y el revólver pasó a mi mano. Los guardianes nos abrieron sin chistar. Nos apoderamos de sus armas, libertamos a los otros y salimos al patio.

—Si no hubiesen hecho nada —le dijo Marie—, Rodríguez nos habría puesto en libertad; y Flórez no estaría herido.

—Se equivoca —replicó Pablo —. Usted no conoce todavía a Rodríguez.

—¿Por qué dice, todavía?

—Porque volverá a encontrarse con él.

Marie me había cedido el uso de toda la carreta, y, con

un fusil en la mano, lo mismo que los hombres, caminó durante largas horas a la vera del vehículo sin dar señales de fatiga. De vez en cuando, golpeaba suavemente el cristal y me pedía noticias de Flórez, cuya debilidad iba en aumento.

En el curso de la noche, los caballos flaquearon reiteradamente. Tuvimos que detenernos y, en ocasiones, arrimar el hombro a las carretas. Por fortuna, el camino que seguíamos parecía descender, y la temperatura, cada vez más cálida, nos indicaba también que volvíamos a regiones francamente tropicales. ¡Ay, qué lejos estaba aquella noche la dulzura de los trópicos!

Al salir el sol, cuando hacía diez minutos que yo me había adormilado en la litera de Marie, llegamos a la orilla de un ancho río que habíamos de vadear sin perder momento. Rápidamente los Turcos lanzaron una cuerda a la otra orilla, mientras los campesinos construían una especie de camilla para transportar a Flórez. Las carretas estarían expuestas a los embalses del río e incluso correrían peligro de volcar; así le ocurriría un poco más tarde, al coche de los equipajes que se volvió bruscamente y cayó de lado. Vi, sin excesivo pesar, cómo muchos elementos decorativos, iban a parar al agua; entre ellos una reproducción de la catedral de Notre-Dame que sólo utilizábamos en las grandes ocasiones. Los Turcos trataron de levantar el carruaje y de pescar los objetos arrastrados por la corriente. Pero fue trabajo perdido. Rodolfo les aconsejó que desengancharan los caballos y abandonaran

el vehículo.

Notre-Dame se alejó, erguida y majestuosa sobre las ondas, a velocidad creciente.

Más tarde habríamos de saber que «Notre-Dame» fue pescada a lazo río abajo por una patrulla de Rodríguez, el cual supo por ello que habíamos cruzado el río. De este modo pudo encontrar de nuevo nuestra pista.

Mientras vadeábamos el río, volvió a producirse una viva discusión. En aquellos momentos, nuestra armonía distaba mucho de ser perfecta. En particular, la señora Diógenes, que nunca vacilaba en exponer sus opiniones, sostenía que era mejor volver atrás y entregarse a la merced de Rodríguez.

—Yo no le he hecho nada, ¿comprenden?

Era una alusión evidente al disparo de Marie contra el oficial de Rodríguez.

—¡Absolutamente nada!

Chapoteaba en el agua, delante de mí, dirigiéndose a Rodolfo o a su esposo, ninguno de los cuales se dignaba responderle.

—Y cuando lleguemos al otro lado, ¿qué? ¿Qué vamos a hacer?

—Ya se lo han dicho —le respondió secamente Marie—. Iremos al pueblo de Flórez.

—Y allí, ¿qué haremos?

—De momento —dijo Rodolfo, prudentemente—, lo importante es ponernos fuera del alcance de Rodríguez.

Lanzó bruscamente un puñal al agua, a sus pies, se

inclinó y lo recogió. Había ensartado un pez.

—Hay que alimentarse —dijo, a media voz, arrojando el pescado al interior de su carreta, que vadeaba el río al lado de él.

—¡No comprendo nada de lo que pasa! —prosiguió la señora Diógenes, que avanzaba dificultosamente a través de la rápida corriente del río—. ¡Nada en absoluto! A fin de cuentas, ¡somos extranjeros! ¡Tenemos un consulado! ¡Somos artistas! Y si hay algún culpable entre nosotros...

—Cállate, Armande —dijo el ilusionista.

—¡Mamá! —gritó Juanito.

—¿Qué quieres, pequeño?

Se volvió hacia él y Juanito le descargó un terrible bofetón que nos dejó pasmados. Armande parecía a punto de ahogarse, sofocada, sin comprender, sin atreverse a comprender lo que significaba aquella acción insensata, cuando Juanito le dijo, con una sonrisa inocente:

—Tenías un mosquito en la mejilla, mamá.

En el mismo instante, Diógenes se detuvo junto a su mujer, la miró a los ojos y declaró, serenamente:

—Tienes que saber, Armande, que si Marie no hubiese disparado contra aquel hombre, lo habría hecho yo mismo.

—¿Qué estás diciendo?

La señora Diógenes se volvió, con excesiva brusquedad, y se hundió en un hoyo traidor, disimulado por las fangosas aguas. Rodolfo se apresuró a ayudarla, mientras Diógenes, en su elegante traje blanco mojado hasta las rodillas, seguía adelante como si nada hubiera

visto.

Armande rechazó la ayuda de Rodolfo. Se levantó por si sola y reanudó la marcha, embargada por un furor total. No podía más. Tenía que hablar.

—Después de veinticinco años de teatro, ¡es la primera vez que me ocurre una cosa así! Y, sin embargo, ¡cuántas cosas no habré visto!

Apostrofando a Marie, que había llegado ya a la orilla opuesta, prosiguió: —Es como su número: ¡no es extraño que tenga éxito!

Y levantándose la falda por encima de la rodilla y mostrando las tentadoras enaguas de color malva, añadió:

—Si basta con mostrar lo que yo pienso, ¡el *music-hall* está perdido! ¡Perdido, como lo oyen! En todo caso, por lo que a mí respecta, ¡ya tengo bastante! Detesto el campo, no tengo nada que ver con esta historia y voy a regresar a Europa. ¡Werther! ¡Dame la mano, por favor!

El viejo Turco la izó sobre la orilla.

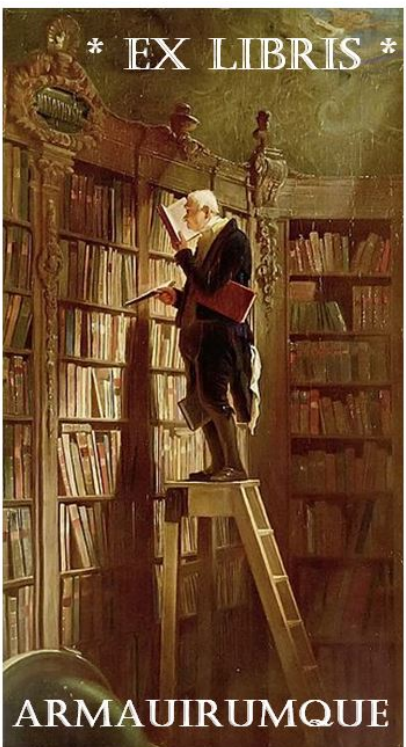
—Ven a ver esto, amiga mía —le dijo Diógenes con voz suave, conduciéndola detrás de un árbol.

—¿Qué quieres ahora?

Les seguimos. En el tronco del árbol, se veía, recién pegado, uno de los grandes carteles de nuestro espectáculo, con los nombres y los retratos —mejorados— de todos los miembros de la compañía. Alguien había añadido, a mano, el anuncio clásico que prometía una importante suma de dinero a quien nos entregase, vivos o muertos.

La señora Diógenes se quedó sin habla.

—Ahora estamos todos en el ajo —le dijo cariñosamente su marido.



6

Nuestra marcha duraba ya cinco o seis días. Lejos de toda aldea, lejos de toda vía conocida, tomábamos los caminos disimulados entre los grandes árboles. En cabeza los Turcos y los campesinos evadidos cortaban las lianas y los arbustos, desbrozando el camino para que las carretas pudieran avanzar, muy lentamente, palmo a palmo. Al llegar la noche, sólo nos deteníamos unas horas en el bosque. Rodolfo establecía turnos de vigilancia. Estaba prohibido elevar la voz y encender fuego.

Marie, que cada vez hablaba menos, apenas se apartaba de mi lado. Durante el día, caminaba casi siempre junto a mí, cerca de la carreta en que yacía Flórez. Con rostro hermético, fijos los ojos en el suelo, jugueteaba continuamente con la culata o la correa de su carabina. A veces me abandonaba para ir a echar un vistazo a la retaguardia; volvía al poco rato, y reemprendíamos la marcha lenta y silenciosa. No me costaba mucho adivinar el secretillo que la ponía triste.

A cada parada, subía yo a la carreta donde Flórez se moría dulcemente.

Nos quedaban muy pocos víveres. Todo lo que restaba de nuestras carretas lo compartíamos con los campesinos, que nada tenían; incluso, una reserva de confitura de albaricoques. Por su parte, y mientras caminábamos,

cogían fruta de todas clases y arrancaban unas raíces blancas e insípidas que teníamos que mascar crudas. Rodolfo contemplaba irritadísimo los pájaros que volaban a nuestro alrededor. Escuchaba el ruido de los animales que huían entre las altas hierbas, a nuestro paso; pero no se atrevía a disparar, por miedo a delatar nuestra presencia. No sabíamos si Rodríguez había descubierto nuestro rastro. Creíamos que lo esencial era salir lo antes posible de su territorio, escapar a su feroz jurisdicción. Sin embargo, Pablo decía que esto no serviría de nada y que Rodríguez no nos perdonaría nunca la afrenta que le habíamos inferido.

—Si no tiene más remedio, les seguirá hasta Francia.

Durante una de las paradas —nos deteníamos cuatro o cinco veces al día para dar descanso a los hombres y a los animales—, los campesinos sorprendieron a Diógenes cortando un poco de hierba para sus conejos. Intrigados, miraron el interior de su carreta y descubrieron su corral ambulante. Rodolfo, auxiliado por Pablo, tuvo que intervenir enérgicamente para evitar una verdadera matanza de palomas.

Bruscamente, al final de una larga cuesta, cesó el bosque y apareció el desierto: dos mundos diferentes colocados uno junto a otro, de un modo inexplicable. Un desierto inesperado pero auténtico: un pedregal desnudo, que la sal salpicaba de costras blancuzcas y que se extendía hasta el horizonte.

—¿Dónde está ese pueblo? —le pregunté a Pablo.

—Por allá... —me respondió, señalando vagamente con la mano.

—¿En el desierto?

— No, no; más allá.

—¿Sabes exactamente en qué lugar?

—No con exactitud. Pero lo encontraré.

—¿Hay que cruzar todo eso?

—Sí.

—¿Cuánto tardaremos?

—Dos días, acaso tres...

Rodolfo celebró un conciliábulo con los campesinos, que recogieron toda el agua y los frutos que pudieron encontrar, así como ramas y hierbas para los caballos. Nos quedaban algunas nueces de coco, plátanos y papayas. La señora Diógenes, que había dejado de quejarse desde que vio el cartel pegado al tronco de un árbol, se reservó una botella de agua para regar sus geranios.

Por mi parte, seguía vacilando ante el desierto que habíamos de cruzar.

—No hay otra solución —me dijo Marie—. Si logramos poner el desierto entre Rodríguez y nosotros, podremos respirar un poco.

—¿Y si nos morimos de hambre?

—Antes nos comeremos los caballos.

Y comenzó la travesía del desierto, la larga huida. Teníamos que detenernos a eso de las nueve de la mañana, pues los caballos se negaban a avanzar bajo el sol, y reemprender la marcha al atardecer. Rodábamos durante

toda la noche, sin ruido, sin luz. Los campesinos que nos guiaban parecían orientarse mediante los hitos misteriosos, en un caos tan monótono que, cada vez que amanecía, pensaba yo que habíamos vuelto al punto de partida. Sin embargo, los caballos avanzaban más de prisa por aquel terreno desnudo que por el bosque.

De vez en cuando, encontrábamos matas de una hierba mezquina y bastante alta. Los campesinos las cortaban apresuradamente, teniendo mucho cuidado con los escorpiones y las pequeñas serpientes amarillas que podían ocultarse en la arena o debajo de las piedras. Las aves de presa, fieles compañeras de viaje, desaparecían con el crepúsculo y volvíamos a verlas por la mañana, viniendo a nuestro encuentro a toda prisa. Se detenían encima de nuestras cabezas, empezaban a trazar círculos, y así estaban durante todo el día, mientras descansábamos.

Como todos los desiertos que había visto, en África y América, ocultaba éste una vida secreta y subterránea. De vez en cuando, en medio de la inmensa llanura de piedras secas y tierra quemada, se elevaba un montículo de lados perfectamente simétricos, geométricos, como tallados por la mano del hombre. Hubiéranse dicho pirámides recién abandonadas y que el viento acababa apenas de recubrir. Al propio tiempo, experimentábamos esa sensación que han contado todos los viajeros y merced a la cual creemos que, en los desiertos, hay siempre unos ojos que nos están mirando, continuamente, desde todos los lados; unos ojos indiferentes que nadie puede ver. Sin embargo, durante

aquellos tres o cuatro días de marcha, no habíamos encontrado a nadie.

Una noche, había subido yo un momento a mi carreta. Flórez iba de mal en peor, y yo había perdido ya toda esperanza. Estaba segura de que llegaríamos demasiado tarde para salvarle. Estaba estirado, semicerrados los ojos, muy corta la respiración. Me acerqué para pasarle un trapo húmedo por la frente y darle de beber. Al inclinarme encima de él, le oí murmurar:

—Voy a morir...

—¡Cállate! —le dije, en voz baja.

Una lámpara de petróleo iluminaba débilmente el interior de la carreta. Yo había corrido cuidadosamente las cortinillas de las ventanas para que la luz no pudiera delatarnos.

Flórez logró incorporarse en la litera. Me vio, asió mi brazo con una mano cálida, febril, y me dijo:

—Escúchame, María... Si muero...

—Cállate, Flórez, te lo suplico...

Me apretó el brazo con más fuerza.

—María, te confío mi causa...

—¿Qué dices?

Repitió, con los ojos abiertos y la mirada lúcida:

—Te confío mi causa; es justa... Si muero, júrame que proseguirás la lucha...

Yo no comprendía muy bien lo que quería decir y por qué razón se dirigía a mí, a una mujer.

—Pero, Flórez, ¿cómo quieres que yo...?

—Júramelo.

Apoyé las manos sobre sus hombros, obligándole a acostarse, y, para tranquilizarle, le dije al oído:

—Sí, te lo juro.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Calmado ya, pareció adormecerse. Apagué la lámpara y salí de la carreta sin hacer ruido. Todavía no calculaba la importancia del juramento que acababa de hacerle a Flórez.

Me reuní con Marie, que caminaba al lado de la carreta, fusil en mano, pensativa y sola. Nada me parecía tan extraño como las transformaciones que venía observando en mi compañera desde nuestra captura y nuestro paso por la hacienda. Volvía a ser una muchacha grave y prudente, como si, después de un intermedio de placeres y jolgorio, descubriese de nuevo, y aceptase, todas las inquietudes de su infancia.

Además, le interesaba Flórez y su historia. Cuando me puse a caminar a su lado, me pidió con la mirada noticias de mi amante. Le di a entender que estaba muy mal, pero sin explicarle lo que acababa de prometer.

La noche era fresca. La caravana se estiraba a lo largo de varios centenares de metros. Yo calzaba unas botas de media caña que había comprado en la casa Rousseau-Templé, de la calle Saint-Honoré, justo antes de partir; un calzado excelente, muy sólido, pero cuyos tacones resbalaban sobre las piedras.

A unas docenas de metros del borroso camino que seguíamos, Rodolfo, que caminaba delante de nosotros, nos mostró, a la luz de la luna, el esqueleto de un jinete sobre el esqueleto de un caballo. Estábanlos dos plantados en la arena, montando el primero en el segundo, muertos sin caer al suelo, blanqueados por el viento. Sólo quedaban unos restos de silla, un pedazo de sombrero, un arma también blanca y unas espuelas de cobre que colgaban de los huesos de unos pies.

Cada mañana, al salir el sol, cuatro de los Turcos formaban lo que nosotros llamamos una torre subiéndose cada uno sobre los hombros del otro, y el de arriba escrutaba el horizonte, haciendo visera con la mano y mirando en todas direcciones para tratar de descubrir el pueblo. Al propio tiempo, este pequeño ejercicio les servía para desentumecer los miembros, para entrenarse; todas nuestras peripecias no bastaban para impedir que los Turcos realizaran su trabajo. Lo cumplían con regularidad inalterable, como hacen los musulmanes sus oraciones. A cada parada y siempre que se les presentaba una ocasión seguían su cotidiano entrenamiento.

Y sin embargo, acosados por Rodríguez, denunciados como fugitivos privados del carromato de los equipajes, que había quedado en el río con la mayor parte de nuestros decorados y de nuestros accesorios, nos quedaban muy pocas esperanzas de volver a subir algún día a un

escenario.

—Lo que nos convendría —me dijo un día Rodolfo—, sería salir del país lo antes posible y pasar a México.

—¿Estamos lejos de la frontera?

—Sí; bastante lejos, según el mapa. Y Pablo, dice que, probablemente, la frontera estará vigilada como en tiempo de guerra. Ahora, toda la policía está buscándonos. Ya has visto el cartel.

—Vayamos al pueblo. Veremos qué pasa.

Lo que me apenaba, por encima de todo, era pensar en que los millares de personas que nos habían aclamado y llevado en triunfo, a Marie y a mí, cuando enseñábamos las piernas y los brazos, hablando de París y de sus mujercitas, parecían dispuestas a vender nuestras cabezas por un puñado de oro, y que habíamos de ocultarnos en los bosques y en los desiertos después de haber conocido todos los goces de la celebridad. Pero tal vez, a fin de cuentas, estaba equivocada.

Por último, una mañana, a los cinco o seis días de nuestra fuga de la hacienda, el Turco que estaba en lo alto de la torre de a cuatro, avistó el pueblo. Se encontraba apenas a dos o tres kilómetros de distancia, en el fondo de un valle que parecía fértil y verde.

No podíamos más. Desde la víspera, estábamos sin nada que comer ni que beber. Los campesinos cortaban los pocos cactos que encontrábamos y chupaban parsimoniosamente el interior de la planta.

Llegamos al pueblo cuando era casi mediodía. Las

calles y la plaza estaban desiertas. Unos cuantos cerdos negros chapoteaban en el barro, unos pavos escuálidos, unas pocas gallinas y un par de borricos, eran los únicos seres vivientes que se veían. Al entrar en el pueblo, habíamos cogido un arma cada uno, para el caso de que la policía hubiese llegado antes que nosotros. Pero no se produjo el menor incidente.

Si no recuerdo mal, era un pueblo bastante rico, bastante lindo, bien construido. En el centro, la larga calle principal se ensanchaba para formar una plaza redonda. En ella, había una iglesia que parecía una bombonera, minúscula, multicolor, y cuyo interior podía verse a través de la puerta abierta. Cerca de la iglesia, casas blancas y de color de rosa, con balcones y escaleras. En el centro de la plaza, había un surtidor hacia el cual nos precipitamos casi todos al llegar. La señora Diógenes, a paso de carrera, fue la primera en alcanzar la meta.

Me ocupé de Flórez. Dos de sus hombres cogieron la camilla, le acostaron en ella y se dirigieron muy despacio a su casa familiar, que era una de las más bellas y estaba situada cerca de la iglesia, en la plazuela redonda. Flórez estaba muy pálido. Sus ojos permanecían cerrados. Apenas respiraba.

Marie y Rodolfo se habían lanzado, sin pérdida de tiempo, en busca del médico de quien nos habían hablado. Entre los campesinos fugitivos que nos acompañaban, se hallaba un hombre llamado Domingo que también había nacido en aquel pueblo y era compañero de infancia de

Flórez. Domingo conocía todas las casas. Condujo a Marie a la del médico: nadie. La casa estaba vacía, como las calles, como la iglesia, como el pueblo entero.

Marie se reunió conmigo en la habitación de Flórez. Sus hombres le habían acostado en una cama de columnitas retorcidas, y yo le daba de beber. La pieza era bastante lujosa, pero fría, y busqué en vano a mi alrededor, alguna imagen de la juventud de Flórez, algún recuerdo personal. Los retratos colgados de las paredes eran semejantes a todos los retratos. El propio Flórez, agonizante, parecía extraño en aquella habitación mal preparada para la muerte, en aquella casa vacía como todas las demás.

—Se han marchado todos —me dijo Marie, en voz baja y sin apartar de Flórez la mirada—. Pero sólo momentáneamente... Van a volver.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay animales en las calles y fuego en los hogares. Todas las puertas están abiertas. Incluso hemos visto una mesa preparada y la sopa en el fuego.

—¿Crees que se habrán ocultado por nosotros?

—No habría motivo. Pablo dice que son amigos de Flórez.

—¿Todos?

—Casi todos.

En aquel momento, un silbido hizo que nos asomáramos a la ventana. Encaramado sobre el tejado de la iglesia, uno de los Turcos señalaba con un brazo el

horizonte, un punto invisible para nosotros. Sin duda había visto algo.

—¿Los del pueblo? —le gritó Rodolfo.

Desde lo alto del tejado, el Turco le dijo que no, con un amplio movimiento de los brazos; no se trataba de la gente del pueblo. En cambio, dio a entender fácilmente que un grupo de jinetes se acercaba a la población. Después se deslizó por una cuerda hasta la plaza. Juanito llegó a todo correr hasta el pie de nuestra ventana y nos gritó:

—¡Soldados!

—No te muevas —me dijo Marie—. Quédate junto a Flórez. Volveré en seguida.

Me sentía tan abrumada por la fatiga, tan desanimada, que llegué a pensar por un momento que lo mejor era dejar de luchar, entregar a Flórez, rendirme. ¿Qué podíamos hacer contra un destacamento del ejército regular? ¿Resis— tir? ¿Para que al día siguiente lanzaran contra nosotros el grueso de la tropa? Indudablemente, si queríamos conservar una esperanza de salir con vida de aquella aventura, debíamos renunciar a hacer fuego contra los soldados del Gobierno. Se lo dije a Marie.

—Pero, ¿quién ha hablado de hacer fuego? —me respondió, saliendo de la estancia.

Me asomé a la ventana. Desde allí dominaba toda la plaza, y en la plaza reinaba de pronto la agitación más desordenada, más inesperada. Los Turcos arrastraban las carretas lo más de prisa que podían, mientras la señora Diógenes y su hijo ponían en libertad a sus blancas

bestezuelas, que iban a reunirse con las gallinas y con los pavos y a chapotear con los cerdos en los charcos. El viejo Turco se estaba poniendo a toda prisa un delantal de cuero y se instalaba ante un yunque, al aire libre, en vez de ocultarse o de subirse a los tejados. Otros se maquillaban y se desnudaban. Marie corría de unos a otros dándoles órdenes o consejos.

Comprendí su idea: devolver al pueblo su apariencia de vida, borrar o disimular todo lo que pudiera delatar el paso de una compañía de titiriteros. Todo quedó terminado en veinte minutos; el reparto era excelente, y, cuando los jinetes, en número de unos cuarenta, penetraron en el pueblo, .todo respiraba la calma de los trabajos bucólicos, la inocencia del ambiente campesino. Turco batía el hierro a pleno sol, no lejos de una fragua. Dos de sus hijos, vestidos de blanco y con el rostro oculto bajo unos sombreros de paja, acababan de cubrir con heno la última carreta, que no habían podido evacuar. Había ropa tendida a secar en las ventanas, y la señora Diógenes, luciendo una falda campesina, lavaba en la fuente, hundiendo la cabeza entre los hombros y con una cinta anudada a los cabellos. En cuanto a los verdaderos campesinos, que no podían apelar a ningún artificio, permanecían con toda naturalidad en el umbral de las puertas. Algunos cuidaban a los animales; otros no hacían nada.

Jamás comprendí mejor que aquel día la utilidad del verdadero teatro, y me acusé de haber maldecido a menudo mi oficio. Me parecía imposible. Yo hubiera

creído que los jinetes descubrirían fácil e inmediatamente, el pedazo de estribo que sobresalía del falso carro de heno, la piel excesivamente blanca de la nuca de la señora Diógenes, los zapatos demasiado brillantes de Juanito, que se entretenía ordeñando torpemente a una vaca rehacía, y otros mil detalles reveladores que me saltaban a los ojos.

Pero no fue así. Una vez más, sólo contaban las apariencias. La ilusión triunfaba sobre la realidad. Durante todo el tiempo que duró la inspección del pueblo, reflexioné sobre la fuerza que representábamos, y las conclusiones que saqué de ello no fueron ciertamente ajenas a la decisión que tomé aquel día un poco más tarde.

Los jinetes cruzaban el pueblo al paso, mirando atentamente a todos lados y sin ver nada, y deteniéndose de vez en cuando para preguntar a los falsos lugareños si una compañía de comediantes había pasado por allí. Los falsos habitantes respondían con una negativa y señales de incomprensión. ¿Comediantes? Jamás los habían visto. Ni siquiera sabían el aspecto que tenían, si se parecían a los hombres o al ganado.

Marie había regresado a la habitación en que yo me hallaba antes de la llegada de los soldados. No se había disfrazado, y yo tampoco. Con la carabina en la mano, se apostó detrás de una ventana, oculta por una cortina, dispuesta a disparar si las cosas tomaban mal cariz. Y a punto estuvieron de tomarlo. Bruscamente, Flórez se sentó en la cama y lanzó un grito. Yo me arrojé sobre él para hacerle callar, le tapé la boca con la mía. Marie había

amartillado su carabina. Dos jinetes se habían detenido debajo de la ventana al oír el grito de agonía lanzado por Flórez. Uno de ellos soltó un tiro. La bala rompió el montante de la ventana. Marie se echó atrás en el momento preciso.

No respondió al fuego; permaneció tranquila. Un enorme pajarraco echó a volar al ruido del disparo y los soldados pensaron sin duda que había sido el responsable de lo que acababan de oír.

Se alejaron.

Cinco minutos más tarde, salían del pueblo al galope y chasqueados. Después me enteré de que dos de ellos, que se habían retrasado un poco, se habían hallado de golpe en presencia de Diógenes, el cual salía de una casa con sus ropas de todos los días, es decir su traje blanco, su chaleco de color burdeos y su sombrero de paja.

Los soldados se detuvieron, tremendamente sorprendidos. Al parecer, Diógenes hizo un rápido movimiento, mirándoles fijamente a los ojos. Un poco de humo se elevó del suelo y los dos soldados, tranquilizados, fueron a reunirse con el resto de la tropa.

Rodolfo, que había presenciado de lejos el inquietante entreacto, corrió a preguntarle a Diógenes lo que había pasado. Diógenes le respondió que había arrojado al suelo un pequeño petardo de humo.

—Pero... ¿y el sombrero? ¿Y ese traje?

—Me han tomado por un campesino.

—¿Un campesino? ¿Cómo es posible?

—Bueno —le dijo Diógenes, tomándole amistosamente del brazo y llevándole hacia la plaza—, ya sabe que hipnotizar a un militar es lo más fácil de mi oficio.

Después de la partida de los soldados, Marie bajó a toda prisa a reunirse con los otros, alrededor de la fuente. Unos se felicitaban por la marcha de los militares; otros se despojaban de sus disfraces. Marie y Rodolfo se dispusieron a reanudar la busca de los lugareños y del médico desaparecidos.

Me había quedado sola en la habitación; no les veía, no podía oírles. Nada me cabía ya esperar, pues Flórez acababa de morir. Oh, no me había causado ninguna sorpresa. Mal cuidado, con el traqueteo producido por los baches y con una bala de Rodríguez en la espalda, no era posible que saliera bien parado; lo sabía desde el primer día de nuestra huida, aunque parecía aferrarme a una loca esperanza.

Me había acostumbrado a imaginarlo muerto, con los ojos abiertos y una calma nueva en sus facciones. Flórez. Sólo lo había conocido así: perseguido, encadenado, torturado y, por último, jadeante y delirando en mi litera, en mi carreta. No; su muerte no me sorprendía. Sin duda estaba escrito en alguna parte que nuestro amor no había de durar más que una semana. Nuestro amor... ¡qué hermosa palabra!

Estaba horriblemente triste y sentía ganas de llorar, sola

en una habitación extraña y junto al cadáver de Flórez, tendido en el lecho, pero también sentía confusamente que Flórez me había dado algo más que su amor y que, en lo sucesivo, contaría conmigo. Lo comprendí al momento. En el mismo minuto en que murió, recordé mi juramento, este juramento que me ataba con una fuerza insuperable. No se trataba ya de consolar a un moribundo con frases convencionales. Sola, y por propio impulso, renové mi juramento de proseguir la lucha.

Hay que dejar que los muertos entierren a los muertos. Jamás me he preocupado del lugar en que le enterraron sus compañeros, aquella misma noche o al día siguiente. Esto no era asunto mío. Naturalmente, le lloré y hay días en que creo que le lloro todavía, pero entonces, no iba a perder mi tiempo en lamentaciones junto a un cadáver. Ante todo, tenía que ser fuerte, y sinceramente, creo que lo fui.

Además, ¿qué podía esperar ya de Flórez? Me había dado, en una noche, más de lo que podían darme todos los hombres de la tierra. Como decía una de mis viejas canciones:

Si nuestros amores hubiesen durado,
¿En qué se habrían convertido?

Sí; ¿habría seguido a Flórez? ¿Me habría casado con él, abandonando el teatro? ¿Se habría convertido la cupletista de *music-hall* en esposa del presidente de San Miguel? ¡Quién sabe lo que habría ocurrido al ocupar Flórez el

poder! ¿Una vida nueva, una felicidad perfecta? ¿O todo lo contrario...?

Sólo he conservado de aquel día imágenes tumultuosas, caóticas, y he tenido que apelar a los recuerdos de mis amigos para reconstruirlo hora por hora. Fue, en efecto, un día decisivo. Habíamos llegado al pueblo alrededor de las once de la mañana. Inmediatamente después de marcharse los jinetes, a eso del mediodía, los que se habían quedado en la plaza vieron llegar a los lugareños, precedidos por el cura, llevando cirios y coronas de flores, y cantando salmos o letanías. Era, sencillamente, un día de procesión, de una procesión que había vaciado el pueblo.

Al ver a Pablo, a otros campesinos y a unos comediantes enlodados que ocupaban la plaza de su pueblo, un hombre bien vestido salió de la procesión. Sin duda se trataba del regidor, o del alcalde, pues no sé cómo hay que decirlo. De pronto, se dirigió en violentos términos a Domingo, el amigo de Flórez, que era de aquel pueblo y trataba de distinguir a los suyos en el cortejo.

—¿Qué vienes a hacer aquí, Domingo? —exclamó el hombre—. ¿Vienes acaso en busca de tu mujer? ¿O también de tu madre...? Vamos, ¡lárgate! ¡No te conocemos!

Este recibimiento no era el que esperábamos, ni mucho menos. Pablo nos había asegurado que encontraríamos amigos fieles en el pueblo, cómplices, aliados. Se había equivocado. Los lugareños habían cambiado de chaqueta. Nuestra huida había sido vana... Más tarde supimos que la

represión había llegado hasta allí y que los partidarios del orden habían triunfado en toda la línea.

El hombre seguía gritando, mientras la procesión avanzaba lenta hacia la iglesia, cruzando la plaza.

—¡Y vosotros! ¡Nada tenéis que hacer aquí! Habéis seguido a Flórez por el camino del crimen... y de la revolución... Id a reuniros con él, en su escondrijo, ¡y decidle que no vuelva jamás!

Entonces, no pudiendo aguantar más, intervine. Hacía unos momentos que había salido a la pequeña terraza del primer piso, contigua a la habitación, y que dominaba la plaza. El viejo Turco, como si hubiese comprendido lo que me proponía hacer, me siguió a cierta distancia, llevando en brazos el cadáver de Flórez. Con un breve ademán, le ordené que se acercara.

Un murmullo corrió por la plaza, a la vista del cuerpo de Flórez. Turco pasó delante de mí y empezó a bajar la escalera que conducía a la plaza. Le seguí despacio.

Y hablé. Interrumpí al hombre ricamente ataviado, y todas las miradas se elevaron hacia mí. La procesión se había detenido en la plaza. Había más de un centenar de hombres y mujeres que me contemplaban con asombro —¿quién era esa mujer, y qué quería?—, pero que me escuchaban. No pedía más.

Al principio, les hablé en voz baja, o casi baja. ¿Qué les dije? No me acuerdo; quiero olvidarlo. Cuando pienso en lo que Marie había de llamar «mi perorata», a veces me siento avergonzada. Sin embargo, no hacía más que

cumplir mi promesa.

En cuanto a la famosa perorata, sin duda no fue más que una serie de frases teatrales, llenas de palabras pomposas y vacías. Les dije que quería a Flórez, que éste había muerto en mis brazos, encargándome una misión, y que estaba dispuesta a cumplir esta misión, costara lo que costara.

—Recogí sus últimas palabras... Iban dirigidas a vosotros. Os las repetiré...

Después empecé a atacarles, les traté de ganado resignado, de multitud cobarde y sin honor, despreciada, explotada, apaleada y que, sin embargo, besaba la mano de sus verdugos. Volvían a mi memoria retazos de obras teatrales que había leído, escuchado o incluso representado, y las frases se formaban en mis labios casi a pesar mío, como si me las hubiese sabido de memoria desde hacía mucho tiempo. Y toda aquella gente que me escuchaba y que me miraba no se diferenciaba en absoluto de los rostros innumerables e imprecisos que había entrevisto, a lo largo de mi vida, al otro lado de las candilejas. Aquel día habían desaparecido de pronto, como por milagro, las candilejas, el telón, las butacas; pero yo no advertía la diferencia. Representaba mi papel sin darme cuenta.

Me imagino cuál debió ser el estupor de Marie y de todos mis amigos al oírme discurrir de aquella suerte, en voz cada vez más alta, mientras el viejo Turco depositaba el cadáver sobre el borde de la fuente y los lugareños se

apartaban respetuosamente, con el sombrero en la mano. Creo que Rodolfo pescó al vuelo algunas citas que tomé de Shakespeare, de una escena de *Julio César*, obra que nunca había representado pero que conocía bien y en la que se dice:

—¡Oh, inteligencia! ¡Te refugiaste en los brutos y los hombres perdieron el juicio!

No sé si los lugareños comprendían claramente el sentido de estas frases. No lo creo. Y, por lo demás, no tenían ninguna necesidad de comprender. Sabían muy bien de qué les hablaba, y la fuerza de mi convicción no podía dejarles indiferentes. Mientras bajaba lentamente la pequeña escalera de la casa, peldaño tras peldaño, erguido el busto, tenía la vaga impresión de que iba ganando terreno, de que, poco a poco, me adueñaba del auditorio. A veces, se logra fácilmente. Un ligero rumor corría sobre la multitud y no percibía nada hostil en él, sino todo lo contrario. Era como una especie de calor que subía del público hacia mí.

De igual modo, en el teatro, señales imperceptibles nos dan a entender que la ojeriza o la indiferencia de una sala ceden su sitio a la simpatía o incluso al afecto, mientras se desarrolla el diálogo. Son señales que no pueden describirse. Se trata simplemente de una sensación.

El hombre que pretendía echarnos, y que sin duda representaba los intereses del gobierno, trató en vano de interrumpirme:

—¡El odio! ¡Siempre el odio! ¡Hablas como Flórez!

Señaló el cadáver de mi amante y gritó:

—¡Acabarás como él!

A mi vez, levanté la voz y, dejando a un lado a aquel hombre, me volví a los lugareños:

—¡Despertad! —exclamé, alzando los brazos —. ¡La libertad sólo necesita un ademán y los montes retemblarán con nuestra cólera!

Un murmullo más fuerte que los anteriores corrió por las filas de los lugareños. Mi adversario lo observó también y, temiendo sin duda que las cosas se pusieran mal para él, se alejó rápidamente de la plaza. Era tanto como confesarse vencido. Sólo me faltaba concluir.

Me hallaba ya al pie de la escalera, entre los lugareños, muy cerca del cadáver de Flórez, y, bajando nuevamente la voz y utilizando una vez más a Shakespeare, pregunté, irguiendo la cabeza:

—¿Quién es tan bajo, aquí, para ser esclavo? Si hay uno, que hable: le he injuriado...

Hice una pausa antes de trasladar la mirada al cadáver de Flórez, y añadí:

—Espero la respuesta.

Como ya he dicho, no recuerdo todas las frases que pronuncié aquel día. Tal vez hablé mucho rato, pero no lo creo. Supongo que empleé sólo unos minutos. Al formular mi última pregunta, me quedé inmóvil, a pocos metros de la barrera que formaban los aldeanos.

Sabía que había ganado la partida. Veía manos temblorosas, lágrimas que corrían por los rostros, ojos que

brillaban, y, cuando acabé de pronunciar la última frase, tronaron las aclamaciones en la plaza. Los cirios cayeron a mis pies, como trofeos conquistados al enemigo; las coronas de flores cubrieron el cadáver de Flórez. Los sombreros volaban por los aires, las manos aplaudían, de todas partes se elevaban gritos de «¡Viva la libertad!» y «¡Viva San Miguel!», y, sobre todo, dominando a todas las demás, estas dos palabras que oíamos por primera vez y que siempre habrían de acompañarnos:

—*¡Viva María!*

Estaba tan lejos de esperar semejante clamor, semejante triunfo, que, por unos momentos, fui juguete de la multitud. Todos corrían hacia mí para hablarme, darme las gracias, para tenderme las manos y tocarme, mientras Rodolfo y los otros trataban en vano de acercarse a mí a través del grupo de lugareños. La señora Diógenes me felicitó desde lejos. No tuve tiempo de advertir las reacciones de su esposo y de mis otros camaradas. Vi únicamente que Marie me volvía ostensiblemente la espalda y se alejaba, como si algo la hubiera ofendido gravemente.

Ni yo misma comprendía muy bien lo que pasaba; no medía exactamente las consecuencias de mis palabras, de los gritos de rebelión que acababa de proferir pocos minutos después de la muerte de Flórez. No había deseado este extraño arrebato; sólo había querido cumplir mi

promesa. El éxito había superado las previsiones. Estupefacta al ver que aquella gente se colocaba inmediatamente a mi lado, ellos que, minutos antes, seguían dócilmente a un sacerdote; desorientada por mi propio triunfo, sin saber lo que tenía que hacer, permanecí inmóvil en medio de la tempestad, ignorando si debía alegrarme o inquietarme después de mi primera victoria.

Un viento de rebelión soplaba de pronto sobre el pueblo, arrastrándolo todo, y lo había levantado yo. Era muy diferente a las aclamaciones, al griterío que, un par de semanas antes, saludaba nuestra llegada a los marmóreos pórticos de los teatros. Nos hallábamos en un pueblo, en medio de un grupo de campesinos; y las mujeres, que hasta entonces habían constituido una parte ínfima de nuestro público, mezclaban hoy sus gritos agudos a los de los hombres y mostraban la misma pasión que éstos.

Armas ocultas surgían de extraños escondrijos, revólveres y granadas, y también machetes, horcas, hachas y cuchillos. El cura se había refugiado en la iglesia, cerrando las puertas detrás de él. El hombre del lujoso traje había puesto pies en polvorosa. Hombres, mujeres y niños corrían en todas direcciones, desenterraban bombas en los jardines, reventaban los colchones para sacar de ellos puñales y cartucheras. En el centro de la plaza había un gran montón de cirios rotos, y algunas viejas se ocupaban del cadáver de Flórez. Me sentía arrastrada por un torbellino embriagador, desordenado. Pablo daba órdenes. Alguien me puso un fusil en la mano.

En el momento en que me dirigía, sin saber muy bien por qué, a la salida del pueblo, la voz de Marie sonó a mi lado, en tono de amargura:

—¡Bravo! ¡Ha sido una declamación muy bella!

Me volví. Estaba inmóvil a unos pasos de mí, apoyados los puños en las caderas. La cólera enrojecía sus mejillas y daba un mayor brillo a sus ojos. Volvía a ser la irlandesa intransigente que se había introducido un día en mi carreta y que me había amenazado con un cuchillo. Segura de sí misma venía a pasar cuentas.

De momento, me sentí un poco sorprendida, y creo que incluso un poco desalentada.

—¿Qué tienes, Marie? —le pregunté.

—Puedes sentirte orgullosa de ti —me respondió— . Ha sido perfecto. Todo el mundo te ha encontrado sublime... La señora Diógenes tenía lágrimas en los ojos y los otros han estado a punto de aplaudirte...

En voz más baja y triste, añadió:

—En cuanto a mí, me dabas vergüenza.

—¿Qué quieres decir?

—Como comedia, ha sido magnífica. Los temblores en la voz, las lágrimas en la comisura de los párpados; no faltaba ningún ingrediente. Sí; me dabas vergüenza.

—Te equivocas.

—No.

—Sí. No puedes comprender. Déjame —le dije.

—¡Y yo que creía que le amabas! —murmuró.

Empezaba a adivinar las razones de su movimiento de

cólera y, poco a poco, iba recobrando mi aplomo. Sin pararse a reflexionar, fiando en las primeras apariencias, Marie se imaginaba que la muerte de Flórez había sido para mí sólo el pretexto de una escena. Era absurdo. Ella ignoraba el juramento que había prestado, no podía saber todos los sentimientos contradictorios que me agitaban desde hacía días. Era demasiado joven, demasiado impulsiva, para tratar de desbrozar las complicadas relaciones que ni yo misma captaba siempre muy bien. Decir «esto es comedia», no significaba nada, absolutamente nada. La comedia no es forzosamente una mentira.

Por lo demás, acababa de tener la prueba de ello. Lo mismo que me ocurría en el teatro, durante este discurso, que sabía espontáneo, improvisado, no había sentido un solo instante mi propio cuerpo, ni había pensado en mi vestido, en mi voz, en mis manos. No me había preguntado: «¿Qué estoy haciendo aquí, Dios mío?», como esos actores a quienes acomete el pánico y echan a correr en mitad de un diálogo porque de pronto, se han dado cuenta de que estaban representando. Yo me había identificado por completo con mi papel, si existía tal papel. No podía ponerse en duda mi sinceridad. No había podido ser más sincera. Y, sin embargo, me había valido, como Marie había percibido muy bien, de todos los viejos trucos del oficio.

Me resultaba imposible explicarle todos los matices no porque ella fuera incapaz de captarlos, sino porque estaba

demasiado irritada para prestarme oído. No era el momento oportuno.

—Te has servido de su cadáver —añadió—. ¡Para lograr un golpe de efecto, y nada más! ¡Y Turco llevando el cadáver en brazos, en presencia de todos esos pobres imbéciles! Has querido representar una gran escena, preparada, premeditada! ¡Dime que miento!

No tenía nada que decirle, pues no quería prolongar la conversación. Reemprendí, pues, mi camino hacia la salida del pueblo, añadiendo únicamente:

—He hecho lo que Flórez me pidió.

—¡Te prohíbo que hables de Flórez! —me gritó Marie.

Me detuve de nuevo, me volví en su dirección y la miré.

Su estallido no me decía nada nuevo, pues sabía desde el primer día que amaba a Flórez como yo, sin duda tanto como yo, pero en secreto. Y, a su entender, yo acababa de profanar el cadáver de Flórez.

¿Por qué no me había hablado nunca de Flórez? ¿Por qué se había apartado, sin pedir nada, sin intentar nada, sin discusión, sin lucha? ¿Por qué me había dado a Flórez? No lo sé. Jamás lo supe. Su actitud tenía algo de discreción, pero también de sacrificio. Siempre le he agradecido profundamente que no me hablara de ello. El arrebato de aquel día, del que se arrepintió en seguida, no volvió a producirse. Poseía una fuerza de carácter y una rectitud que sólo raras veces se encuentran en las mujeres.

Nos miramos a los ojos durante un momento, y tuve

tiempo de ver que lamentaba haberme gritado. Ninguna hostilidad quedaba entre nosotras, ningún rastro de celos ni de rencor. A fin de cuentas, Flórez había muerto. Y las dos compartíamos la misma tristeza.

Bajando la voz y acercándose a mí, me preguntó:

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿Ahora?

Empuñando armas heterogéneas y rebosando entusiasmo más que municiones, los lugareños avanzaban hacia nosotras, dirigiéndose al campo abierto.

—He jurado continuar la revolución —le dije a Marie.

—¿La revolución? ¿Tú?

—Sí.

—¡Estás loca!

—Tal vez.

—¿Y con quién, si puede saberse?

—Con ellos —le respondí, señalando a los campesinos.

—¿Con ellos?

Dirigió una mirada despectiva a la mísera tropa que venía a mi encuentro; a continuación, miró el fusil que yo tenía en la mano y que sin duda sostenía con torpeza, porque sonrió. Por último, me dijo:

—Escúchame, María y reflexiona... No son más que campesinos, no son soldados. No saben nada de la revolución ni de la guerra, ¡y tú tampoco!

—No importa.

—¿Lo crees así? —me dijo—. Mi padre solía decir: la revolución es un oficio. ¡No hay sitio para los aficionados!

Acabó por irritarme.

—¡Tu padre! —le dije—. ¡Siempre tu padre! ¡Tal vez tu padre carecía de talento!

Ahora fui yo quien se arrepintió de haber pronunciado esta frase. Me mordí los labios.

—Perdóname —dije— No quería...

—No importa. En absoluto.

Desvió ligeramente la mirada, barriendo con un ademán todo resentimiento que pudiera quedar entre nosotras. Sin embargo, me daba cuenta de que la había herido. Por última vez, trató de detenerme:

—No vayas, María. ¡Os haréis matar!

—Es muy posible.

—Todas esas historias no nos incumben.

—Eso lo dirás tú.

Y, como los lugareños habían llegado a nuestra altura, me puse a la cabeza, fusil en mano, diciéndole a Marie:

—Tengo que cumplir mi palabra.

Ella permaneció en su sitio, viéndome partir, y, cuando me hube alejado unos treinta metros y comprendió por fin que mi resolución era irrevocable, me gritó:

—¡No cuentes conmigo!

7

Me hallé, pues, con mi blusa banca, mi falda de color malva, sin sombrero y sueltos los cabellos, al frente de un grupito de hombres armados que avanzaban a paso vivo y, naturalmente, no conocía sus intenciones.

Pero, apenas hacía un par de minutos que habíamos salido de los límites del pueblo, cuando comprendí adonde nos dirigíamos. Un cañonazo retumbó de pronto. Una granada estalló cerca de mí, levantando unos cuantos terrones. Detrás de mí, los campesinos se detuvieron, y sentí que vacilaban.

Alcé los ojos. En lo alto de una verde colina, a cuatrocientos o quinientos metros delante de nosotros y de cara al pueblo, se recortaba en el cielo la silueta de un cañón. A su alrededor, se veía también una docena de soldados inmóviles. ¿Se trataba de un puesto militar permanente, cuya presencia en aquel lugar habría explicado la diferencia que habíamos encontrado en los lugareños a su regreso de la procesión? ¿O bien acababan los artilleros de instalarse allí? Lo ignoraba. Lo cierto es que la colina dominaba enteramente el campo y que una docena de obuses podían aniquilarnos si persistíamos en nuestras intenciones subversivas. Nuestra situación era extraordinariamente peligrosa, pues saltaba a la vista que los campesinos me empujaban a la conquista de aquella

posición artillera.

¿Es necesario que diga que, a excepción de la breve escaramuza sostenida en el salón de Rodríguez, sentía por primera vez el olor de la pólvora? No tenía las menores dotes de mando militar. El ruido de los disparos me incomodaba. Carecía de sangre fría, de golpe de vista, ignoraba en absoluto el arte de la guerra *y* creo que nunca había disparado un fusil. Sólo había tirado alguna vez al blanco, en las ferias.

Aquel día no se produjo ningún milagro. No me transformé en heroína, no me transfiguré a los truenos del cañón. Al contrario. Me pasó la borrachera. Una especie de pánico se apoderó de mí desde el primer disparo, que fue seguido de muchos más. Dos obuses cayeron en medio de los lugareños que me seguían, y varios de ellos quedaron tendidos en el suelo, muertos o heridos, en el amplio terreno descubierto que separaba el pueblo de la colina en que estaban los artilleros.

Oí la voz de Rodolfo:

—¡María! ¡Vuelve! ¡No puedes hacer nada! ¡Os haréis matar!

Estuve a punto de escucharle. Por desgracia, pensé en Marie, que no dejaría de recibirme con una sonrisa irónica y con pérfidas frases de burla. Y pensé también en Flórez. Haciendo un enorme esfuerzo sobre mí misma, reemprendí la marcha, blandiendo mi fusil. A mi espalda, los lugareños, momentáneamente desconcertados, volvían a seguirme ciegamente. Pablo y los otros compañeros de

Flórez, estaban también allí, pero avanzaban un poco apartados, por la orilla del bosque.

Sin duda aquellos hombres me habrían seguido, hasta el infierno, si, oportunamente, un casco de metralla no me hubiese perforado el hombro. Percibí un gran surtidor de llamas que se elevaba ante mis ojos y fui a caer en el mismo cráter que había abierto el obús, cubierta de tierra húmeda y sangrando.

Intenté salir del agujero, a pesar del dolor que me atenazaba el hombro, pero la tierra se desmoronaba bajo mis dedos, sentía un vivo dolor. Otros obuses machacaban el suelo a mi alrededor, y los campesinos echaban cuerpo a tierra, resguardándose lo mejor que podían, sin atreverse a avanzar y, tal vez, creyéndome muerta. La voz de Pablo me llamó:

—¡María!

Después, oí también la de voz de Rodolfo y, para hacerle ver que todavía estaba viva, agité el brazo ileso por encima del agujero que me ocultaba. También pude mirar, aras del suelo.

Rodolfo y los Turcos avanzaban hacia mí para socorrerme; pero su carrera se vio bruscamente interrumpida por una fuerte ráfaga de ametralladora, que levantó la tierra delante de sus pies. ¡Una ametralladora! ¡Claro! ¡Era él, Rodríguez! Había descubierto nuestras huellas y estaba allí, en persona, encaramado en la cima de otro montículo y rodeado de media docena de sus desalmados. Le veía reír, manejando la Skyton-Babbit que

vomitaba llamas. Estaban apenas a ciento cincuenta o doscientos metros de mí. El asesino de Flórez.

La ametralladora crepitaba sin cesar, en una especie de ataque de locura, barriendo el espacio vacío e impidiendo que Rodolfo y los Turcos se acercaran a mí. Tuvieron que retroceder a toda prisa y ocultarse entre las altas hierbas de un campo próximo al pueblo.

La situación era crítica. La ametralladora impedía la salida del pueblo, dejando al cañón del ejército regular la tarea de bombardear a placer la aldea y sus alrededores. Tarde o temprano, un obús nos liquidaría, a mí y a los otros, y, en el pueblo nada quedaría en pie.

Y todo por mi culpa. Pero, ¿qué culpa? ¿La de haber amado a Flórez y haber cumplido mi palabra? ¿La de haber dicho a esa gente todo lo que esperaban que les dijese?

Y Marie, ¿había cometido una falta al disparar contra el oficial?

Marie...

De pronto oí su voz que me llamaba. La vi asomar por encima de las hierbas, a bastante distancia de mí, y me gritó:

—¡María! ¡Sobre todo, no te muevas!

La obedecí de buen grado. Me dejé deslizar suavemente hasta el fondo del agujero y me estiré, casi indiferente a la marcha del combate. Había perdido mi fusil. Me dolía el hombro herido, y en lo alto, el cielo azul, las aves de presa trazaban círculos sobre el campo de batalla.

Por la noche, Marie me contó lo que sucedió después.

—Realmente —me dijo—, no pudiste hacerlo mejor. A pecho descubierto y en descampado. Ni un arbusto, ni un seto, ni un montón de piedras. Un terreno liso como la palma de la mano. El lugar ideal para una buena matanza. Fue una suerte que te hiriesen en el primer momento.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Había resuelto no hacer nada. Quería permanecer al margen y dejar que te apañaras sola. Incluso, pensé en separarme de la compañía. Entonces, te vi en aquel agujero. Comprendí que estabas herida. Me enfurecía verte hacer tantas tonterías. ¡Un ataque frontal en terreno descubierto! Un verdadero suicidio. Hice que Rodolfo se apostara a un lado de un árbol, con su mejor fusil, a fin de disparar sobre el que asomara la cabeza. Debo decirte que me ha maravillado, ese Rodolfo. En general, los tiradores de salón... Pero él... ¡No había visto nunca nada igual!

—¿De veras?

—Algo asombroso. Por otra parte, sólo le necesitaba a él. No hubiera sabido qué hacer con cincuenta hombres. Se trataba únicamente de un golpe de mano. Los golpes de mano son los más interesantes. Te regalo las batallas ordenadas.

—¿Y Rodríguez?

—¡Ni pensar en Rodríguez! Imposible capturar su ametralladora. Se veía a la primera mirada. No valía la pena intentarlo. El cañón era un objetivo mejor. Había que pasar por el bosque sin hacer ruido, dar un rodeo.

¿Comprendes ahora? Encontré una bomba de mecha junto al cadáver de un lugareño. La cogí y eché a andar.

Partió, pues, ella sola, a pesar de las protestas de los Turcos, que querían acompañarla en el asalto.

—¡Quietos! No es oficio suyo. Y a mí me recuerda mi infancia. ¡Y yo que me había jurado que esto había terminado para siempre!

Deslizándose, corriendo, gateando, saltando trepando, reptando, ¿qué sé yo?, aprovechando todos los accidentes, todos los huecos, llegó rápidamente al bosque e inició una amplia maniobra envolvente que había de llevarla al flanco del cañón. Cuando me contó la hazaña, confieso que me costó creerla; pero Rodolfo, Diógenes y los otros confirmaron totalmente sus palabras.

—Rodríguez me había visto. Me buscaba, un poco al azar, espiando cada una de mis apariciones y ocultándose también un poco. Rodolfo, a pesar de la distancia, había derribado a dos de sus hombres. Las balas de la ametralladora segaban flores e incluso árboles muy cerca de mí. Me pegaba al suelo. Los del cañón también probaban suerte. Un concurso de tiro. Caían trozos de piedra y tierra por todos lados, a derecha e izquierda. Una especie de cabezota de piedra, una estatua seguramente muy antigua, saltó en pedazos. Yo acababa de pasar. Los proyectiles estallaban siempre unos metros detrás de mí. Un principio que no falla consiste en conservar un segundo de ventaja, no más. Es cuestión de reflejos. Corría, me echaba de bruces contra los taludes, saltaba en

los espacios libres. Mi padre me lo había enseñado. Cuando era pequeña, me llevaba todos los días al campo. Me entrenaba. Se situaba en una trinchera, o detrás de un árbol, o sobre una duna de la playa. Tomaba una escopeta de caza y disparaba con sal a cincuenta centímetros sobre el nivel del suelo. Yo debía llegar hasta él arrastrándome. Te aseguro que no era recomendable levantar la cabeza. Aquí era igual. No descubrirse, no hacer ruido.

—¿Tenías miedo!

—¡Oh! Miedo... Tal vez. Pero estaba contenta y me reía. Me reía sola; es curioso. Me sentía perfectamente. Sólo pensaba en lo que estaba haciendo y procuraba hacerlo bien. Rodolfo me ayudó muchísimo. Sin él, la cosa no habría tenido éxito. Vigilaba a la vez a los del cañón y a los de Rodríguez. Nadie podía asomar la cabeza.

Rodolfo estaba sentado cerca de ella; mirándole, le dijo:

—¡Qué buen ojo tiene usted!

Rodolfo esbozó un ademán contrariado, modesto, como si le disgustara que hablasen así de él.

—¿Y la bomba? —le pregunté a Marie, que nunca me había parecido tan locuaz.

—La bomba..., la guardaba como un tesoro. No podía perderla ni desperdiciarla. Todo dependía de ella. Incluso, en un momento dado, tuve que cruzar un río bastante profundo sosteniéndola con la mano fuera del agua. La bomba, y también el encendedor que me había prestado Diógenes. ¡Ay! Ya volveremos a hablar del encendedor.

Un poco más tarde, los guardé en la falda. Había arrancado un pequeño y tupido arbusto, de grandes hojas, y lo empujaba despacio delante de mí. Era mi camuflaje. Después, bruscamente, lo solté y me dejé caer en un hoyo. La ametralladora no paraba un momento. Debía de estar ardiendo. Por fin llegué al bosque. Me lancé entre las lianas y desaparecí. Allí me sentí más tranquila. Invisible. Seguían cayendo obuses, pero sin puntería, al azar, sin causar daños. Me buscaban a ciegas, sacudiendo los árboles a la buena de Dios. ¡Pobres cocoteros! Yo permanecía cerca de la orilla y avanzaba más despacio, sin mover las hierbas.

—¿Y cuánto duró?

—¡Apenas una hora! ¿Y no te acuerdas?

—Creo que me desvanecí un poco.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Mejor, gracias. Prosigue.

—Lo que me llevó más tiempo fue cruzar el bosque. Muy despacio, palmo a palmo. En realidad, cuando salí de los árboles me encontré muy cerca del objetivo. Y los artilleros, al dejar de verme, se habían calmado. El oficial que los mandaba inspeccionaba inútilmente el bosque, con los gemelos pegados a los ojos. Yo le veía de vez en cuando, por los huecos que dejaban los árboles. La ametralladora se hallaba muy lejos. Al otro lado del cañón, que me la ocultaba. Sólo disparaba a intervalos. Rodríguez me había perdido completamente de vista.

La escuchaba boquiabierta, creyendo que improvisaba.

—Disparaba sobre mí —le dije—. Para impedirme salir del agujero.

—Lo suponía.

—Y yo también estuve a punto de que me dieran —dijo Rodolfo.

—Resumiendo —prosiguió Marie—, había unos cuantos caballos junto a la linde del bosque, paciendo las hierbas altas de la pradera. ¡Un verdadero golpe de suerte! Salté sobre un caballo y me agarré como pude a la crin, un poco a la manera de los indios, ¿sabes?, manteniéndome pegada al flanco.

—¿Fuiste capaz de eso?

—Naturalmente. Tenía que flanquear unos cincuenta metros. Los más duros. Lo cierto es que temí que no me sería más fácil, con aquel caballo que no atendía a nada. Era imposible dominarle. Por fortuna, me tiró al pie de la colina, sobre unos matorrales. Desde arriba, no podían verme; estaba debajo de ellos, al pie de una pared cortada a pico. Y ni siquiera habían puesto un centinela en la parte inferior de la colina. Una torpeza. También ellos tienen cosas que aprender.

—¿Y arrojaste la bomba?

—Espera un poco. Antes tenía que acercarme más, subir despacio, sin hacer ruido, sin hacer crujir las ramitas. Necesitaba tiempo. En estos casos, no hay que impacientarse. Una siempre tiene tendencia a ir demasiado aprisa.

—¿Y la bomba?

—La tenía asida por la mecha, con los dientes. Necesitaba las dos manos para trepar. Rodolfo podía verme desde su árbol, pero no Rodríguez. El fuego había cesado casi por completo. Sólo alguna ráfaga aislada. Todo el mundo esperaba que sucediese algo. Por último llegué a siete u ocho metros del cañón, precisamente en el instante en que Rodolfo tumbaba a uno de los artilleros. Cayó muy cerca de mí.

Le guiñó un ojo a Rodolfo. Después, volviéndose a mí:

—Entonces me froto las manos, tomo la bomba, quiero encenderla para lanzarla... ¡y me falla el mechero de Diógenes! Imposible hacerlo funcionar. Todo es inútil.

—Sin embargo, es un encendedor excelente —observó Diógenes, que nos escuchaba fumando distraídamente—. Sin duda estaría húmeda la piedra.

—¿Cree usted?

—Seguro. Ahora funciona a la perfección. Ha tenido tiempo de secarse.

—En todo caso, me falta el fuego. Le hago una seña a Rodolfo, cuyo chaleco rojo distingo entre las ramas del árbol. ¡Tanto camino para nada! Por fortuna, Rodolfo tiene una idea. Una idea formidable. El oficial artillero, situado encima de mí, estaba fumando un gran cigarro. Yo estaba tan cerca de él que podía oírle hablar con sus soldados. Rodolfo toma su fusil, apunta durante un largo rato, dispara. Su bala parte limpiamente el cigarro. La punta encendida cae y rueda cerca de mí, mientras el oficial se oculta. Cojo el cigarro, lo acerco a la mecha y soplo. ¡La

mecha se inflama! ¡Todavía me pregunto cómo pudo Rodolfo conseguirlo...!

—Un tiro de suerte —dijo Rodolfo—. No había un soplo de aire. Y el sol me favorecía.

—Entonces —prosiguió Marie—, agarro la bomba, espero que la mecha se consuma un poco, la arrojo con todas mis fuerzas... Ya sabes el resto, ¿no?

La explosión de la bomba sembró el desconcierto entre los artilleros, cuya mayoría cayeron muertos o heridos, aunque la bomba no era de gran potencia. Me asomé rápidamente al borde de mi agujero al oír los gritos de entusiasmo, y, en seguida, vi la silueta de Marie que subía a toda prisa por el flanco del montículo. Oí a Rodolfo que lanzaba una exclamación de triunfo, mientras los campesinos que estaban a mi espalda se levantaban y corrían hacia adelante, siguiendo a Pablo. A mi vez, y no sin sufrimiento, salí del embudo del obús. Uno de los Turcos vino a ayudarme a caminar.

De un solo golpe, la situación había cambiado a favor nuestro. Ni siquiera nos inquietaba la ametralladora de Rodríguez, pues éste, amenazado por el flanco, ordenó a sus hombres que cogieran la Skyton-Babbit —tan pesada— y la apuntaran, con la mayor rapidez posible, en dirección al cañón. Un cañón que Marie, por su parte, colocaba en posición de tiro.

Por fin su plan: apoderarse, ante todo, del cañón y

utilizarlo después contra Rodríguez, que estaba muy lejos de esperar una cosa así. Un verdadero duelo entre el cañón y la ametralladora, emplazados ambos en sendas colinas, separadas por una distancia de trescientos metros. En aquella época, ignoraba yo hasta tal punto las cuestiones de armamento que pensaba que una ametralladora podía destruir un cañón. Temblaba por Marie. A mi modo de ver, no tenía la menor probabilidad de éxito contra Rodríguez, que emplazaba rápidamente su ametralladora y atronaba el espacio con sus voces de mando.

Pablo y los lugareños corrían a toda velocidad hacia el cañón para ayudar a Marie. Pero ésta no les esperó. Ella sola, a fuerza de puños, enderezó la cureña de la pieza, apuntó a la otra colina y comprobó pausadamente la elevación, indiferente a las nerviosas e imprecisas ráfagas que Rodríguez empezaba a lanzar a su alrededor. Por fin, disparó su primer obús.

Fue suficiente.

Vi como la Skyton-Babbit quedaba hecha trizas, y mientras el cuerpo de Rodríguez saltaba por los aires y caía detrás de unos arbustos (un poco más tarde habíamos de saber que no había muerto y que había logrado escapar); después, se hizo un silencio repentino. Silencio y paz. El silencio de la victoria. Todavía no eran las cuatro de la tarde.

Casi agotada, con la ropa hecha jirones y el brazo sangrando, me puse en marcha a duras penas. Dos de los Turcos me ayudaron a ganar la cima del montículo.

Entonces empezaron a sonar gritos de júbilo; todos agitaban las manos, se abrazaban. Un campesino anudó su cartuchera a mi brazo, a guisa de venda. Otro se fue en busca de mi fusil.

En lo alto de la colina, encontré a Marie sentada junto al cañón. Varios campesinos la rodeaban y la aclamaban, repitiendo las palabras que antes me habían dirigido a mí, en la plazuela del pueblo:

¡Viva María!

Se hubiera dicho, empero, que Marie no les oía. De pronto, parecía terriblemente fatigada. Estaba inclinada sobre el rostro de un joven y guapo enemigo herido, que iba recobrando poco apoco el conocimiento. Le sostenía la cabeza y los hombros. Su vestido estaba hecho trizas, como aquella mañana que había vuelto a la carreta, al amanecer, apeándose de un simón negro y ocupado por tres hombres. La misma fatiga y la misma expresión de dicha.

Tenía los brazos arañados por las espinas del bosque, la cara quemada por la pólvora, los cabellos sueltos y ennegrecidos, las manos llenas de sangre. Un humo acre flotaba todavía en la cima de la colina. El oficial de artillería estaba apoyado en una de las ruedas del cañón, conservando su rigidez de muerto y sosteniendo aún los gemelos a la altura de los ojos. Otros artilleros se movían débilmente. Eran nuestros primeros prisioneros.

Dije:

—Gracias, Marie.

Ella se incorporó y me miró con sus ojos claros. Merced a aquel asalto, habíamos olvidado ambas nuestra disputa. No podía acusarla ya de debilidad y de indiferencia. Y ella no podía reprocharme que representase una comedia. Yo estaba herida. Y ella me había salvado la vida.

Se levantó. Sonriendo, con los brazos enjarras, erguido el busto y con los hombros ligeramente echados atrás, me respondió sencillamente:

—No me des las gracias. Ha sido un placer.

Sobraban las palabras. Nuestra alianza había quedado sellada. Y habíamos tomado una decisión, pensaran lo que pensaran nuestros compañeros. Marie no me había abandonado por mucho tiempo, y su amor a la justicia se había mostrado más fuerte que su egoísta despego, pues yo no atribuía su decisión a motivos puramente personales, como el deseo de ayudarme. Sabía que la había impulsado una razón más profunda, y me alegraba de ello. De ahora en adelante, marcharíamos juntas. Rodríguez había fallado. Ahora nos tocaba a nosotras perseguirle. Tanto más cuanto que Marie, volviendo a su infancia, parecía experimentar un vivo placer con estos ejercicios bélicos.

Todos iban acudiendo. Rodolfo, que se había colgado el arma en bandolera, recogió del suelo un fusil cuyo cañón había sido retorcido por la explosión de la bomba. También Diógenes estaba allí y, como entendía un poco de medicina dejé que me examinara el brazo.

—Habrá que extraer ese trocito de metralla —me

dijo—. No será nada.

Werther Turco ayudaba a la señora Diógenes a escalar la colina. Armande no había comprendido aún del todo lo que acababa de ver. ¡Ella que quería regresar a Europa!

Mientras su mujer se acercaba a nosotros, llevando a su hijo de la mano, Diógenes me dijo, como la cosa más natural del mundo:

—Si no he entendido mal, tendremos que hacer esta revolución, ¿eh?

Su mujer le oyó. Ajustándose el corpiño de piel de serpiente, se plantó a nuestro lado y, presa de espanto y de indignación, exclamó:

—¿Qué estáis diciendo? ¿Es una revolución?

Y Rodolfo, que paseaba la mirada sobre el campo de batalla, le respondió, con una bondadosa sonrisa:

—Ahora, sí.

8

Por la noche de aquel día memorable, reunidos en la plaza del pueblo alrededor de una fogata, charlábamos incansablemente, sin saber lo que ocurriría a la mañana siguiente. Marie, había terminado el relato de su ataque al reducto, y sus ojos brillaban con los reflejos del fuego. Jugueteaba con un revólver, que manipulaba con destreza y que arrojaba destellos metálicos en la sombra.

De los pueblos vecinos, habían llegado delegaciones revolucionarias para establecer contacto con nosotros. Pablo, que había apostado centinelas en las cuatro esquinas del pueblo, organizaba las primeras tropas y distribuía las armas. El rumor de nuestro estallido de cólera se había extendido como furioso vendaval. Todos sabían que habíamos conquistado una posición estratégica, capturado un cañón y rechazado a Rodríguez, y el grito de *¡Viva María!* sonaba como una llamada a las armas. Sin duda estaban reclutando tropas para aniquilarnos.

Marie y yo nos habíamos erigido en jefes indiscutibles de la revolución, y los otros miembros de la compañía empezaban a representar el papel del estado mayor; pero un estado mayor veleidoso, muy poco bélico en los comienzos.

—Yo busco la mejor solución — decía Rodolfo, limpiando su maravilloso fusil—. En lo que atañe a

nuestros contratos, creo que lo hemos incumplido. Por lo demás..., ¿tenemos que seguir huyendo? ¿Intentaremos pasar la frontera?

No le respondí, aunque hacía ya tiempo que había tomado mi resolución. Contemplaba el fuego y pensaba en Flórez, al que sus amigos acababan de enterrar en el cementerio del pueblo, junto a la tumba de su padre. Pensaba en él con agradecimiento y casi con fervor. Le debía el conocimiento de esta exaltación victoriosa. Jamás en la vida, ni siquiera después de nuestros mayores triunfos, me había sentido tan fuerte, casi invencible. No veía ya ningún obstáculo. Me parecía que, con la ayuda de Marie y de mis otros compañeros, si querían seguirnos, era capaz de mover las montañas sin el menor esfuerzo.

—De todos modos —murmuró Diógenes—, si queremos salir de aquí, tendremos que derribar al Gobierno.

—¿De qué estás hablando? —le dijo su mujer, que todavía no había comprendido bien lo que pasaba—. ¿Derribar el Gobierno? ¡No lo dirás en serio!

—¿Y por qué no? —preguntó Juanito.

—¡Tú te callas! —dijo Armande—. ¡Cómo! Me llevan a rastras a una hacienda de no sé donde, me pegan, me encierran en un calabozo, del que tengo que huir para cruzar ríos infestados de cocodrilos y desiertos llenos de buitres. Llego aquí, rendida, y tengo que disfrazarme; después muere Flórez, y Marie empieza a hacer locuras... ¡Oh! Todo eso ha estado muy bien, ha sido muy emotivo,

no seré yo quien diga lo contrario; pero hete aquí que empiezan a sonar palabras gordas: la guerra, la pólvora y, ahora, la revolución. ¿Os dais cuenta de lo que estáis haciendo?

—Te repito —dijo, pacientemente, Diógenes— que, si queremos salir de este país, tenemos que apoderarnos antes del poder. Si no, tendremos que permanecer eternamente ocultos en los montes.

—Acosados como zorros —añadió Rodolfo.

Yo les miraba, uno tras otro. Todos poseían una fuerza inmensa que todavía ignoraban, una fuerza que yo había descubierto aquella misma mañana, en la pequeña escalera de la casa de Flórez. Esta fuerza que puede dar el trabajo en el teatro. Nuestro oficio que enseña a hacerlo todo mejor que los demás.

¿Por qué no la revolución?

Pedí a uno de los Turcos que me ayudara a levantarme.

—Hagan ustedes lo que quieran —les dije—. No les pido imposibles, ni puedo darles órdenes. En lo que a mí atañe, seguiré adelante; eso es todo.

Me volví bruscamente a Marie:

—¿Y tú?

Dejó de hacer girar el revólver entre sus dedos y me miró de frente.

—*¡Viva María!* —dijo, sonriendo.

Al amanecer del día siguiente, todos habían tomado su decisión, la única decisión posible: seguir adelante, continuar lo que habíamos empezado por pura casualidad.

Salimos del pueblo a caballo, abandonando las carretas engorrosas y pesadas. Pablo, Domingo, los antiguos compañeros de Flórez que se habían evadido con nosotros, así como todos los lugareños útiles, nos siguieron, la mayoría a pie.

Un pequeño destacamento formaba la vanguardia. Después seguíamos Marie y yo, en igualdad de categoría, acompañadas de los Turcos, de Rodolfo y de Diógenes, que no había querido separarse de sus animales. Armande se había instalado lo mejor posible a lomos de un asno, esforzándose en poner al mal tiempo buena cara. Por lo demás, sus recriminaciones habían cesado desde la víspera. Parecía haber comprendido al fin lo que pasaba y considerar los acontecimientos con cierta benevolencia.

Dos caballos tiraban del cañón. Habíamos recogido también los fusiles y los revólveres de los artilleros. En cuanto a la Skyton-Babbit, había quedado irreparable.

La primera jornada transcurrió sin incidentes. Recibimos refuerzos en varias ocasiones: grupos de hombres mal armados que surgían de una encrucijada y se unían a nosotros. El campamento para pasar la noche fue montado en la falda de una montaña, muy cerca de un precipicio de color rojizo. A eso de las nueve de la noche, llegó un hombre al galope. Era un inglés que venía a vendernos armas.

Rodolfo había guardado todo el dinero de la compañía en las pistoleras de su silla. Allí estaba también su parte y la de los organizadores de la gira. El otro inglés, el

traficante de armas, se lo llevó todo, prometiendo que encontraríamos las armas dos días más tarde, en un lugar convenido.

Y cumplió su palabra. Claro que nosotros destacamos a dos de los Turcos y a diez hombres más para que vigilasen sus idas y venidas. Terminada la operación, el mercader desapareció. Sus negocios le llamaban a otra parte. Jamás volvimos a verle.

El segundo día, sostuvimos una escaramuza con una treintena de hombres que custodiaban una plantación de caña de azúcar y que habían recibido la orden de cerrarnos el paso. No eran lo bastante numerosos para inquietarnos. La escaramuza duró treinta minutos, sin que tuviéramos que lamentar un solo herido por nuestra parte. Tres obuses sobre las cañas de azúcar, y el consiguiente ultimátum: se rindieron todos, con armas y bagajes, que recogimos con el júbilo que es de suponer.

Sobre todo, andábamos escasos de municiones. Por eso teníamos buen cuidado en no disparar hasta el último momento, para evitar cualquier derroche. En cuanto a los prisioneros, les dábamos a elegir entre unirse a nosotros, sin condiciones, y combatir a nuestro lado, o volver junto a sus jefes con las manos vacías. La mayoría se quedaban con nosotros. Y ninguno nos traicionó.

Transcurrió una semana. Dominábamos casi toda una provincia, aunque, a decir verdad, era una de las más pobres y menos pobladas de la república de San Miguel. No había en ella ninguna ciudad importante, ninguna plaza

fuerte, ninguna guarnición. La partida no había terminado, a pesar de la prodigiosa reputación que nos daban aquellos fáciles triunfos; lo más difícil estaba por hacer. Sin embargo, poseíamos armas y provisiones, una tropa de doscientos a trescientos hombres y una organización cada vez más sólida. Rodolfo se encargaba de la instrucción de tiro. Enseñaba a los nuevos reclutas de la revolución a manejar el fusil, a disparar, a limpiar el arma; los mismos reclutas a quienes los Turcos, toda las mañanas, imponían una hora de gimnasia, a estilo prusiano.

Diógenes actuaba de médico, ayudado por su mujer y por su hijo. Armande había dejado de gruñir y de lamentarse, e incluso, cada día que pasaba, parecía más joven y más esbelta. La revolución la hacía adelgazar. Un día la sorprendí con un fusil en la mano, disparando contra el tronco de un árbol, y, efectivamente, durante los días que siguieron, participó a menudo en las operaciones militares, bajo el mando directo de Marie. Armande estaba desconocida. Reía, cantaba y se atrevía a todo con la camisa arremangada. Superando antiguas aprensiones, montó de nuevo a caballo, y, en varias ocasiones, tuvimos el enorme privilegio de verla atacar, sobre una montura blanca, blandiendo su fusil, a la cabeza de nuestra brigada ligera. Montaba sin estribos, como en el circo.

En cuanto a Juanito, menos vigilado, hacía por su cuenta su pequeña revolución. Cierto que, desde que salimos de la hacienda, percibíase en el joven cantante una tremenda voluntad de emancipación contra la que nada

podía ya su madre, demasiado ocupada en otros menesteres. Juanito se liberaba al fin de la férula materna. Incluso su voz se hacía más grave. Estaba perdido para el canto. Más tarde, una noche, había yo de sorprenderle en brazos de una robusta campesina.

¡Ay, y qué bonita era nuestra revolución! Las desenfrenadas galopadas sobre el polvo, cuando los Turcos dirigían la carga, saltando sobre las guarniciones de sus brutos, ágiles y nervudos en sus vestidos bordados, haciendo voltear sus carabinas entre las manos. Todos los pueblos, que se unían a nosotros, desplegando banderas floridas para conducirnos, no ya al teatro, sino a la plaza del Ayuntamiento, donde todos gritaban: *¡Viva María!* Y los planes de combate que Marie dibujaba por la noche en viejos mapas, a la luz de los grandes incendios. Las torres y los pozos de petróleo que llameaban durante horas en medio de prolongados gritos de júbilo. La furia, la pasión, los centenares de brazos que nos saludaban, el olor de la batalla, la fiebre, los cabellos destrenzados de Marie y sus dientes que brillaban cuando se lanzaba al combate, los enemigos que venían a rendirse, las armas que caían a nuestros pies, las aclamaciones y, por la noche, en el vivac, el recuento del botín, de los fusiles, de las riquezas de toda clase.

¡Viva María!... Nuestros dos nombres se fundían en uno solo. Las dos éramos María, y a nuestras tropas les bastaba con un sólo patronímico. Marie había asumido el alto mando de todas las operaciones militares, y lo hacía a

maravilla, arriesgándose siempre y seguida de Rodolfo, convertido en su ángel guardián. La guerrilla convenía a sus dotes. Sabía todos sus trucos: era experta en emboscadas y marchas de noche, sabía sorprender y desorientar al enemigo, era especialista en aventuras individuales que nadie esperaba. Sobre todo, le proporcionaban un gozo y una satisfacción física que tal vez era lo que en realidad había buscado en vano hasta entonces.

Desde los primeros días de nuestra campaña, se había precipitado de nuevo en lo que yo llamaba su «desbordamiento», y en el que buscaba tal vez el olvido. Pero cada día le era más difícil obtener ese consuelo. Sentíamos a nuestro alrededor, entre los hombres llenos de fe que nos seguían, una veneración que hacía casi imposible el alejamiento. Trataba de gastar en el combate su inagotable fuerza.

Ella era el brazo y yo era la voz. Todos los días, y a menudo varias veces en un mismo día, al llegar a la más mísera aldea o a la granja más pobre, tomaba yo la palabra, sin bajar siquiera de mi caballo. Cuestión de unos minutos. Hablaba de Flórez, de la revolución que habíamos de hacer. Los hombres tomaban sus armas, cuando las tenían, besaban a sus mujeres, en silencio, y a sus hijos, y se incorporaban seguidamente a nuestras filas.

A ella le bastaba con hacer un ademán, y a mí con pronunciar una palabra, para que se multiplicasen nuestros soldados. Todo nos era facilísimo.

Marie me había enseñado a utilizar adecuadamente el revólver y a quitar el seguro de una granada de mano antes de lanzarla; pero las operaciones militares no eran mi fuerte. Ya había demostrado una vez mi incompetencia, a expensas de los lugareños que me seguían. No quería caer de nuevo en la misma falta y me abstenía de toda iniciativa en este terreno. Además, el miedo a las balas y el horror al estruendo bélico no me habían abandonado por completo.

Cuidaba principalmente de los problemas de organización, repartía el botín, distribuía los víveres, consolaba a los heridos. Aconsejada por Marie, redactaba el programa del día siguiente, y, por la noche, ambas marcábamos en el mapa las regiones que habíamos conquistado.

Así, a los ocho días de campaña, nos habíamos adueñado de la provincia de Tlacoyoc, y, orgullosas de nuestro triunfo, pasamos sin tardanza a la provincia siguiente, la de San Feliciano, dominada por la hacienda de Rodríguez. Teníamos allí una cuenta pendiente.

El ataque a la hacienda se desarrolló durante la noche, ignoro el porqué, María lo había resuelto así y yo no discutía jamás sus opiniones, cuando se trataba de las cuestiones tácticas. Al atardecer, avistamos la hacienda, donde Rodríguez se había hecho fuerte con sus hombres. Marie nos pidió que esperásemos unas horas, antes de dar

la señal de asalto, y, una vez más, se expuso con peligro de su vida. Acompañada de cuatro campesinos que la ayudaban a transportarveinte kilos de explosivos, desapareció siguiendo el cauce seco de un riachuelo.

A las once y media, el muro de cerca saltaba por los aires. Mediante un ataque general, fue conquistada aquella temible fortaleza que nos había dejado tan dolorosos recuerdos y que no estaba ya defendida por la Skyton-Babbit. Todo fue pasto de las llamas: la gran rueda de madera, el automóvil, la horca en R mayúscula y los restos de los salones parisienses.

Muchos hombres de Rodríguez perdieron la vida en esta batalla. Los otros se rindieron con armas y bagajes y, desde entonces, combatieron en nuestras filas. En el fondo, no eran más que mercenarios.

En cuanto al propio Rodríguez, logró escapar una vez más. Le habíamos visto en la galería, durante el ataque, vociferando órdenes furiosas. Después, desapareció como por ensalmo. Sin duda había utilizado un pasadizo secreto, un subterráneo, a menos que hubiera huido disfrazado, aprovechando el gran desorden que sigue a las victorias.

En realidad, acabábamos de conseguir nuestra primera gran victoria, y, por mi parte, me sentía casi vengada, casi satisfecha. Me decía: ¿por qué no dejarlo así? Ahora podemos cruzar fácilmente la frontera, abandonar el país, regresar a Europa. Rodríguez no ha muerto, pero su poder ha sido destruido. ¿Por qué obstinarnos en proseguir? La revolución continuará sin nosotros, y ¿qué nos importa

que triunfe o que fracase?

Estas ideas, un poco cobardes, se desvanecían con la misma facilidad con que habían aparecido. No había que pensar en partir, lo sabía muy bien. Nadie lo deseaba, y yo, menos que nadie. Todos mis amigos habían puesto el corazón en la tarea. Triunfaban de un modo espléndido, tal como yo había esperado. En cuanto a la muerte de Rodríguez, no era más que un detalle de aquella aventura. No constituía un hecho esencial.

Aquella noche, en el patio de la hacienda donde centenares de campesinos nos aclamaban, de pie junto a Marie que me sonreía, recuerdo que me faltaron las palabras, cosa que no solía ocurrirme. Tartamudeé, me atasqué en una frase. A falta de algo mejor, creo que recité una estrofa de La Marsellesa, levantando los brazos al cielo.

Las edificaciones llameaban bajo el viento nocturno, que nos envolvía en torbellinos de cálido humo. Algunos caballos, asustados, se revolcaban en el suelo para apagar las llamas que habían prendido en sus crines. Desde muy lejos, la gente de los pueblos, atraída por las altas llamaradas, corría a nuestro encuentro.

A partir de aquel día, comprendí que no quedaba ninguna duda en nuestro espíritu; costara lo que costara, la revolución de San Miguel iría hasta el final, hasta el triunfo o hasta la derrota. No podíamos desentendemos de ella. Y, ciertamente, ¿qué hubiera sido de ella sin nosotros?

La conquista de la hacienda puso en nuestras manos la provincia de San Feliciano, que pertenecía a Rodríguez casi por entero. Tuvimos que permanecer una semana en las ruinas, para reorganizar a toda prisa la administración de aquella parte del país. Pablo se ocupó del reparto de tierras, de la elección de los Ayuntamientos, de los problemas de abastecimientos y de comunicaciones. Teníamos que resolver una multitud de asuntos económicos y sociales, y, a menudo, improvisar la solución. Al propio tiempo, teníamos que administrar justicia, establecer puestos y guarniciones, nombrar los responsables militares y civiles, otorgar los grados, las recompensas y las condecoraciones.

No nos quedaba un minuto libre, y la señora Diógenes no cesaba de repetir:

—Una revolución es un jaleo de mil diablos.

Diariamente, grupos de nuevos reclutas venían a alistarse en el patio de la hacienda. Nada sabían de la guerra, y, algunos, no habían visto nunca un fusil. Rodolfo les instruía, les iniciaba en los secretos de la dinamita. Diógenes y su mujer, cuya metamorfosis nos asombraba en gran manera, habían montado en un cobertizo algo parecido a una enfermería. Armande pasaba la mayor parte de su tiempo confeccionando hilas. Diógenes curaba heridas y extraía balas lo mejor que sabía.

Los Turcos, como de costumbre, se ocupaban de todo. Siempre se les veía transportando o reparando algo, como si nada hubiese cambiado. Y ninguna de estas actividades

les impedía proseguir concienzudamente su entrenamiento cotidiano, ante los ojos admirados de los revolucionarios.

Naturalmente, nuestra aventura no dejaba de hacer un poco de ruido en el mundo. Toda la prensa, incluso la seria, hablaba de ella. Cuatro días después de la conquista de la hacienda recibimos la primera delegación de periodistas, venidos de todos los países de América e incluso de Europa; una docena de reporteros elegantemente vestidos y de mirada inquisidora, en su mayoría corresponsales de guerra, que se pegaron a mis talones durante un día entero, como gozquecillos siguiendo a su madre. Entre ellos había un fotógrafo brasileño.

Yo había decidido encargarme de ellos, para hacerles visitar nuestras instalaciones, y tuve que responder a las preguntas más indiscretas.

—¿Tienen ustedes intención de atacar a Estados Unidos? —me preguntó el primero.

—No. Al contrario. Admiramos a ese gran país liberal y moderno. Pero el gobierno de Estados Unidos debe comprender que, aquí, el pueblo se halla todavía en la Edad Media.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Sabe usted que la totalidad de las tierras de la república de San Miguel pertenece a catorce familias? ¿Y que el dictador Augusto Conte tiene derecho de vida y muerte sobre todos sus súbditos?

Los periodistas anotaban febrilmente mis respuestas en

libretas diminutas.

Alguien me preguntó:

—¿Pone usted en tela de juicio el derecho de propiedad?

Reflexioné un instante, porque se trataba de una cuestión muy peligrosa.

Y me disponía a responder prudentemente cuando Marie pasó cerca de nosotros. Ayudada por Juanito, desenrollaba en el patio un cordón detonador para volar Dios sabe qué. Era una ocupación tan corriente en ella que nadie le prestaba atención. De vez en cuando algo saltaba por los aires. Muy bien. Marie estaba actuando.

Al pasar junto al periodista que acababa de formular la última pregunta, Marie se detuvo, le miró tiernamente a los ojos y respondió en mi lugar:

—La propiedad privada es un robo.

¿De dónde habría sacado esta frase? El reportero la anotó concienzudamente en su libreta, y reanudamos nuestra visita mientras Marie se alejaba con su cordón.

—Nuestro ejército —dije mostrando un grupo de hombres arrodillados, que apuntaban a un blanco con sus fusiles bajo la dirección de Rodolfo.

—¿Piensan ustedes marcharse de San Miguel?

—No saldremos de este país antes de haber expulsado al dictador y a toda su camarilla. Se equivoca al mirarnos con desprecio.

—¿Y desde el punto de vista internacional?

—Las grandes potencias no nos han enviado aún

embajadores. Sólo algunos representantes oficiosos. No puedo decir más.

—Si la revolución fracasa, ¿volverá usted al *music-hall*?

—No fracasará.

—¿Y si triunfa? ¿Asumirá usted el poder?

—Aún es pronto para responder.

—Háblenos de su número.

—Otro día.

—A propósito de la vida privada de Marie, la que llaman María II, ¿puede hacernos alguna declaración?

—No tiene importancia.

—Se dice que el punto de partida de esta revolución se debió a una desgraciada historia de amor que usted...

—Caballero, se lo ruego...

—¿Piensa usted que su talento histrionico puede serle útil en este nuevo aspecto de su personalidad?

—¿Quiere usted decir que hago comedia?

—No, en absoluto; pero...

—Entonces cállese.

—¿Sus proyectos inmediatos?

—¿Nuestros proyectos? Síganme.

Les conduje ante un mapa clavado en una pared. Se sentaron muy seriecitos en cuatro bancos pequeños de madera que habían sido colocados allí para ellos. Los conté: faltaba uno. Un americano. Precisamente aquel a quien Marie, al pasar, había mirado a los ojos. Debían de estar los dos en algún rincón, dispuestos a *flirtear*.

Comencé:

—Nuestra acción tiene una sola finalidad: la conquista de San Miguel, que, como saben ustedes, es la capital de este país, y la instauración de un gobierno revolucionario. Tal como pueden ver ustedes en el mapa, dominamos de momento dos de las seis provincias del Estado. El dictador: Augusto Conte...

En aquel instante, una explosión sacudió la hacienda. Los periodistas pegaron un salto y desaparecieron mientras una estatua de un jinete con el sable desenvainado, caía delante de mí, sobre uno de los bancos. Le reconocí: Augusto Conte.

Sin duda Marie, en el curso de sus efusiones sentimentales se había apoyado descuidadamente sobre el aparato detonador, a menos que hubiese sido un acto consciente con el propósito de volar la estatua ecuestre de Augusto Conte que Rodríguez había instalado en el patio posterior de la hacienda. El hombre había salido disparado por un lado y el caballo por otro, sin mayores daños, afortunadamente; pero se había saboteado mi conferencia de prensa.

A poca distancia de allí, un destacamento de caballería partía en aquel momento para una misión de reconocimiento. Los hombres montaron a caballo y se alejaron al galope, salvo uno de ellos, que permaneció en su sitio, espoleando desesperadamente los flancos de su inmóvil montura. Era el caballo de la estatua, que la explosión había proyectado hasta allí.

Me costó bastante trabajo encontrar a los periodistas.

Al principio, las reacciones de Augusto Conte —el minúsculo general que, no se sabe bien por qué razón, llevaba el nombre de un gran filósofo francés — nos desconcertaron. Parecía no dar la menor importancia a una revolución dirigida por las que llamaba desdeñosamente «las mujercitas». Nos consideraba pescado menudo.

Más tarde, varios testigos habían de explicarnos detalladamente el efecto que produjo, en los medios oficiales, el anuncio de nuestras primeras hazañas.

Naturalmente, fue Rodríguez quien dio la alarma, después de la destrucción de su famosa ametralladora. Medio muerto, sosteniéndose a duras penas sobre su caballo, llegó al atardecer, y después de una carrera desatinada a un convento dirigido por un santo varón, un monje en el que, todavía, no puedo pensar sin sentir cierto remordimiento. Este superior, hombre de estudios, de ayunos y de plegarias, vio entrar bruscamente en su celda a un Rodríguez ensangrentado y cubierto de polvo, sostenido por dos robustos novicios.

—¿Qué ocurre, hijo mío?

—María... —murmuró Rodríguez.

Terriblemente sorprendido, el Superior se levantó y, señalando una imagen de la Santa Virgen colocada en una de las blancas paredes, preguntó con voz temblorosa, creyendo en alguna manifestación celeste:

—¿María?

—¡No! —gritó Rodríguez, agotado y furioso—. ¡No! ¡María... y María! ¡Dos!

—¿Dos? —repitió el Superior, profundamente turbado.

—Sí ¡María y María! ¡Dos! ¡La revolución!

Necesitó un par de horas para convencer al Superior de nuestra existencia. Éste, según parece, formuló todas las reservas acostumbradas antes de decidirse a partir en compañía de Rodríguez, para visitar a Augusto Conte. Le encontraron reunido con sus principales dignatarios —una siniestra pandilla—, en el salón de billar del palacio presidencial de San Miguel. Rodríguez, que entre tanto se había repuesto ya, explicó serenamente los acontecimientos que se habían producido cerca del pueblo de Flórez. El presidente le escuchó distraído y, cuando el Superior le dijo los nombres de los dos cabecillas revolucionarios, parece ser que escupió en el suelo, diciendo:

—¿Una revolución? ¿Un par de mujercitas? ¡Bah...!

El Superior volvió a su convento, mientras cundían los rumores sobre la revolución, y Rodríguez se reintegró a su hacienda. Dos días más tarde, ésta corrió la suerte que ya sabemos. Rodríguez escapó. Vencido y loco de furor, se presentó de nuevo en el salón de billar, donde encontró al Superior, que traía también malas noticias.

Esta vez, Rodríguez estaba resuelto a hacerse escuchar. Se sentía abrumado. Para él, era un asunto grave.

Una vez más, el presidente—dictador le escuchó sin

interrumpir su partida. Después vapuleó verbalmente a Rodríguez y le puso en la puerta, a pesar de sus vehementes protestas. El Superior siguió el mismo camino.

Pasaron cuatro días. Hasta que Augusto Conte se enteró de que Marie acababa de volar su estatua. Se enfureció terriblemente y gritó:

—¿Han volado mi estatua? ¡Que les envíen el tren especial!

9

El tren especial se componía de cuatro vagones blindados y una locomotora negra. Visto a cierta distancia, parecía un tren pequeño que nada tenía de particular; pero, de cerca, la cosa cambiaba por completo. En primer lugar, transportaba únicamente militares, artilleros e infantes escogidos; un centenar de ellos, en total. Además, el armamento de que iba provisto —fusiles de todas clases, ametralladoras pesadas, cañones y obuses— lo convertían en una especie de fortaleza móvil, erizada de bocas de fuego que sembraban la muerte en todas direcciones. En circunstancias ordinarias, el tren recorría lentamente las vías férreas de la república, presto a intervenir a la menor señal del descontento. En cuanto recibía la orden, ametrallaba y bombardeaba todo lo que se ponía a su alcance. Arrasaba los pueblos a cañonazos y quemaba las cosechas con los lanzallamas. Se llamaba EL PACIFICADOR.

Como medida excepcional, Augusto Conte confió su mando a Rodríguez, cediendo a sus vehementes deseos. Por lo visto, éste se había jurado arrancarnos el pellejo.

Se organizó una expedición de castigo de gran envergadura. Lleno a rebosar de soldados mercenarios, el tren venía a nuestro encuentro, asolando los campos a su paso. No podíamos eludirlo, si queríamos conservar

nuestro prestigio; pero un asalto parecía totalmente imposible.

Discutimos prolijamente diversas soluciones. Al principio, Marie pensó en volar la vía, pero esto sólo habría detenido el tren durante un día o dos, el tiempo necesario para reparar los raíles. Además hubiera parecido que rehuíamos el encuentro. Se lo dije a Marie:

—Si no atacamos, la revolución estará perdida. La gente se volverá a sus casas. Dirán que tenemos miedo.

—El ataque es imposible —replicó Marie—. No hay nada más difícil que conquistar un tren.

—Tendríamos que apoderarnos de él intacto —observó Rodolfo—. Con todas las armas. Pero los soldados no se bajarán.

—¿Intacto? —preguntó Marie.

Y, de pronto, añadió:

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Ya lo veréis.

Y aclaró que se trataba de un ardid de guerra que había contado su padre; pero yo creo que en realidad ella sólo aplicaba ideas propias. Las atribuía a su padre o a sus antepasados por pura modestia femenina. Si la familia Fitzgerald O'Malley hubiese conocido todas las maniobras bélicas que ella era capaz de inventar, Inglaterra no existiría.

Le pedimos detalles. Se negó a darlos.

—Si la cosa no resulta, me habré colado.

—¿Puede fallar?

—Mañana os lo diré. De todas maneras, no hay peligro.

Al día siguiente, se apostó a unos centenares de metros de la vía férrea, en el bosque, que era muy tupido en aquel lugar, y nos ordenó que todos nos ocultáramos en él, recomendándonos inmovilidad absoluta. Sólo se oía, a nuestro alrededor, el murmullo invisible de la selva en las verdes profundidades. De vez en cuando, el vuelo de un pájaro, y, más lejos, los gritos agudos de los monos.

El tren gubernamental fue anunciado por el ruido de sus planchas de hierro. Marie se había negado enérgicamente a confiarnos su proyecto, por temor al ridículo si fracasaba, pero yo sabía que unos campesinos le habían traído, hacía unas horas, un objeto misterioso y bastante voluminoso, que había visto de lejos. A pesar de mi natural curiosidad, no le pregunté nada. Sólo me asombraba su visible inquietud.

A una señal de Marie, dos de los Turcos, a los que había instruido confidencialmente durante la noche y que aparecieron protegidos con guantes y unas mascarillas que no dejaban un centímetro de piel al descubierto, depositaron en medio de la vía una enorme colmena zumbadora y fueron a ocultarse detrás de los árboles próximos a aquélla.

Desde nuestro refugio, podíamos ver la colmena.

—¿Es ésta tu idea? —le pregunté a Marie.

—Sí; ésta es —me respondió, pensativa.

—¿Estás segura del resultado?

—Prácticamente segura.

Y llegó el tren. Rodríguez estaba en pie en la plataforma de uno de los vagones, con una pistola en cada mano. A pesar de la distancia, reconocimos su silueta.

—Que nadie dispare —nos dijo Marie—. Siles ponemos alerta, todo se habrá perdido.

La locomotora, provista de un rastrillo para apartar las piedras, chocó violentamente con la colmena y la deshizo. Desde lejos, vimos que el tren seguía avanzando unos treinta metros y se detenía.

—Esto va bien —dijo Marie.

El maquinista y el fogonero fueron los primeros en saltar y echar a correr, dando manotazos en el aire. Los soldados del primer vagón no tardaron en imitarles, abandonando sus armas; después siguieron toda la guarnición y el propio Rodríguez. Fue un estallido de pánico. Se debatían alocadamente, hostigados por nubes de abejas furiosas y vengativas, y se alejaban del tren a todo correr. Marie triunfaba.

El lugar había sido bien escogido. Un río pasaba muy cerca de la vía férrea, y los soldados, acribillados por los aguijones, se precipitaron desordenadamente en él a toda prisa. Las abejas se mostraban extraordinariamente belicosas y perseguían a los soldados con encarnizamiento.

Cuando se hallaron totalmente sumergidos en el agua, sonó un silbato. Los dos Turcos, enmascarados y bien protegidos, manejaban los mandos de la locomotora y el

tren se alejaba, marcha atrás, a todo vapor.

EL PACIFICADOR había caído en nuestro poder.

El tren especial cambió de nombre en los días que siguieron, convirtiéndose en EL LIBERTADOR. Gracias a esta captura, disponíamos ahora de un armamento formidable y de un vehículo de primer orden. Y no hablo de nuestra reputación, que, debido a este golpe, llegó a ser grandiosa. Éramos invencibles. Nadie lo dudaba.

Marie y yo nos instalamos en el primer vagón. Los otros se repartieron entre los restantes. Muchos nos seguían a pie o a caballo a lo largo de la vía, cantando y gritando nuestro nombre. A cada parada la locomotora se cubría de flores y de banderas, bicolores, negro y naranja, que eran los colores de María y María.

Huelga decir que avanzábamos en dirección a San Miguel, sin apresuramos. Las ciudades y los pueblos se unían a nosotros, sin que tuviéramos que disparar un tiro, y en todas las estaciones nos esperaba un comité de recepción. En tales ocasiones, Marie y yo nos colocábamos en la parte delantera de la locomotora, como verdaderos mascarones de proa de la revolución en marcha. Cada llegada recordaba una victoria de la antigüedad. La campana del tren sonaba furiosamente, los petardos, los *¡Viva María!* Los dignatarios, en traje de ceremonia, nos presentaban sobre un cojín las llaves simbólicas de la localidad, y nosotras las colgábamos en los flancos de la máquina, entre otros trofeos.

Desconcertado por la pérdida del tren, con el que tanto

contaba, Augusto Conte sólo nos oponía una resistencia esporádica. Había reunido apresuradamente todas las fuerzas disponibles y se aprestaba a defender a toda costa su capital, cuyas fortificaciones reforzaba. Sabíamos, por nuestros agentes de información, que Rodríguez, bastante quebrantado, se había reunido con él en San Miguel y le prestaba una ayuda activa, más enfurecido que nunca.

Por nuestra parte, dábamos tiempo al tiempo. Conservo de aquellas semanas los recuerdos más felices y más extraños. El tren de la revolución avanzaba a velocidad reducida, holgazaneando un poco, deteniéndose aquí y allá para recibir homenajes y concertar alianzas. De vez en cuando, los saboteadores gubernamentales conseguían volar algún puente. Entonces teníamos que reconstruirlo y ejercitar nuestra paciencia durante varios días. Los aprovechábamos para reorganizarnos, para adiestrar a nuestras tropas, para comprar armas; y siempre había, desde el punto de vista administrativo, urgentes reformas que emprender.

En cuanto vimos claramente que la suerte de la revolución se decidiría en la capital de San Miguel y que Augusto Conte no depondría las armas si no caía la ciudad, Pablo y una parte de sus hombres, nos dejaron para reclutar soldados en el norte. Habíamos convenido encontrarnos, el día fijado, ante las murallas de San Miguel, para lanzar el ataque final cuyos planes empezaba Marie a trazar.

La multitud que seguía el tren aumentaba diariamente.

Era un espectáculo admirable, conmovedor, ver a centenares de hombres y mujeres que salían al paso del tren liberador, cuyo silbato parecía un grito de rebelión. En las faldas de los montes, la inscripción de *¡Viva María!* destacaba en letras gigantescas, confeccionadas con piedras blancas. Dos palabras magníficas que se repetían en todas partes, en las paredes de las casas, en los banderines, en los sombreros, en los vestidos, en las culatas de las armas.

Pero precisamente en aquel momento, la facilidad casi cómica de nuestros triunfos nos hizo rebajar la vigilancia, con lo que se produjo un incidente que estuvo a punto de echarlo todo a rodar.

En el decurso de aquella mañana gloriosa, que parecía arrancada de un cuento de hadas, sentíamos crecer a nuestro alrededor, y a pesar nuestro, un fervor popular excesivo, que no dejaba de inquietarnos. ¿Se debía acaso a nuestro nombre que recordaba otro?

¿Era una manifestación espontánea?

No lo sé. Rodolfo, Diógenes y los otros no se lo explicaban mejor que nosotras. En todo caso, Marie y yo éramos objeto de un sentimiento que debo llamar religioso, e incluso de una especie de culto.

Nuestra fama, que se extendía corregida y aumentada por todas las provincias de San Miguel, iba tomando fantásticas proporciones. Nuestros partidarios perdían el sentido de la medida y nos atribuían hazañas fabulosas. Nuestras palabras, incluso las más insignificantes, eran

respetuosamente transmitidas de una aldea a otra. Diariamente, nos traían una cantidad inverosímil de exvotos, pintados o bordados, en los que nos representaban a las dos en el ejercicio de nuestra misión providencial, lanzándonos solas al asalto de un fortín defendido por un centenar de soldados regulares, erguidas sobre la locomotora, arengando a la multitud, etcétera. Los artesanos confeccionaban estatuillas nuestras. Existía incluso un verdadero comercio de reliquias de María y María. Un retazo de nuestro vestido, auténtico talismán, costaba carísimo, debido a los misteriosos poderes terapéuticos que se le atribuían. ¿Y qué decir de un mechón de nuestros cabellos?

En los pueblos, por curiosa asimilación, los niños nos levantaban altares. Colocaban cirios y algunas flores sobre una piedra, delante de un muro en el que habían pegado uno de nuestros antiguos carteles. Y allí se arrodillaban y recitaban a coro, con las manos juntas:

—Ave María y María...

Pero no eran los niños los únicos que se arrodillaban, sino que también lo hacían los hombres y las mujeres cuando nos veían aparecer sobre la locomotora. Muchas manos se tendían implorantes hacia nosotras. Las madres nos suplicaban que fuésemos madrinas de sus hijos, y en todas partes se elevaban canciones que, con las notas de nuestras antiguas tonadillas, nos parecían verdaderos himnos. «María, protégenos; María, líbranos del mal; María, ten piedad de nosotros»: tales eran nuestras

letanías.

Esta actitud, contra la cual, según se colige fácilmente, nos era muy difícil luchar, nos llenaba de confusión y de pasmo, pues nunca habíamos tenido la intención de que nos divinizaran.

—¡Qué Dios os guarde de eso! —nos decía Diógenes.

Jamás, ni siquiera en el teatro, habíamos visto cosa igual; y nos sentíamos un poco desorientadas. Cuando el triunfo rebasa ciertos límites, se hace desagradable. Molesta, inquieta...

Y, no obstante, ¿cómo hacerle frente? ¿Cómo rehuirlo? ¿Cómo decirles a nuestros ciegos adeptos: somos mujeres como todas las demás.

Pronto nos atribuyeron milagros, curaciones de enfermos, multiplicación de bombas y otras cosas que he olvidado. Nuestra reputación de invencibles no admitía discusión. La habíamos adquirido de una vez para siempre. Grupos de peregrinos acudían a nosotras para besar el borde de nuestra falda o nuestros zapatos, el polvo que habíamos pisado, o los hierros calientes de la locomotora, verdadero santuario ambulante. Los ciegos, los jorobados y los tullidos suplicaban insistentemente que les tocásemos con la punta de los dedos. Otros nos pedían que les bendijéramos, así como a sus hogares y cosechas.

Nuestro error fue no otorgar bastante importancia a estos fenómenos. No éramos santas, y lo sabíamos. Rehusábamos nuestra bendición, con una sonrisa, pensado que se trataba de una simple exaltación colectiva y que

este estado de ánimo se calmaría por sí solo.

Ahora bien, en el ínterin, un hombre, enterado de estos sucesos, se disponía a luchar contra nosotras con nuevas armas. El Superior del convento, aquel santo varón que gozaba en la república de una gran reputación moral y cuya secreta influencia era muy poderosa en el seno de la Iglesia, se había convertido, sin saberlo nosotras, en nuestro más resuelto adversario. Hasta aquel momento no había levantado su voz contra nosotras. Observaba la revolución sin combatirla, manteniéndose al margen y esperando que cesara la tormenta. Pero, cuando supo que la multitud nos atribuía milagros y que los niños nos erigían altares, resolvió intervenir personalmente, incapaz de soportar bajo ningún pretexto aquella forma de sacrilegio.

No combatía una revolución, sino algo mucho peor: una herejía.

Parece increíble, pero poco faltó para que el Superior triunfase donde habían fracasado lamentablemente los soldados de Augusto Conte. En realidad, y debido en parte a nuestra imprevisión, la astucia de aquel monje venerable estuvo a punto de perdernos.

Los diversos acontecimientos que señalaron el final de la revolución duraron sólo veinticuatro horas. El fin comenzó una tarde en que Marie y yo nos encontrábamos en nuestro vagón, rodeadas de mapas. Avanzábamos despacio hacia San Miguel, y la capital sólo distaba ya unos cincuenta kilómetros de nosotros. Todo estaba

preparado. El tren debía llegar a las cercanías de la ciudad en las primeras horas de la noche. El ataque decisivo estaba previsto para el día siguiente, al salir el sol. Poseíamos un informe bastante completo sobre las defensas enemigas, y Marie comprobaba por última vez sus planes de batalla.

—He recibido un mensaje de Pablo —le dije—. Dentro de unas horas, nos reuniremos con sus tropas.

Ella me preguntó, sin levantar la cabeza de sus mapas:

—¿Cuántos son?

Consulté el mensaje que acababa de recibir.

—Ochocientos fusiles —le respondí—. ¿Serán bastantes?

—Hizo un ademán de incertidumbre y me respondió:

—Esperemos que sí.

Comprendí que me sería difícil saber si Marie creía o no en nuestra victoria. Por mi parte, me sentía un poco nerviosa. Hacía mucho calor.

Los ordenanzas iban y venían, trayéndonos mensajes y decretos para la firma. Todos los documentos oficiales eran suscritos con estas sencillas palabras: MARÍA Y MARÍA.

—¿Cuántos soldados hay en la ciudad? —me preguntó Marie.

—Es difícil decirlo con certeza. Mil, como mínimo. Algunos son poco seguros. Pero hay que contar con el regimiento de la guardia y con los pistoleros de la milicia.

—Ya lo sé. Confío en que la población nos ayudará.

—Tal vez. Pero tendremos que ocupar el palacio. Marie levantó la cabeza y me miró a los ojos.

Sabía que podía confiar en ella. Su bravura igualaba a su talento. Lo había demostrado más de una vez. Pero el palacio de Augusto Conte era una sólida fortaleza...

De pronto, asumiendo un tono más familiar, Marie extendió la mano hacia un dije dorado que llevo siempre colgado del cuello, suspendido de una cadena de oro.

—¿Qué es esto? —me preguntó, como si aquel objeto la tuviese intrigada.

—¡Oh, nada...! Un fetiche... Lo llevo desde hace muchísimo tiempo.

—Pero, ¿para qué sirve? ¿Trae suerte?

—Sí. Teóricamente, trae suerte.

Marie se irguió y, con los brazos en jarras, me preguntó con cierta indignación:

—¿Por qué? ¿Acaso no tienes confianza?

—Sí —le respondí bajando la cabeza—. Pero tengo también un poco de miedo.

En aquel momento, el tren se detuvo bruscamente, cosa que ocurría con frecuencia y que había dejado de alarmarnos. Rodolfo vino a decirnos que tres monjes se habían plantado en medio de la vía, negándose a apartarse cuando la locomotora se acercó a ellos. El maquinista —uno de los Turcos— había juzgado prudente detenerse. Uno de los monjes solicitaba hablar con nosotras en privado.

—Que pase —dijo Marie.

Unos momentos más tarde, entró el Superior. Era un anciano todavía erguido. Ocultaba ambas manos bajo su hábito gris y sólo mostraba el rostro hermético y arrugado, un rostro en el que únicamente se veían dos ojos profundos y muy claros, como los de una ave de presa.

Con frecuencia nos habían hablado de él como de un hombre incorruptible y severo, que sólo prestaba un apoyo moderado a Augusto Conte. No sabíamos exactamente lo que quería de nosotras. Por consiguiente, permanecimos en guardia. Saltaba a la vista que era de una pasta completamente distinta a la de Rodríguez.

Rodolfo cerró la puerta detrás de él. El tren arrancó. Invitamos al Superior a sentarse frente a nosotras, al otro lado de la mesa. Aceptó con un movimiento de cabeza.

—Estamos solos —le dije—, tal como usted pedía. ¿Qué desea?

—Ya le conocemos —añadió Marie, en tono bastante agresivo—. Usted es...

Le toqué el brazo con la mano para hacerla callar. De nada serviría acalorarse.

—Yo soy un siervo de Dios —dijo el Superior, con voz pausada—. Y ustedes... —nos miró, primero a la una y después a la otra—. ...Ustedes escarnecen la ley divina... Cometen un sacrilegio... Esos altares que les levantan, esos campesinos que se arrodillan a su paso...

—Sólo aclaman a la revolución —dijo Marie.

El hombre levantó la voz:

—¡No! ¡Es el desorden, la violencia, el escándalo!

Se pintaba en sus rasgos una viva agitación. Durante cuatro o cinco minutos, nos colmó de violentos reproches, nos recordó que no éramos más que un par de comediantas, bastante impúdicas por cierto, y que nada nos daba derecho a levantar las multitudes contra un gobierno extranjero. Nos habló de nuestro pasado, que conocía en todos sus detalles, y de nuestro porvenir, que veía muy sombrío, y trató de movernos a contrición, insinuando que no éramos sinceras y que utilizábamos para fines políticos los groseros trucos de los charlatanes.

—Y no quiero hablar de esos saltimbanquis que las acompañan —añadió— . Son criaturas perdidas, hijos bastardos de Satanás que nunca las dejarán descansar.

Sonreí, pensando en la señora Diógenes. El Superior advirtió mi sonrisa y se calló. Comprendía que había perdido el primer asalto —al menos yo lo creía así— y que las calderas del infierno no producían mella en nuestro espíritu.

En realidad, trataba de saber quiénes éramos, lo que pensábamos y el grado de resistencia que éramos capaces de oponerle. Mientras gritaba, no dejaba de observarnos minuciosamente.

—Poco importa lo que seamos nosotras —le dije—. Piense en los que nos acompañan y que saben que su causa es justa.

El Superior lanzó un prolongado suspiro. Su expresión había cambiado radicalmente. La cólera y la amenaza habían cedido su puesto a un escepticismo un poco

melancólico. Ya no era el mismo hombre.

—¿Quién puede decir que su causa es justa? —murmuró.

Entonces empezó a hablar de la imposibilidad de juzgar, de la incertidumbre de la razón humana y de lo engañosas que son las apariencias. Hablaba en términos generales y empleando un lenguaje bastante oscuro, salpicado, de vez en cuando, de palabras litúrgicas.

Nosotras le escuchábamos boquiabiertas, sin saber exactamente a dónde quería ir a parar. Cuando lo comprendimos, era ya demasiado tarde.

—Hablemos claro —le dije, de pronto—, ¿Qué es lo que quiere?

—Mi tarea es difícil —respondió, después de un silencio reflexivo—, ¿He de confesar mi turbación?

Su expresión cambió de nuevo, de manera más matizada. Se inclinó muy despacio hacia nosotras. Su voz se hizo débil, insegura, un poco torpe, sin dejar de ser justa y correcta. Un brillo de sinceridad apareció en sus ojos, mientras sus facciones delataban una gran confusión. Yo observaba sus actitudes, sus entonaciones, y, sin embargo, no podía en aquel momento dudar de su buena fe.

—¡Quién sabe si Dios no estará con ustedes! — dijo al fin, como una confesión.

—¿Todavía lo duda? —exclamé vivamente.

—Me lo pregunto... A veces se ha mostrado donde yo menos lo esperaba.

Yo estaba fascinada por su mirada clara. Al propio

tiempo, sospechaba alguna trampa sutil y trataba, sin conseguirlo, de adivinar las intenciones ocultas de aquel anciano tan dueño de sí y del efecto que causaba en sus interlocutores.

Marie se impacientaba. Golpeó la mesa con el puño, cosa que no turbó en absoluto a nuestro misterioso interlocutor, y dijo, con energía:

—¡Mañana tomaremos San Miguel! ¡Cueste lo que cueste!

El Superior se volvió a ella y le respondió, según, su costumbre, con otra pregunta:

—¿Por qué tienen que emplear su juventud y su valor en destruir?

Marie no supo qué responder y frunció las cejas. Sentí que me invadía una impresión extraña, un vago temor. ¿Por qué se había tomado aquel religioso el trabajo de venir a nuestro encuentro? ¿Sólo para vernos, para conocernos? ¿Qué trampa se ocultaba detrás de sus largos silencios, de sus miradas perdidas?

Hacía mucho calor en el vagón. De pronto, el tren silbó varias veces, como haciendo una señal.

—¡Y qué oscuros son los caminos del Señor! —dijo el monje.

En el mismo instante, todo se volvió negro. Acabábamos de entrar en un túnel.

Sentí miedo, sin saber por qué, y, con voz insegura, pregunté:

—¿Qué nos propone?

El tren salía del túnel. Me pareció que ahora corría más. El Superior, muy lentamente, sacó las manos de debajo del hábito. Sostenía dos soberbios revólveres, apuntados en nuestra dirección. Con la cabeza inclinada y una expresión de vivo pesar, nos dijo:

—Manos arriba, hijas mías.

Más tarde habíamos de saber lo que había ocurrido, y Marie se mostró particularmente contrariada por el éxito de aquel temerario golpe de mano. Por una vez, se veía derrotada en su propio terreno y se acusaba de negligencia.

En realidad, el Superior se había hecho acompañar por dos monjes como fuerza de choque, a los que ninguno de los revolucionarios había prestado la menor atención. Habían montado en el tren detrás del Superior y se habían quedado discretamente en un rincón cualquiera, esperando el momento favorable. Ahora bien, aquellos dos monjes, astutos y audaces colosos, tenían por misión desenganchar la locomotora y el primer vagón, que era el que ocupábamos nosotras, del resto del tren y adueñarse de la máquina. Debo reconocer que cumplieron su misión con eficacia extraordinaria, mientras el Superior desviaba hábilmente nuestra atención, hablándonos del tiempo y de la condenación eterna. En el momento decisivo, sólo tuvo que sacar los dos revólveres, que empuñaba enérgicamente, aunque tales objetos, según nos confesó él mismo, no formaban parte de su bagaje habitual.

Disimuladamente, los dos monjes se habían encaramado sobre el techo de nuestro vagón, se tumbaron

en él y se deslizaron sin hacer ruido. Naturalmente, el lugar había sido escogido con el mayor cuidado. Aprovechando la oscuridad del túnel, uno de los dos monjes había puesto fuera de combate al maquinista, a fuerza de puños y sin efusión de sangre. («Me sentí arrancado de los mandos —nos contaría más tarde Turco— y me encontré sobre la grava»), mientras el otro desenganchaba los tres últimos vagones. Todo ocurrió muy de prisa. A la salida del túnel, sólo corría la locomotora, conducida a toda velocidad por los dos religiosos, y el primer vagón, donde el Superior nos tenía acorraladas.

Algunos jinetes trataron de alcanzarnos, pero su esfuerzo fue vano. Los dos monjes, que eran notables maquinistas, habían soltado todo el vapor a la salida del túnel, y el tren adquirió gran velocidad. Fue una carrera loca que duró unos veinte minutos, durante los cuales el Superior nos dirigió tan solo algunas palabras indiferentes, sin dejar de amenazarnos con sus armas. Después, penetramos en los suburbios de San Miguel, de una manera muy diferente a la que habíamos soñado.

María y María habían caído prisioneras.

10

Éramos prisioneras, pero prisioneras de la Iglesia. Naturalmente, Augusto Conte se enteró de nuestra captura, cuyo rumor se extendió rápidamente por la capital, pero el prestigio y la autoridad del Superior eran tales que el dictador no se atrevió, al menos de momento, a disputarle sus presas. En San Miguel, la armonía entre el poder político y el poder religioso distaba mucho de ser perfecta.

Al llegar, los monjes nos condujeron, por oscuros pasadizos y disimuladas escaleras, a una celda donde, durante varias horas, permanecimos sujetas a estrecha vigilancia. Estábamos amordazadas y con las manos atadas a la espalda. Apenas si podíamos cambiar algunas miradas desesperadas. Sería la una de la madrugada cuando los dos monjes de la locomotora vinieron a buscarnos. Nos vendaron los ojos con una cinta negra y, dando numerosas vueltas nos condujeron sin brutalidad, a una habitación de la que pudimos adivinar que era inmensa. Sólo se oía el repiqueteo de una máquina de escribir, cuando sonó una voz conocida, la del Superior.

—No queremos hacerles ningún daño —nos dijo.

Escuchamos el ruido de una hoja de papel al sacaría de la máquina de escribir, y el Superior prosiguió, acercándose a nosotras:

—Firmarán ustedes este documento donde confiesan

sus errores. Lo fijaremos en todas las iglesias, y se restablecerá el orden. Inmediatamente, abandonarán ustedes el país.

Por toda respuesta negué enérgicamente con la cabeza, resuelta a no ceder, y supongo que Marie hizo lo mismo. El Superior no se dio por vencido. Insistió. Nos dijo que éramos sus prisioneras, cosa de la que ya estábamos convencidas, y que nos hallábamos ante un alto tribunal eclesiástico, presidido por él. Toda resistencia era inútil, afirmó, y todo heroísmo estaba fuera de lugar.

—Su desaparición ha transtornado a sus tropas. Con toda seguridad, éstas depondrán las armas. No les queda ninguna esperanza. Sométanse y firmen este documento.

Su voz parecía casi suplicante. Sin embargo, seguimos denegando con la cabeza, negándonos a capitular. Entonces, dos monjes arrancaron la venda que nos cubría los ojos, y no pudimos reprimir un grito de asombro, a pesar de la mordaza que nos ahogaba.

Nos hallábamos en una vasta sala de tortura, montada probablemente en un sótano y bajo grises bóvedas se acumulaban los más heterogéneos y espantosos instrumentos: un sillón negro provisto de gruesas correas, ganchos, cruces de San Andrés, un lecho de tortura. Un gran surtido de tenazas y de látigos pendía de los muros. Unos braseros humeantes brillaban en la penumbra.

Media docena de monjes aparecían sentados detrás de una larga mesa, inmóviles, con la cabeza cubierta por altos capuchones. Sólo el Superior tenía descubierto el

demacrado rostro, en el que sus ojos claros brillaban inquietos. Hizo un último esfuerzo para convencernos.

—Se lo suplico. Si se niegan, ya saben lo que les espera...

Marie me miró, y, de mutuo acuerdo y por última vez, nos negamos a firmar. Y sin embargo... Tal vez nos había dicho la verdad. Tal vez los revolucionarios habían renunciado a atacar San Miguel. ¿Qué estarían decidiendo, en aquel mismo instante, Rodolfo y los demás? Y Pablo había de atacar al amanecer la puerta norte... ¿Tendrían tiempo de avisarle?

El Superior acogió nuestra negativa con cierta tristeza y, renunciando a persuadirnos, ordenó, a regañadientes, que nos aplicaran sin más dilación el tormento.

Inmediatamente, varios monjes se apoderaron de nosotras y, a pesar de nuestra resistencia, nos arrastraron hacia los espantosos aparatos. El Superior les exhortaba a actuar de prisa, como si ansiara terminar de una vez con aquello.

—¡Vamos, hijos míos, daos prisa! ¡Daos prisa! ¡Ya hemos perdido bastante tiempo! ¡Vamos!

Nosotras nos debatíamos con todas nuestras fuerzas, dando puntapiés en todas direcciones; pero los monjes nos trataban ahora sin contemplaciones. Rápidamente, nos tendieron sobre unas planchas de madera, nos metieron las manos y los pies en una especie de borceguíes y nos introdujeron la cabeza en un torno de madera que apretaron rápidamente.

Estábamos perdidas. Yo sabía muy bien que no resistiría mucho tiempo la tortura. Oía los murmullos de los monjes, el chisporroteo de los braseros y la respiración entrecortada de Marie. El tornillo de mi gorro chirriaba un poco. Sentí que dos pesados trozos de madera se aproximaban hasta rozar mis sienes.

De pronto, se abrió la puerta, apareció un monje sin capucha y pude ver que hablaba unos momentos en voz baja con el Superior. Éste le hizo repetir varias veces la misma frase, después dirigió una seña a sus acólitos, que corrieron a reunirse con él. Les habló en latín, recomendándoles, al parecer, que se apresurasen, mientras desaparecía el fraile mensajero.

¿Qué sucedía? Me invadió una loca esperanza. Antes de que la puerta volviera a cerrarse, me había parecido oír, muy lejos, el ruido de algunos disparos. ¿Estaría ya amaneciendo? ¿Habría empezado el ataque? ¿Cómo habían podido, Rodolfo y los otros, llegar a tiempo? ¿O sería Pablo, que atacaba solo? Mil preguntas angustiadas acudían a mi mente.

—Vamos, ¡de prisa, de prisa! —decía el Superior.

Los monjes se precipitaron, y esta precipitación nos salvó. ¿La causa fue aquel súbito nerviosismo? Lo cierto es que los viejos aparatos de tortura no resistieron el esfuerzo desordenado de los monjes. El tornillo de mi gorro se rompió el primero; inmediatamente le llegó su turno a uno de los borceguíes de Marie. El monje que lo sujetaba perdió el equilibrio, retrocedió bruscamente y fue

a caer sobre el sillón negro. Sus brazos y tobillos quedaron inmovilizados, cazados por el cepo de las argollas de hierro. Estaba preso.

Ahora oíamos claramente los disparos, muy nutridos, que, ora parecían acercarse, ora cesaban un momento, para comenzar de nuevo con mayor intensidad. Intentamos, sin lograrlo, adivinar el desarrollo del combate.

A nuestro alrededor, los monjes andaban de cabeza. El Superior perdía su aplomo ante el deplorable funcionamiento de sus aparatos.

—Estoy desolado —nos decía—. Ese material no ha sido utilizado en mucho tiempo... Estoy desolado...

Las tenazas roídas por el orín se desarmaban por sí solas; los látigos se deshilachaban. Los monjes, torpes, faltos de experiencia y animados de un celo demasiado ardiente, estropeaban las máquinas, rompían las correas y echaban a perder los tornos. Uno de ellos sufrió una grave quemadura al asir un hierro que se estaba calentando en uno de los braseros. Parecían presa de una locura agitada y febril, mientras el vetusto aparato de la Inquisición de San Miguel se derrumbaba a nuestros ojos.

De pronto, en medio del increíble desorden y mientras el Superior seguía presentándonos excusas, sonó el timbre de un teléfono. Hasta aquel momento, no habíamos observado la presencia de un aparato telefónico, colgado detrás de una columna. Un fraile descolgó el auricular, secándose la frente sin quitarse la capucha. El Superior corrió hacia él, le arrancó el aparato de las manos y

escuchó unos instantes. La cólera se pintó en su rostro, mientras gritaba:

—¡No! ¡Protesto! ¡Pertenecen a la Iglesia!

Sólo podía hablar de nosotras.

El Superior colgó bruscamente el auricular y se acercó a nosotras, trastornado, lastimoso, sin saber qué hacer. Trató de decirnos algo que no pudimos comprender, porque, en su confusión, empleaba el latín. Pareció excusarse, y nos pidió una vez más que firmáramos el documento. Y, de pronto, la puerta del inmenso sótano saltó en pedazos, y una escuadra de soldados armados bajó corriendo la escalera. A la cabeza, de uniforme y con los ojos echando chispas, se hallaba Rodríguez.

¡Rodríguez!

¡Nuestro viejo y mayor enemigo! Luciendo el uniforme de coronel del ejército de San Miguel, triunfaba con feroz entusiasmo. El Superior trató aún de defendernos e incluso quiso servirse de sus armas; pero saltaba a la vista que había perdido la partida. Los soldados tomaron velozmente posiciones en la estancia, manteniendo a raya a los frailes. Quedaba demostrado que, en San Miguel, las relaciones entre la Iglesia y el Estado distaban mucho de ser cordiales.

Desgraciadamente para nosotras, la Iglesia tenía esta vez las de perder.

Rodríguez, tranquilo, sonriente, esperó a que los monjes fueran desarmados.

Después, avanzó hacia nosotras, nos saludó

irónicamente y nos dijo, tratando de dominar el temblor gozoso de su voz:

—Sus amigos atacan la ciudad. Pero no tienen la menor probabilidad de triunfo. Mientras tanto, el presidente Augusto Conte ha ordenado que sean ambas fusiladas inmediatamente.

Tal como habíamos esperado por la noche, los revolucionarios estaban atacando la ciudad. Al amanecer, a las cinco de la mañana, Pablo, viendo que no habíamos llegado, lanzó valiente y alocadamente el primer ataque en las afueras del norte, a lo largo del acueducto. Después de algunos éxitos locales, recibió un balazo en la rodilla, y sus hombres, duramente ametrallados por los milicianos, quedaron bruscamente detenidos en cuanto intentaron penetrar en la ciudad, propiamente dicha. Algunos empezaron a desbandarse.

Como puede suponerse, los soldados no se habían dejado sorprender, y casi todos los defensores se habían trasladado en un momento a aquel sector de la ciudad. Amparados por la noche, los revolucionarios habían podido acercarse sin ser vistos a San Miguel, pero los hombres de Augusto Conte estaban apercibidos desde hacía varias semanas. Reaccionaron pues, sin dilación. Imposible pasar por las cercanías del acueducto. Las ametralladoras enfilaban las calles, y grupos de tiradores, apostados en los tejados, hacían inútiles los esfuerzos de

los revolucionarios. Éstos, por otra parte, atacaban furiosamente, pero sin la menor prudencia, disparando a bulto y sin pensar siquiera en protegerse. Más de cincuenta encontraron la muerte en los primeros combates.

Pablo, que no podía caminar, se disponía a dar la orden de retirada cuando llegaron al fin Rodolfo y los otros. Después de la captura de la locomotora en campo raso, habían utilizado de la mejor manera posible todos los vehículos que encontraron en el camino: coches de punto, carretas de campesinos, automóviles e incluso una carroza fúnebre. Así viajaron toda la noche, en heterogénea y abigarrada comitiva. A pesar de todo, sólo llegaron con una hora de retraso.

Inmediatamente, la batalla cambió de aspecto, y los revolucionarios, fuertemente apoyados por los recién llegados, volvieron a adquirir rápida ventaja. Esto se debió principalmente a los nuevos métodos puestos en práctica por nuestros amigos, que sembraron el desconcierto en las filas de unos soldados que nunca habían visto luchar de aquella suerte. El viejo Turco, por ejemplo, combatía con los puños, derribando las puertas y sacudiendo los árboles para hacer caer a los tiradores ocultos, mientras sus cuatro hijos multiplicaban sus acrobacias bélicas, provocando ante todo la sorpresa y después el miedo y la confusión de sus adversarios. Se dice que todos ofrecieron un magnífico espectáculo, a pesar de las fatigas de la noche; un espectáculo de gala al que siento no haber podido asistir.

Diógenes había enseñado a sus palomas a volar las

líneas enemigas llevando granadas a las que previamente había quitado el seguro. Las palomas, dóciles, soltaban las granadas sobre los lugares previstos y volvían al lado de su dueño. El ilusionista destruía de este modo los nidos de ametralladoras más fortificados, emplazados en encrucijadas peligrosas.

Rodolfo, como es de suponer, había encontrado la ocasión ideal para ejercitar sus dotes de tirador. Nos enteramos después que había estrenado un arma nueva; sí, el famoso fusil de cañón curvo, secretamente preparado para el ataque de San Miguel y que había de resultar terriblemente eficaz en los combates entablados en las esquinas de las calles.

Según parece, incluso la señora Diógenes tomó parte en la batalla, después de afilarse bien las uñas. Desde nuestra salida del pueblo de Flórez, Armande se mostraba singularmente belicosa. Decían, que, aquel día, emulando a Marie había volado un fortín con dinamita, después de instalar la carga y de encender la mecha, bajo el nutrido fuego de los milicianos.

Juanito, por su parte, se había separado de su madre. Formaba equipo con Rodolfo y le advertía los peligros. Después nos explicó que incluso le había salvado la vida, apuñalando a distancia a un soldado que atacaba a Rodolfo por la espalda. Pero nadie lo creyó, y esto le puso de mal humor.

Sorprendidos por la intempestiva llegada de los nuevos combatientes, que empleaban métodos inéditos e

infundían nuevo valor a los hombres de Pablo, los defensores de San Miguel se retiraron al palacio de Augusto Conte, convertido en fortaleza. Pero, como en el mismo momento llegaban otros refuerzos revolucionarios por el sur, la retirada se transformó en desordenada huida. Entonces, con el propósito de arrojar nuestros cadáveres por encima de las murallas y desmoralizar así a los asaltantes, Augusto Conte ordenó nuestra ejecución inmediata y Rodríguez se encargó de esta misión con el júbilo que es de presumir.

Un pasadizo subterráneo enlazaba la sala de tortura con el patio interior del palacio. Los soldados de Rodríguez nos condujeron allí sin contemplaciones, a culatazos y sin quitarnos las mordazas. Esta vez no nos libraríamos cantando *Mujercitas*. Ni siquiera cabía pensar en Boieldieu.

Un alboroto indescriptible, muy parecido al pánico, reinaba en el patio en el momento de nuestra llegada. Militares de uniforme azul corrían de un lado a otro, transportando heridos, armas, obuses. Otros montaban a toda prisa dos postes de madera. Eran para nosotras.

El ruido de la batalla próxima retumbaba al otro lado de las murallas y, allá arriba, asomado a un balcón, Augusto Conte, al que veíamos por primera vez y que era un hombrecillo muy nervioso, gesticulaba y animaba a Rodríguez, gritándole:

—¡Anda! ¡Anda, por Dios!

En medio de aquel tumulto, permanecíamos bastante

serenas ante la muerte. ¿Qué podíamos hacer? Incluso era peligroso aferrarse a la última esperanza, a la esperanza de un milagro. Más valía no pensar en nada, tener vacía la mente, aguardar. Más tarde, cuando pregunté a Marie qué pensaba en aquellos momentos, respondió que no se acordaba de nada.

Cuatro soldados nos ataron rápidamente a los oscilantes postes. Tuvimos el tiempo justo de ver que Augusto Conte entraba precipitadamente en el interior del palacio. Los soldados nos quitaron las mordazas y con ellas nos vendaron los ojos, mientras Rodríguez con la frente cubierta de sudor, desenvainaba el sable.

De pronto, se hizo la noche y pareció aumentar el ruido.

Yo tenía los labios secos.

—¿Tienes miedo? —me preguntó Marie.

—Un poco; sí.

Sin embargo, no era el miedo a morir lo que me atormentaba en aquel momento, sino la tristeza de no haber llegado hasta el fin de nuestra empresa. Era imposible tener miedo, verdadero miedo, entre aquel tumulto y aquel estruendo de disparos y de bombas que estallaban por todas partes.

Oímos el ruido del pelotón de ejecución que se plantaba frente a nosotras y las voces de mando de Rodríguez. En aquel instante, tuve la certeza de que íbamos a morir. La descarga podía sonar de un momento a otro, cortando de golpe nuestros sueños. No pensaba en nada. ¿Para qué? Me dolían los brazos, me dolían los oídos. Llevábamos

veinticuatro horas sin dormir.

—Hasta pronto, Marie.

—Adiós, María.

Tengo miedo ahora al recordar aquel momento.

Los ruidos de la batalla parecieron calmarse.

—¡Prevenidos! —gritó Rodríguez, que quería matarnos según las ordenanzas.

Casi inmediatamente, añadió:

—¡Fuego!

Sonó una descarga y se oyeron gritos y jadeos a nuestro alrededor. No había sentido ningún golpe, ningún dolor. La voz enloquecida de Rodríguez se elevaba entre un alboroto incomprensible. Yo no veía nada, no había sentido nada. ¿Qué ocurría? Tuve la impresión de que Rodríguez se lanzaba sobre nosotras. Un disparo aislado retumbó cerca de mí.

—¿Estás muerta? —me preguntó Marie.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Unas manos nos desataron, nos liberaron. Una voz conocida y tranquila, la voz de Rodolfo, nos dijo:

—Tenéis que disculparnos, muchachas. Por poco llegamos tarde.

Cayeron nuestras vendas. Delante de nosotras, los soldados del pelotón yacían en el suelo, ensangrentados. Los Turcos y algunos hombres de Pablo se hallaban en el balcón del primer piso, con sendos fusiles humeantes en las manos. Diógenes, Armande y Juanito se precipitaron

en el patio. Algunos soldados se batían en retirada. Los nuestros entraban corriendo por todas las puertas. Rodolfo empuñaba un magnífico fusil de cañón curvo.

—Va bien.

—Ya te lo había dicho.

Sonaban aún algunos tiros en una de las torres del palacio. Nos refugiamos velozmente bajo los porches, mientras Diógenes, sin apresurarse, sacaba una de sus palomas de una pequeña cesta. Con rápidos y precisos movimientos, quitó el seguro de una granada, que la paloma agarró con las patas.

El ave cruzó volando el patio, se metió en la torre y volvió a salir inmediatamente por otra ventana. Retumbó una fuerte explosión y la torre osciló, mientras una mano agitaba un trapo blanco en la ventana.

Los Turcos tomaron el palacio —nos explicó Rodolfo—, utilizando el trampolín elástico. Es un método muy eficaz, muy rápido. Los soldados no se dieron cuenta de nada. De pronto, vieron aparecer a los Turcos encima de las murallas, como diablillos saliendo de una caja...

Y añadió, mirándonos a las dos con bonachona sonrisa:

—Ya era hora.

—¿Y Pablo? —le preguntó Marie—. ¿Dónde está?

—Está herido. Pero no es nada grave.

—¿Qué tiene?

—Un balazo en la rodilla.

Armande, sofocada, se arrojó en nuestros brazos. Tenía lágrimas en los ojos y chorretes de pólvora en las mejillas.

Su vestido verde y malva hecho jirones. Juanito corría por el patio, con ademán agresivo, con un revólver en una mano y un puñal en la otra, gritando cualquier cosa y persiguiendo, con otros, a los últimos milicianos.

—Miradle —nos dijo Armande—. ¡Miradle! Ahora ya no hay quien lo aguante.

Hablábamos todos a la vez. Rodolfo nos explicaba que el fusil de cañón curvo, teatralmente muy prometedor, resultaba eficacísimo en el combate a media distancia y por las calles, gracias a un espejito colocado a cuarenta y cinco grados, en mitad del cañón. Este espejo permitía al tirador disparar sin exponerse inútilmente. Y nos explicó también las hazañas de Armande, que era la primera en asombrarse de su arrojo.

—Vosotras no estabais allí —nos dijo—. Alguien tenía que reemplazaros.

Marie le hizo algunas preguntas precisas sobre su manera de utilizar los explosivos. Armande no supo responderle.

—He hecho lo que he podido —dijo.

El viejo Turco fue el último en comparecer. Venía del interior del palacio, con el rostro grave y las manos vacías. Guardó silencio, mientras Rodolfo seguía hablando con una volubilidad extraña en él.

—¿Y Rodríguez? ¿Dónde está Rodríguez? —gritó alguien.

—¿Rodríguez?

Miramos a nuestro alrededor. Cuando el pelotón fue

aniquilado, Rodríguez, cediendo a un último impulso de furor, se había precipitado sobre nosotras, con el sable en alto, para ensartarnos. Una bala del cañón curvo le paró en seco.

Cayó al suelo. Todo el mundo le había creído muerto, y no nos habíamos ocupado más de él. Un descuido que estuvo a punto de costamos caro.

En efecto, amparándose en la inmensa confusión que reinaba en el patio del palacio. Rodríguez, que solamente estaba herido, se había escapado una vez más.

No podíamos perder tiempo buscándole, pues teníamos que atender a tareas más urgentes.

—Todavía no hemos terminado —nos dijo Rodolfo.

Durante el resto de la jornada, recorrimos los rincones de la ciudad, persiguiendo a los últimos mercenarios, emboscados en los sótanos y en los tejados. La mayoría de ellos se rindieron y, según creo, fueron tratados correctamente. Otros, más tercos, resistieron hasta el final y tuvimos que reducirles por la fuerza. La población entera de San Miguel ayudó a la liberación de la ciudad con magnífico entusiasmo, y en todos los balcones aparecieron gallardetes, clandestinamente preparados desde hacía semanas, con la inscripción *¡Viva María!*

Este grito, multiplicado, nos seguía por donde pasábamos.

Al pie de un muro, un joven yacía muerto. Estaba pintando *¡Viva María!* cuando lo mató una ráfaga de ametralladora; había caído al suelo sin soltar el pincel,

dejando en la pared un largo trazo de color.

Marie había asumido la dirección de las últimas operaciones de limpieza, y yo continuaba a su lado. Ya no sentíamos fatiga; habíamos olvidado, como una pesadilla los fusiles del pelotón de ejecución apuntando hacia nosotras. Nos sentíamos arrastradas, impulsadas por una inmensa alegría.

Pablo, con la pierna sangrando, después de una cura de urgencia, había montado trabajosamente a caballo y participaba en los últimos episodios de la batalla. Sus hombres le seguían, sucios, descalzos, con los vestidos desgarrados.

Diógenes, cansado, se mantenía apartado.

En una esquina, tuve ocasión de ver funcionar el fusil de cañón curvo, por el que había resuelto Rodolfo abandonar todas sus otras armas. E incluso pude ver a Armande en sus funciones de dinamitera. Se exponía inútilmente, dando pruebas de heroísmo, lo mismo que su pequeño, que decididamente era ya un chico mayor, al que tuvimos que contener, por la fuerza en diversas ocasiones.

Todos participábamos de la alegría que acompaña al triunfo. En la gran apoteosis, con todos los componentes de la compañía.

Los moradores de la ciudad corrían a nuestro encuentro cuando aún sonaban los disparos. Un hombre se quitó la chaqueta para mostrarnos un *¡Viva María!* tatuado en su pecho. En cuanto a los estudiantes de la Universidad, nos abrieron las puertas cantando. Enarbolaban innumerables

efigies de las dos Marías, y también de Rodolfo, de Pablo, de los Turcos y de los Diógenes.

A las seis de la tarde, nuestra victoria era completa y definitiva. Volvimos juntos al palacio presidencial. Las formidables aclamaciones nos seguían a lo largo de las calles. Acudían nuevos refuerzos de las zonas rurales, y mensajeros de todas las provincias nos traían noticias tranquilizadoras. Como en el pueblo de Flórez, al pronunciar yo mi primer discurso, surgían de todas partes armas y municiones, en manos de los habitantes de San Miguel.

Penetramos en el palacio, seguidas de nuestros amigos, y visitamos una a una todas sus dependencias: largos pasillos abandonados, despachos saqueados, montones de papeles en desorden; impactos de balas en las paredes y, de vez en cuando, manchas rojizas en el suelo. Revolucionarios armados montaban la guardia en todas las puertas.

Sabíamos ya lo que nos esperaba en el salón de billar, donde el déspota había encontrado su castigo. Augusto Conte, de uniforme, estaba caído sobre el paño verde, crispadas las manos sobre el taco de billar que le atravesaba el vientre y lo mantenía clavado en la mesa.

Jamás hemos sabido con certeza el nombre del justiciero, pero todos sospechamos que fue el viejo Turco. Sin duda había sorprendido a Augusto Conte en esta sala cuando trataba de huir. Turco no nos ha hablado nunca de ello, ni siquiera indirectamente. Sus cuatro hijos no saben

nada. Pero había firmado su hazaña: aparte de él, no conocíamos a nadie que tuviese el vigor necesario para traspasar así, de un solo golpe, con un taco de billar, el cuerpo de un hombre y una mesa de juego.

Permanecimos un rato en aquella sala, que era testigo del final de nuestra aventura. Marie y yo estábamos juntas, en el centro, armada cada una con un fusil. También estaban Rodolfo, con su nueva arma en bandolera y las manos en los bolsillos: Diógenes con sus cestas, su sombrero de paja y su traje blanco sucio; Juanito que bostezaba. Armande; los cuatro Turcos, y el padre de éstos. Este último permanecía un poco apartado, cruzados los brazos y mirando obstinadamente el suelo.

Volvíamos a hallarnos reunidos, como de costumbre, con los brazos caídos, súbitamente ociosos, en una gran sala de gruesos muros, con paneles de madera hasta media altura, y alumbrados solamente por la lámpara del billar.

Pablo había ido, por fin, a que le curasen su herida.

En una de las paredes, un marcador señalaba el resultado de una partida interrumpida. La ventana que daba al patio interior estaba entreabierta. Teníamos la impresión, en aquel momento, de que estábamos allí como intempestivos invitados de última hora, esos invitados a quienes nadie cuenta con ellos. En el fondo, aquella historia tal vez no nos incumbía.

Desde fuera, nos llegaban los gritos alegres de la muchedumbre, que preparaba para aquella misma noche, una gran fiesta popular para celebrar la liberación de San

Miguel. Los petardos sucedían a los tiros. La fiesta era tan ruidosa como la batalla. Por el contrario, en el salón de billar reinaba un extraño silencio, como si, de golpe, después de tanta vehemencia y ardor, no tuviéramos nada que decirnos. Armande Diógenes, con su vestido destrozado, se había sentado en una silla y tenía los ojos fijos en el suelo. Su sombrero florido aparecía caído, de un modo lamentable.

Habíamos ganado. Ya nada podía sucedemos. Ya no podíamos acariciar más esperanzas, ni compartir más temores. Marie y yo no podíamos apartar la mirada del cadáver de Augusto Conte, un hombre al que no conocíamos y al que, no obstante, habíamos vencido.

—Ya está —murmuré.

—Flórez ha sido vengado —me dijo Marie, en voz baja.

Después, volviendo ligeramente la cabeza hacia mí, añadió:

—¿Estás contenta?

No me atreví a decirle que en aquel momento, aunque parezca curioso, no pensaba en Flórez. Le respondí:

—Estoy cansada.

—Yo también estoy cansada —murmuró—. ¿Cuánto tiempo hace que empezó todo esto?

—Oh..., no lo sé.

—¿Y qué haremos ahora?

Me encogí de hombros. No hubiera sabido qué responderle.

Diógenes atrajo mi mirada. Había depositado sus cestas en un rincón de la estancia y avanzaba lentamente a lo largo de uno de los muros. Examinaba atentamente los paneles como si buscara algo, levantando la cabeza, y volviendo atrás a intervalos.

De pronto, se detuvo y pasó suavemente el dedo por una ranura. Se oyó un ligero ruido metálico y uno de los paneles se deslizó a un lado. De pie en la entrada de un pasadizo secreto, apareció el Superior.

Le habíamos olvidado, en el ardor de la lucha. ¿De dónde salía? ¿Qué había hecho desde la mañana, desde que los soldados se nos llevaron del sótano?

Sin darnos tiempo a reflexionar, avanzó rápidamente hacia nosotros, con las manos extendidas y una amplia y franca sonrisa en los labios.

—¡Qué contento estoy! —exclamó—. ¡Qué contento estoy!

Antes de que volviéramos de nuestra sorpresa, nos estrechó la mano a todos, nos felicitó calurosamente por nuestra victoria, nos recordó que había intentado salvarnos del fusilamiento, nos llenó de bendiciones, acarició la mejilla de Juanito y salió por otra puerta, repitiendo:

—¡Qué contento estoy! ¡Qué contento estoy!

Le seguimos con la mirada y, de pronto, en el marco de aquella puerta y mientras el Superior se alejaba, se irguió la alta silueta de Rodríguez, ensangrentado, vacilante. Sin duda había estado todo el día agazapado, en un oscuro rincón de aquel palacio que conocía tan bien; y he aquí

que surgía ante nosotros en la hora de la rendición de cuentas, desgreñado, moribundo, pero amenazándonos todavía con una granada.

Rodríguez, el asesino de Flórez. Rodríguez, el hombre a quien el azar había puesto en nuestro camino y que pronto se había convertido en nuestro enemigo más resuelto y más feroz. Rodríguez, que gracias a nosotros lo había perdido todo, menos la vida.

Se apoyó en una jamba de la puerta. Un velo cubría sus ojos. Hizo una mueca y levantó el brazo, presto a lanzarnos la granada.

Creo que Marie y yo disparamos al mismo tiempo, sin apuntar siquiera; y, no obstante, estoy segura de que mi bala, como la de Marie, dio en el centro del blanco. Rodríguez dio un salto, retrocedió unos pasos, dejando escapar la granada. Ésta rodó por una escalera que subía hasta aquella puerta.

Nos precipitamos hacia delante.

—¡Cuidado! —gritó Rodolfo.

Una explosión retumbó en la escalera. La última explosión.

Nos acercamos a Rodríguez que, esta vez, estaba muerto y bien muerto. Había recibido nuestras dos balas en el pecho.

Un poco más tarde, descubrimos, con cierta pesadumbre y con un poco de remordimiento, otro cadáver: el del Superior. Al separarse de nosotros, bajó por aquella escalera y pasó junto a Rodríguez, pero sin

verle. Probablemente, la granada, al rodar, había caído en su capucha y explotado allí.

¡Pobre Superior, el mejor de nuestros enemigos!

Uno de los hombres que estaba de guardia, nos juró por todos los santos, que había visto al Superior, decapitado, bajar los últimos peldaños llevando la cabeza en las manos. El hombre juró también que al pasar cerca de él, había visto que los ojos de aquella cabeza se entreabrían y miraban al cielo, que los labios se movían suavemente y que había oído claramente la voz del Superior que murmuraba:

—¡Ay! Esas mujercitas...

A decir verdad, este incidente pertenecía ya a nuestra leyenda.

11

Permanecimos un par de semanas en San Miguel, la vieja ciudad española llena de soportales y de galerías de hierro forjado. No nos cansábamos de visitarla. Todas las casas estaban pintadas de azul, de verde, de amarillo, y sobre todo, de rosa. No lejos del palacio ex—presidencial, se levantaba la Universidad, blanquísima, de muros esculpidos y, un poco más apartada, la magnífica catedral barroca, de color rojo oscuro y cuyo altar mayor, era, según nuestro guía, una obra de arte colonial. Alrededor de la catedral, se extendía un dédalo de callejones, de plazuelas y de escaleras que se entrecruzaban. En todas partes se encontraban fuentes y estatuas. En algunos lugares, se veían aún, en el embaldosado de la ciudad, huellas de su antiguo revestimiento de plata.

Todos los tejados de las casas eran de tejas rosadas.

Naturalmente, no pensábamos en instalarnos a vivir en San Miguel. Después de la victoria militar, que fue considerada como una especie de milagro, los ánimos estaban tan inclinados a nuestro favor que nos habría sido fácil apoderarnos por las buenas del poder y mantenernos en él todo el tiempo necesario; e incluso, en caso de celebrarse elecciones libres, teníamos las mayores probabilidades de triunfar.

Pero, a decir verdad, esto no era lo que pretendíamos. A

menudo me había preguntado lo que haríamos después de la victoria. A todos nos es permitido soñar. Incluso me había imaginado a Rodolfo, a Diógenes, a su mujer y a los Turcos formando el gabinete ministerial bajo presidencia de María y María. Una idea absurda. Habíamos jurado llevar a feliz término la revolución y derribar un gobierno tan cruel como ilegítimo. Y lo habíamos conseguido.

Teníamos que contentarnos con eso.

Además, San Miguel no era nuestra patria. Dejamos el poder a Pablo y a sus amigos, que transformarían el país y que lo conocían mejor que nosotros. A fin de cuentas, ellos habían sido, como adláteres de Flórez, los verdaderos instigadores de la revolución. Nosotros sólo les habíamos ayudado en la medida de nuestras fuerzas.

Debo añadir que conociendo a Marie, ella no habría tolerado que Pablo nos dejase gobernar. Tengo la seguridad de que, en caso necesario, me habría combatido con las armas en la mano.

Por lo demás, estábamos muy lejos de vernos apurados. Desde hacía algún tiempo, y sobre todo desde la conquista del tren, que había merecido los más lisonjeros comentarios de la prensa internacional, nuestra fama nos había valido innumerables ofertas teatrales, procedentes de los cuatro puntos cardinales. Salones de baile, cafés concierto, salas de ópera y cabaret: todos nos reclamaban al mismo tiempo.

Los americanos fueron los que más persuasivos se mostraron. Nos esperaban en Broadway.

Teníamos que emprender la marcha.

¡Oh! No lo haríamos con corazón alegre. En San Miguel, querían retenernos a toda costa, alojarnos por cuenta del Estado, darnos un teatro, un conservatorio, otorgarnos una pensión, ¿qué se yo? Gozábamos de una popularidad inaudita y sólo teníamos amigos a nuestro alrededor. Aquellos quince días, después de la victoria, transcurrieron como una larga noche de fiesta, matizada de una melancolía indefinible, pues sabíamos que había que partir. No podíamos concebir en modo alguno pasarnos allí toda la vida, ociosos, rodeados de una veneración que sin duda iría decreciendo y transformándose lentamente en viejos recuerdos y en antiguas glorias. Y ya que debíamos partir, lo mejor era hacerlo cuanto antes a fin de no encariñarnos todavía más con el país.

Estábamos todos de acuerdo. En son de broma nos prometíamos recorrer así todos los países, llevando la revolución a aquellos que la necesitaran.

Las carretas, que habíamos dejado en el pueblo de Flórez, fueron encontradas, reparadas, decoradas y cubiertas de flores. Nos colmaron de obsequios, hasta el punto de que no sabíamos dónde meterlos. Tomé la palabra en dos ocasiones, para dar las gracias a todos los que nos habían ayudado, llorar a los muertos y desear la mejor suerte a la nueva república de San Miguel.

Nos hicieron prometer que volveríamos: una de esas promesas poco convincentes.

Y llegó el día de la partida. Desde el amanecer, una

multitud inmensa se había congregado en la plaza, frente al palacio. La ciudad entera quería decirnos adiós, y también la gente de los campos y de las aldeas. Las carretas nos esperaban, tiradas por ocho magníficos caballos que nos regaló Pablo. Pablo se encontraba también allí, apoyado en un bastón y rodeado de sus mejores lugartenientes, que se habían convertido en sus ministros. Todos habían trocado sus vestidos de tela blanca y sus sombreros de ala ancha por trajes oscuros, a la europea, que les daban un aspecto un poco afectado. Resultaban conmovedores, con sus sombreros de fieltro y sus corbatas mal anudadas.

En la plaza principal de San Miguel, se levantaba ya una estatua a Flórez, debida a un artista local, pero que ni siquiera se parecía al modelo.

El día de nuestra partida hacía un día espléndido. La muchedumbre llenaba la plaza, las calles, los balcones, las terrazas e incluso las balaustradas del campanario de la catedral, cuyas campanas repicaban sin cesar.

Unos amigos desconocidos nos subieron, a Marie y a mí, a nuestra carreta, en cuya plataforma posterior permanecimos las dos, en silencio y agitando la mano. Miré a Marie de reojo, y vi que estaba triste en medio de aquel tumulto; y parecía más frágil que de ordinario. Era normal, puesto que partíamos. Llevábamos nuestros trajes de chaqueta, de viaje, y nuestros grandes sombreros.

Pablo nos dirigió algunas palabras que apenas comprendimos. Se refería al agradecimiento y a la

libertad. Pablo leía, vacilando, una hoja de papel agitada por el viento.

Rodolfo había montado ya a caballo y revisaba las guarniciones y los ejes de los carros. Llevaba colgado del hombro su hermoso fusil. Los Turcos saltaron a los pescantes y empuñaron las riendas. La señora Diógenes sonreía emocionada, asomada a la ventana de su carreta, mientras Juanito, no lejos de allí, cambiaba un beso de despedida con una dama elegantemente ataviada.

—Qué lástima que tengamos que marcharnos —dijo Marie.

Pablo dobló su hoja de papel y se la metió en el bolsillo. Las campanas de la catedral que habían enmudecido unos instantes, volvieron a repicar más y mejor.

Rodolfo dio una última mirada a la caravana y levantó el brazo.

Una ovación inmensa conmovió la plaza cuando las carretas se pusieron en marcha, y el grito de *¡Viva María!* corrió por última vez de casa en casa. Centenares de pañuelos ondearon al viento, mientras caían flores de todas partes. Pablo y sus amigos, nuestros compañeros de armas, nos dirigieron un último ademán amistoso, y, al pasar Marie y yo, alzamos la mirada hacia la estatua de Flórez.

La multitud nos acompañó hasta la salida de la ciudad. Allí el camino iniciaba una lenta cuesta que escala los montes que rodean San Miguel. Poco a poco, mientras

bufaban los caballos, fue menguando el número de nuestros acompañantes, y cuando llegamos a lo alto de la cuesta, nos habíamos quedado casi solos. Enfilamos la carretera del norte. Antes de entrar en la carreta, contemplamos por última vez la gran ciudad rosada, cuyos tejados brillaban como diamantes bajo el sol. En el recodo del camino se borró de golpe la visión.

Pasamos casi dos años en Estados Unidos, y se sucedieron los triunfos, al menos durante el tiempo en que María y María fueron famosas. El olvido nunca tarda en llegar. Ahora volvemos a estar en París, todos juntos, en la Scala, París, a donde hacía tanto tiempo que quería volver. Como es de presumir, el espectáculo se comprende de otros números, además de los nuestros; pero nuestros dos nombres figuran en buen lugar en el cartel.

A Marie le gusta París. Sigue divirtiéndose cuanto puede, a su manera, aunque yo sorprendo a veces en sus ojos la nostalgia de los grandes espacios verdes. Ha dejado de interesarse por las bombas y las armas de fuego. A menos que, bruscamente, vuelva a darle la afición... Tal vez el día menos pensado nos dejará sin avisarnos, tal como llegó. Se diría que casi no tiene recuerdos, y, en todo caso, no es de las personas que hacen proyectos. Al menos, no me dice nada. Pero no importa. Ninguna de las dos gustamos de las confidencias. Somos buenas amigas, y esto es todo.

Rodolfo armó un alboroto al principio con su fusil de cañón curvo, pero pronto empezaron a imitarle en los

demás *music-halls*. Por consiguiente, está trabajando en perfeccionarlo de nuevo. Es el mismo de siempre. Tampoco los Turcos han cambiado, ni los Diógenes, salvo Juanito, que ha mudado la voz. A veces tengo la impresión de que nada ha pasado en nuestra vida.

Al principio, durante algún tiempo, Pablo nos dio noticias de San Miguel. Manteníamos el contacto con ellos, y nosotros nos interesábamos por todo lo que él hacía. Después, por la fuerza de las circunstancias, sus cartas se fueron espaciando poco a poco. Creo que tuvo que enfrentarse con graves problemas. Incluso es posible que no esté ya en el poder. No lo sabemos. San Miguel está tan lejos, allá abajo, al otro lado del océano... Es difícil saber noticias de actualidad. Los periódicos no hablan nunca de esa pequeña república.

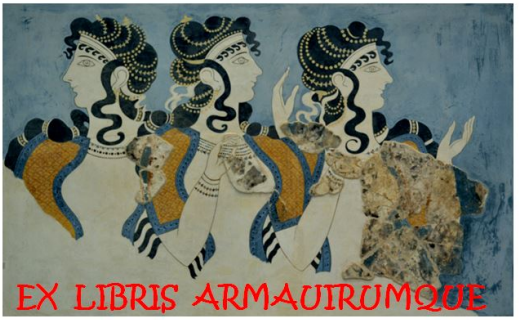
Lo más curioso es que, entre nosotros, en nuestros camerinos o entre bastidores, raras veces aludimos a nuestras aventuras; como si nos aterrorizara un poco evocar aquellas imágenes llenas de sol y de ruido, el estruendo de los cañones, los caballos al galope, la negra locomotora, y aquellas multitudes que nos seguían gritando. Me pregunto si, allá abajo, se acuerdan todavía de nosotros, y se comentan aún las hazañas de María y María.

En cambio, nuestro número se ha transformado. Hemos hecho algunos sacrificios a nuestra leyenda.

Ahora llevamos, en escena, pelucas negras y trajes de colorines. Seguimos llamándonos *María y María*, pero

cantamos en español, a base de tonadas ligeramente exóticas. Una de esas canciones, que no puedo entonar jamás sin que se me encoja un poco el corazón, habla de nosotras. La cantamos en último lugar y a dúo. Dice aproximadamente así:

Un día, allá en el bosque tropical
dos mujeres se encontraron,
y vivieron extrañas aventuras.
Eran las más audaces, las más bellas...
La primera llamábase María
y también la segunda se llamaba María...

En este momento preciso, los Turcos, vistiendo también trajes exóticos, entran en escena y nos acompañan. Es nuestro final. En voz cada vez más baja, fijos los ojos en una ciudad lejana de color de rosa, una ciudad que está muy lejos del teatro de la Scala, repetimos la última palabra hasta que calla la música y cae lentamente el telón:

Y María... Y María... María... María... María…